



Maisey Yates

Un reto para un jeque

FINALISTA Premios RITA



Maisey Yates

Un reto para un jeque



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un reto para un jeque, n.º 2382 —abril 2015
Título original: To Defy a Sheikh
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6284-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

El jeque Ferran Bashar, gobernante de Khadra, no viviría para ver aquella noche. Él no lo sabía todavía, pero era cierto.

Matar a un hombre no era fácil, pero para eso se había entrenado, para eso practicaba los movimientos una y otra vez. Para que los músculos adquirieran memoria. Para que cuando llegara el momento no vacilaran.

Esperó al lado de la puerta del dormitorio del jeque con un paño mojado en cloroformo en una mano y una daga escondida en la túnica. No podía hacer ningún ruido. Y tendría que sorprenderle.

¿Cómo iba a sentir remordimientos si sabía lo que su legado había provocado en otros? La tradición, tan antigua como sus reinos, lo exigía. Exigía que su linaje terminara con él.

Como el de ella había terminado con su padre. Con una única hija que nunca podría llevar el apellido. Con un reino que había perdido la corona y había sufrido años de conflicto.

Pero aquel no era el momento para emociones, sino para la acción. Había conseguido que la contrataran un mes atrás en el palacio con aquel propósito. Y Ferran no sospechó nada. Por supuesto que no. ¿Por qué iba siquiera a mirarla? ¿Por qué habría de reconocerla?

Aunque ella le había reconocido. Y le había observado. Se lo había aprendido.

El jeque Ferran era un hombre alto y delgado con duros músculos y una fuerza impresionante. Le había visto quemar la energía en el patio golpeando un saco de arena una y otra vez. Sabía cómo se movía. Conocía su nivel de resistencia.

Sería compasiva. No sentiría nada.

No se imaginaría lo que le aguardaba. No suplicaría por su vida. No esperaría en una celda el final de su vida como su padre. Sí, a diferencia de él, ella mostraría piedad. Y sabía que aquella noche ganaría.

En caso contrario, sería ella quien no viviría para ver el nuevo día. Era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Esperó con los músculos en tensión y en estado de alerta. Escuchó unos pasos pesados. Era Ferran, estaba convencida.

Aspiró con fuerza el aire y esperó a que se abriera la puerta. Un rayo de luz se deslizó por el suelo de mármol pulido. Pudo ver su reflejo en él. Alto, ancho. Solo.

Perfecto. Solo necesitaba esperar a que cerrara la puerta. Contuvo el aliento y aguardó. Ferran cerró la puerta y ella supo que tenía que actuar rápidamente.

Samarah pronunció unas plegarias antes de salir de entre las sombras. Una por la justicia. Otra por el perdón. Y otra por la muerte que llegaría enseguida. Para Ferran o para ella.

Ferran se dio la vuelta cuando ella estaba posicionada para sorprenderle y sus ojos se encontraron. Aquello la detuvo sobre sus pasos. El brillo de aquellos ojos tenía tanta vida, era tan bello… Tan familiar…

A pesar de todos los años transcurridos, le conocía. Y en aquel momento lo único que pudo hacer fue quedarse mirándolo inmóvil. Sin aliento.

Aquel momento fue lo único que hizo falta. Ferran se echó a un lado y le agarró el brazo. Samarah se levantó y retorció la muñeca en el punto débil de su mano, cruzó una pierna detrás de la otra y se lanzó al suelo apartándose de él.

Se dio la vuelta, le agarró el hombro y se le subió a la espalda usando su muslo como escalón. Se giró y le rodeó el cuello con el antebrazo. Él le agarró la muñeca con un gruñido y Samarah trató de escaparse de nuevo, pero esa vez la sostuvo con más fuerza.

Ella gruñó y le apretó más firmemente el cuello con el otro brazo. Ferran los llevó a ambos contra la pared, el impacto contra la superficie de dura piedra la dejó sin aliento. Maldijo y le apretó los muslos en la cintura con los tobillos en el pecho. Ferran le rodeó la muñeca con la mano, le tomó el brazo y se lo golpeó contra la pared. Samarah dejó caer el trapo y maldijo mientras luchaba contra él. Pero se había perdido el elemento sorpresa, y, aunque era una luchadora experimentada, él la superaba en fuerza. Había perdido la ventaja.

Cerró los ojos y pensó en su hogar. No en las calles de Jahar, sino en el palacio. Del que su madre y ella habían sido expulsadas tras la muerte de su padre. Tras la ejecución de su padre. Firmada por Ferran.

Sintió una oleada de adrenalina y se echó a un lado, usando el peso del cuerpo para hacer más presión sobre el cuerpo de él. Ferran se tambaleó por la habitación y la volteó sobre los hombros. Samarah cayó de espaldas en el suelo. La alfombra tejida amortiguó un poco la caída, pero aun así se quedó sin respiración.

Tenía que levantarse. Aquello sería su muerte y lo sabía. Ferran era despiadado, como lo había sido su padre antes que él. No dudaría en romperle el cuello y ella lo sabía.

Se inclinó sobre ella y Samarah alzó los pies y se los puso en el pecho para empujarle antes de levantarse y adoptar una posición de ataque.

Ferran se movió y ella se echó a un lado, pasándole el pie por la cara. Él se tambaleó y Samarah aprovechó la ventaja, tirándole al suelo y colocándose a horcajadas encima de él con las rodillas en sus hombros y la mano en la garganta.

Pero todavía podía ver sus ojos brillando en la oscuridad. Tendría que hacerlo en ese instante. Y sin la ayuda del cloroformo. Apartó de sí el último atisbo de duda mientras buscaba la daga en la túnica.

No era momento de dudar. Ferran no había dudado cuando firmó la sentencia de su padre. No había cabida para la humanidad cuando tu enemigo carecía de ella.

Samarah sacó la daga de la túnica y la alzó. Ferran le agarró ambas muñecas, soltó un intenso gemido y los impulsó a ambos al otro lado de la cama. Le echó la mano hacia atrás y el filo de la daga le pasó por la mejilla. Un reguero de sangre cayó hacia la boca de Samarah. Ella le agarró del pelo y la cabeza de Ferran cayó hacia atrás. Trató de llevar la daga hacia delante, pero él volvió a agarrarle el brazo y cambió las posiciones. Ferran la tenía atrapada contra la cama. Le dolían los tendones de los hombros y le ardía el corte de la cara.

—¿Quién te ha enviado? —le preguntó él con voz ronca.

—Yo misma —respondió Samarah escupiendo al suelo la sangre que tenía en la boca.

—¿Y qué has venido a hacer aquí?

—Matarte, está claro.

Ferran gruñó otra vez y le retorció el brazo, forzándola a tirar la daga.

—Pues has fallado.

—Por el momento.

—Y para siempre —afirmó él—. Lo que quiero saber es por qué una mujer se oculta en mi habitación dispuesta a acabar con mi vida.

—Creí que era algo que te sucedía con frecuencia.

—No que yo recuerde.

—Vida por vida —dijo Samarah—. Y, como solo tienes una, te la quitaré. Aunque debes más.

—¿Ah, sí?

—No he venido aquí para discutir contigo.

—No, has venido para matarme. Pero eso no va a ocurrir. Ni esta noche ni nunca. Tal vez quieras empezar a convencerme de por qué no debería mandarte ejecutar. Por intento de asesinato a un líder mundial. Por traición. Podría. O por lo menos podría hacer que te encarcelaran en este momento. Solo tengo que hacer una llamada.

—¿Y por qué no la haces?

—Porque no me he mantenido siendo jeque a pesar de los cambios del mundo, el descontento ciudadano y los intentos de asesinato sin aprender algo. Por muy mal que vayan las cosas, puedo utilizarlas en

mi provecho si sé dónde mirar.

—A mí no me utilizarás en tu provecho.

—Entonces, disfruta de la prisión.

Samarah vaciló. No podía llegar a un acuerdo con Ferran. Era pedirle algo imposible. Él le había destrozado la vida. Había derrocado al gobierno de su país. Había dejado a lo que quedaba de su familia en la calle como si fueran perros. Su madre y ella se habían quedado sin nada hasta que su madre murió.

Se lo había quitado todo. Y ella había vivido con un único objetivo en mente. Asegurarse de que no se saliera con la suya. Asegurarse de que su linaje no perduraría mientras el suyo se marchitaba.

Pero no lo había logrado.

A menos que se detuviera. A menos que escuchara. A menos que hiciera lo que Ferran decía hacer. Sacar provecho de cada situación.

—¿Y qué tengo que darte a cambio de mi libertad?

—No lo he decidido todavía —afirmó él—. Ni siquiera sé si tu libertad es negociable. Pero yo tengo el poder, ¿no es así?

—Como siempre —respondió Samarah—. Eres el jeque. ¿Vas a soltarme?

Ferran miró detrás de ella y cuando volvió a aparecer en su campo de visión tenía la daga en la mano.

—No confío en ti, pequeña víbora del desierto.

—Haces bien, Alteza, porque te cortaría el cuello si tuviera oportunidad.

—Pero tu daga la tengo yo. Y eres tú la que está sangrando. Te soltaré por el momento, pero solo si accedes a seguir mis instrucciones.

—Eso depende de cuáles sean.

—Quiero que te subas al centro de la cama y te quedes allí.

Samarah se puso tensa y un nuevo tipo de miedo se apoderó de ella. Estaba preparada para la muerte. Pero ni se le había pasado por la cabeza la idea de que Ferran le pusiera las manos encima.

No. Antes la muerte. Lucharía contra él hasta el final. No permitiría que deshonrara todavía más a su familia y a ella. Moriría luchando, pero no permitiría que entrara en su cuerpo.

Pero Ferran nunca haría…

Apartó de sí aquel pensamiento al instante. Ferran era capaz de todo. No conocía la lealtad. No importaba cómo había sido en aquella otra vida, en aquel otro tiempo. Había demostrado que todo era mentira.

Samarah no se movió y él tampoco.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —preguntó Ferran.

—No me tocarás —murmuró Samarah con voz temblorosa.

—No tengo ningún deseo de tocarte —afirmó él—. Solo necesito

que estés donde pueda verte. Eres menuda, y eres mujer. Pero eres fuerte y mejor luchadora que yo. Así que súbete a la cama y quédate sentada.

Ferran se apartó de ella con la daga todavía en la mano. Samarah obedeció la orden, se subió a la cama y se colocó en el centro del enorme colchón. Aquel tipo de cama pertenecía a una vida que ella apenas recordaba.

Desde que la exiliaron del palacio de Jahar había dormido en camastros, en pieles extendidas sobre una estructura de madera y una manta áspera. En trastiendas. En la habitación de arriba del estudio de artes marciales donde entrenaba. Y, cuando no tenía suerte, en la suciedad de un callejón. Cuando llegó al palacio de Khadra como sirviente durmió por primera vez en una cama tras haber perdido su habitación de niña dieciséis años atrás.

La cama de los sirvientes era mucho más lujosa que las superficies donde ella dormía. Era para una persona solo, pero blanda y con dos almohadas. Un lujo que había olvidado. Y se sentía mal al disfrutar de él. La primera semana durmió en el suelo en un gesto desafiante, pero no duró mucho.

Y en aquel momento estaba en la cama de Ferran. Se estremeció. Puso las manos en el regazo y esperó. No tenía motivos para confiar en su palabra, y menos cuando había demostrado tal carencia de honor.

La ejecución de su padre había sido orden suya. Y ni los lazos entre familias reales ni las sonrisas entre amigos habían cambiado su modo de actuar.

—Te lo volveré a preguntar, ¿quién te envía? —dijo Ferran.

Todavía pensaba que era un peón. No había caído en la cuenta.

—Como te he dicho, actúo en mi propio nombre.

—¿Por qué motivo?

—Venganza.

—Entiendo. ¿Y qué he hecho para disgustarte?

—Mataste a mi padre, jeque Ferran.

—No tengo por costumbre matar a la gente —contestó él con tono helado.

—Tal vez con tus propias manos no, pero montaste un juicio que acabó con la ejecución del jeque de Jahar. Y se rumorea que participaste en la toma del palacio de Jahar que tuvo lugar después. Demasiada violencia… recuerdo ese día muy bien.

Ferran se quedó paralizado y se le tensaron las líneas del cuerpo. Apretó con más fuerza el puño. Y por primera vez, Samarah tuvo miedo de verdad. Por primera vez vio al despiadado guerrero del desierto del que tanto había oído hablar. Treinta días en el palacio y había visto a un hombre mucho más civilizado de lo que esperaba.

Pero en ese momento no.

—No hubo supervivientes en el asalto al palacio de Jahar —murmuró con tono seco—. Toda la familia real y todos sus sirvientes fueron asesinados. Eso decía el informe.

—Pues se equivocaron. Por seguridad me interesó que siguieran pensándolo. Pero estoy viva. Aunque solo sea para asegurarme de que tú mueras.

Ferran se rio, pero sin asomo de humor.

—Quién eres tú, ¿el ángel de la muerte que viene a llevarme al infierno?

Ella alzó la barbilla desafiante.

—Así es. Y necesito tu sangre porque esa será mi venganza.

—¿Por qué soy yo el objeto de tu venganza? —preguntó el jeque—. ¿Por qué no el nuevo régimen? ¿Por qué no la gente que entró en el palacio y mató a la familia real, a la jequesa y a su hija?

—¿Te refieres a los revolucionarios a los que tus hombres ayudaron?

—No lo hicieron. Ni yo ni nadie de Khadra tuvo nada que ver con la masacre de la familia real de Jahar. Yo tenía un país que gobernar. No tenía interés en hacer daño al tuyo.

—Nos dejaste desprotegidos, sin rey. Mandaste juzgar y ejecutar al rey de Jahar en Khadra —le espetó Samarah con lengua envenenada —. Nos dejaste morir a los demás cuando se lo llevaron a él. Nos sacaron de nuestro hogar. Sirvientes, soldados… todos los que no aceptaron al nuevo líder fueron asesinados. Y los que escaparon… solo podían llevar media vida. No había frontera que cruzar a menos que escogieras deambular por el desierto pidiéndole a Dios que encontraras el mar o el siguiente país.

Como su madre hizo un día. Deambuló por el desierto y nunca regresó.

—No soy responsable del destino del jeque Rashad. Pagó por los pecados que cometió. Se hizo justicia. Sin embargo, me arrepiento del modo en que se desarrollaron las cosas. Pero han pasado dieciséis años.

—Tal vez a ti te importe el paso del tiempo, pero a mí no.

—Te vuelvo a repetir que yo no di la orden de matar a tu gente. Aunque no eres la única que lo piensa. Me persiguen las ramificaciones del pasado.

Samarah curvó el labio superior.

—¿Te persiguen? Me imagino que ha debido de ser muy duro para ti, en tu palacio y con todo tu poder.

—Es duro cuando tu legado se rige por una violación de los derechos humanos que tú no cometiste —le espetó Ferran—. No te engañes, me culpan con frecuencia de la hostil toma de tu país. Pero

yo no envié a nadie al palacio a derrocar a tu gobierno. ¿Qué ganaba yo con eso? ¿Qué mano tengo yo en tu país? Lo que sucedió estaba fuera de mi alcance. Y, sin embargo, creo que soy responsable en cierto modo.

—No se puede estar entre dos aguas, jeque. O lo hiciste o no lo hiciste.

—Tuve que tomar decisiones. Mantenerme fuerte por mi pueblo, por mi padre, por mi sangre. Si hubiera sabido lo que iba a pasar habría escogido de un modo distinto.

Ferran se acercó a los pies de la cama, alto, orgulloso y recto. Era una figura imponente.

—¿Quién envió al rey de Jahar a juicio, jeque? ¿Quién dejó a mí país sin gobernante?

«¿Quién me dejó sin padre?». No pronunció en voz alta la última parte. Se negaba a mostrar debilidad.

—Yo —afirmó Ferran con tono seguro—. Pero no olvidemos que tenía las manos manchadas con la sangre del rey de Khadra. Y no es una metáfora.

—¡Al menos Khadra tenía un heredero!

La expresión de Ferran se endureció.

—Y una población desilusionada, furiosa y con carencias. Sin duda, la pérdida de su rey afectó a Jahar, pero, si la gente no hubiera estado sufriendo…

Samarah apartó la vista un instante para tratar de reagrupar sus pensamientos.

—Dejaste a una niña pequeña sin protección. A una reina sin esposo.

—¿Acaso iba a dejar que el rey de Jahar no pagara por haberle quitado la vida a mi padre? ¿Y a mi madre?

—Él no…

—No vamos a hablar de mi madre —afirmó Ferran con tono feroz —. Te lo prohíbo. Teniendo en cuenta que has intentado matarme, supongo que debería ordenar que te cortaran la cabeza.

Samarah se llevó la mano al cuello. Fue un reflejo cobarde y no le gustó.

—Sin embargo —continuó él con tono seco—, no tengo estómago para matar a una adolescente.

—No soy una adolescente. Tengo veintiún años —murmuró Samarah apretando los dientes.

—Es lo mismo. Prefiero encontrar un modo de que me seas útil — Ferran deslizó el pulgar por el filo de la daga—. Pero donde pueda vigilarte, no quiero acabar con esto clavado en la espalda.

De pronto, algo en su rostro cambió y frunció el ceño.

—Samarah. No eres una sirvienta ni una ciudadana enfadada. Eres

Samarah.

La había reconocido. Confiaba en que no lo hiciera, porque se suponía que estaba muerta. Y no la había visto desde que ella tenía seis años. Le miró a los ojos.

—Jequesa Samarah Al-Azem de Jahar. Una princesa sin palacio. Y estoy aquí para saldar mi deuda.

—¿Una deuda de sangre, pequeña Samarah?

—No me llames «pequeña». Acabo de darte una patada en la cabeza.

—Así es, pero sigues siendo pequeña para mí.

—Si continúas con la insolencia te cortaré el cuello cuando recupere la daga, jeque.

—Lo tendré en cuenta —Ferran la miró fijamente—. Has cambiado.

—No tuve más remedio. Ya no tengo seis años.

—No puedo darte mi sangre, Samarah —continuó él—. Como comprenderás, prefiero conservarla en mis venas. Pero sientes que te robaron un legado y un palacio, y eso tal vez pueda dártelo.

—¿Puedes?

—Sí. Ya he pensado para qué puedes servirme. A estas alturas de la semana que viene te presentaré al mundo como mi futura esposa.

Capítulo 2

No.

Ferran miró a la mujer que estaba arrodillada en el centro de su colchón. Se trataba de Samarah Al-Azem, que había regresado de entre los muertos.

Porque la princesa sin duda había muerto. La niña sonriente de ojos oscuros que tan bien recordaba había desaparecido en la oleada de violencia que se había iniciado en el palacio de Khadra y había terminado con la muerte del jeque de Jahar.

Fue el rey de Jahar quien inició la violencia. Irrumpió en el palacio de Khadra como castigo por la aventura de su mujer con el padre de Ferran. Una aventura que había comenzado cuando Samarah era una niña pequeña y Ferran un adolescente. Cuando ambos gobernantes habían cumplido con su deber hacia el país al tener herederos. Pero el asunto no acabó ahí. Se les fue de las manos. Y dejó incontables víctimas, entre ellas, como todo el mundo creía, a Samarah.

¿De verdad era la princesa? ¿Sería posible que estuviera viva la niña que creía muerta, una muerte provocada por extensión por él mismo?

Era menuda, de cabello oscuro. Al menos, eso parecía. Tenía la cabeza cubierta por un velo y el único indicio del color eran las cejas. A las mujeres que trabajaban en el palacio no se les exigía cubrirse la cabeza ni la cara. Pero estaba seguro de que ella trabajaba allí, aunque no llevaría mucho tiempo. Trabajaba mucha gente en palacio y no memorizaba la cara de todos.

Aunque podía hacer una excepción cuando se trataba de una sirvienta que había intentado matarle en su propia habitación. Y más si se trataba de la niña que nunca se le había quitado del pensamiento durante dieciséis años…

Ferran se debatía entre la ira y la ironía. La víctima más inocente de todas había ido a reclamar su vida. En cierto modo, era el testimonio de lo mal que se habían hecho las cosas aquel día.

Aunque no era él quien debía responder por ello. Su justicia había sido la llave de su desgracia. Y no podía hacer nada para cambiarlo. ¿Cómo iba a perdonar al hombre que dejó a su país sin líder y colocó a un niño en el lugar del hombre?

El hombre que había matado a su familia por venganza.

Eran las dos caras de la misma moneda. Y según qué lado se mirara, se veía una imagen completamente distinta.

Ferran apartó aquellos pensamientos y trató de concentrarse en el presente. En Samarah.

—¿No?

—Ya me has oído. No me aliaré contigo.

—Entonces, te aliarás con quien te toque compartir celda. Espero que lo disfrutes.

Ella alzó la cabeza y le miró a los ojos.

—No tengo miedo. Estaba preparada para todo lo que pudiera pasar.

—Está claro que no, ya que has rechazado mi oferta. Sé que no has actuado sola. Averiguaré quién te ha metido en esto. Pero, si accedes, las cosas podrían irte mejor.

—¿Una alianza contigo? ¿Eso es mejor?

—Recuerda cómo trato a los que amenazan la corona —Ferran pronunció cada sílaba lentamente, odiándose a sí mismo.

—Lo recuerdo muy bien. Recuerdo cómo izaste la bandera de Khadra para celebrar la ejecución de mi padre —afirmó ella en tono gélido.

—Era necesario —murmuró Ferran—. No podía permitir que sucediera aquí lo mismo que en Jahar.

—Pero lo sucedido en Jahar no había pasado todavía. No nos llevaron hasta que el jeque se fue y el ejército nos dispersó a todos y nos dejó sin protección. Entonces fuimos asesinados por los revolucionarios.

—Así es la guerra —dijo Ferran—. Y la historia. Los individuos no importan, solo importa el resultado.

—Es una lástima que debamos vivir como individuos y no como causas.

—A mí me parece que tú no lo has hecho. Yo desde luego, tampoco. Por eso te pido que te cases conmigo.

—Eso es como si me dijeras que dos más dos es igual a un camello. No entiendo lo que dices.

Ferran se rio, aunque seguía sin encontrarle la gracia a la situación.

—La división entre Khadra y Jahar lleva mucho tiempo siendo una fuente de inquietud aquí. La violencia en las fronteras es un problema, como seguro sabes. Esto podría cambiarlo. Borrarlo. Es blanco o negro. Yo vivo así, en un mundo de absolutos. No hay espacio para medias tintas.

—¿Y yo qué gano, jeque Ferran? Nunca recuperaré mi posición, la familia real de Jahar nunca volverá al trono.

—¿Cómo has vivido desde que saliste del palacio?

—Pobremente —Samarah le miró a los ojos.

—Esto podría devolverte el trono.

—No me casaré contigo.

—Entonces, disfruta de la prisión.

La expresión de su rostro estuvo a punto de destruir lo poco que le quedaba de humanidad. Era una estupidez sentir piedad por una mujer que acababa de intentar matarlo. Y podría haberlo conseguido. No era una luchadora novata. Tenía claro que lo único que le había librado del degüello fue un momento de vacilación.

No debería sentir compasión por ella. No debería importarle conocerla desde que era un bebé. Poder recordarla como una princesita mimada con una belleza sin igual. Un tesoro para su país.

En aquel momento, Samarah ya no era así. Ni él tampoco era el adolescente arrogante de antaño. No era el príncipe heredero que solo pensaba en mujeres y en fiestas.

La vida les había golpeado a ambos siendo demasiado jóvenes. Ferran había aprendido una dura lección sobre la debilidad humana. Sobre su propia debilidad. Secretos revelados que habían enviado al padre de ella al palacio con una rabia asesina… que había acabado con un linaje, destruyendo un país que todavía se estaba recuperando.

Samarah era el resultado de aquello, igual que él. Y sus acciones actuales no tenían nada que ver con aquella conexión de entonces. Debería arrojarla a una celda de la prisión y no mostrar ninguna compasión por ella.

Pero no quería hacerlo.

No tenía sentido. No había espacio para la compasión hacia un presunto asesino. Poner la fe en la persona equivocada podría provocar un final desastroso y Ferran lo sabía muy bien. Si se equivocaba en ese momento…

No. No se equivocaría. No era compasión normal lo que le guiaba en ese momento. Se podía conseguir una ganancia política. Sí, Jahar había sufrido mucho durante aquel oscuro momento dieciséis años atrás, pero Khadra también. Habían perdido a sus jeques y habían sido sacudidos por la violencia. El palacio había sido tomado. La alianza centenaria con sus vecinos más cercanos se hizo añicos. Todo había cambiado en un instante. Para él y para millones de personas que llamaban hogar a su país.

Ferran nunca se lo había tomado a la ligera. Por eso nunca mostraba compasión. Pero esa era una oportunidad para conseguir algo nuevo. Para sanar. Una cosa tenía clara. Más sangre y más detenciones no curarían el dolor del pasado.

Aquello tenía que terminar. Y debía terminar con ellos.

—¿No podrías matarme? —preguntó Samarah—. No me convertiré en propiedad tuya.

—No tengo intención de convertirte en mi propiedad, pero contéstame a esto, Samarah. ¿Qué aportará esto a nuestros países?

—Apuesto a que al mío nada.

—¿De verdad? Nadie creerá que una niña estaba actuando sola.

—No soy una niña. Puede que lo fuera si me hubiera criado en el palacio, pero he vivido en las calles, he dormido en los umbrales de las puertas. He tenido que cuidar de una madre que se fue volviendo lentamente loca. Tuve que soportar el hambre, la sed, la amenaza constante de robo o de violación. No soy una niña. He vivido más de lo que tú vivirás nunca —le espetó.

Ferran odiaba imaginársela en aquella situación. Pero había sobrevivido. Aunque podía ver que su supervivencia estaba alimentada por el odio.

—Si me matas, Khadra hará pagar a Jahar. Si te encierro en prisión… ¿cuánto crees que tardarían en amenazarme con una guerra los seguidores de la familia real? Pero, si nos prometemos…

—¿Qué pensará el actual régimen de Jahar?

—Supongo que se alegrarán de tenerte en mi monarquía en lugar de estableciendo una nueva. Sospecho que así estarías mucho más segura que en una celda de la prisión. Si eres mi prometida, tus intenciones están claras. Si estás en la cárcel… ¿quién sabe cuáles podrían ser tus planes? ¿Derrocarme y hacerte con el mando de ambos países?

—No seas tonto —murmuró Samarah—. Soy una mujer sola. Una mujer débil y menuda. Como mucho, soy un fantasma. Todo el mundo me cree muerta. Y dime, ¿qué ganas tú con esto?

Era una buena pregunta. La respuesta principal era untarse de bálsamo las heridas, y Ferran no supo de dónde surgió aquella respuesta. El pasado era el pasado. Y sí, había lamentado la muerte de Samarah como niña, cuando pensó que la habían asesinado. Pero no había estado en su mano evitarlo. Él la habría protegido.

La protegería en aquel momento. Y durante el proceso ayudaría con suerte a curar a una nación que llevaba demasiado tiempo en las sombras.

—Curar —afirmó—. Lo que quiero es curar las heridas. No volver a abrirlas. No permitiré que se derrame más sangre. No quiero más muertes. Ni siquiera la tuya —afirmó. En cierto sentido, era una promesa.

La jequesa Samarah Al-Azem formaba parte de un pasado muy lejano. Manchado de sangre y dolor. Y él quería cambiar aquello. Porque no había sido culpa de Samarah, sino de él. La cruda verdad, por mucho que quisiera negarla, era que todo era culpa suya.

—¿Qué me dices, Samarah? —le preguntó cruzándose de brazos.

—Prefiero la prisión —aseguró ella.

Una ardiente furia atravesó a Ferran. ¿Estaba loca? Le estaba ofreciendo la oportunidad de arreglar aquello, la oportunidad de ser libre. Y ella optaba por la cárcel.

—Pues que así sea —gruñó arrojando la daga a un lado y

acercándose a la cama. Se la puso al hombro con un único y fluido movimiento.

Samarah gritó. Luego se retorció, resopló y bufó como un gato. Ferran la sujetó con los brazos, pero ella se las arregló para darle una patada en el pecho.

—Estoy pensando que una noche en la mazmorra te calmará los ánimos, *habibti*.

Se acercó al otro extremo de la habitación, apartó un cuadro y luego introdujo un código. La estantería se abrió.

—Como ves, nos hemos modernizado un poco aquí en Khadra —dijo atravesando la puerta que daba a un estrecho pasadizo—. Aunque estos túneles no son nuevos.

—¡Quítame las manos de encima!

—¿Y darte la oportunidad de que me cortes el cuello? Lo dudo mucho. Te he dado otra opción y has decidido no elegirla. Por cierto, nadie te oirá gritar. Pero aunque te oyeran… soy el jeque. Y tú eres una intrusa.

Ferran conocía cada pasadizo que recorría el palacio. Conocía cada secreto. Sabía dónde llevaba cada oscuro túnel del palacio. Y sabía cómo bajar a la mazmorra. Hacía mucho que no se usaba, varias generaciones. Pero él la usaría aquella noche.

Porque, si la dejaba libre, Samarah no dudaría en matarle mientras dormía. Así que o formaba una alianza con él o la encerraría bajo llave. Era muy sencillo. Blanco y negro, como debía ser el mundo cuando funcionaba bien.

—¡Te mataré en cuanto tenga oportunidad! —le espetó Samarah pateándole el pecho.

—Ya lo sé —respondió él—. Estoy convencido de ello.

Ferran la cambió de postura y le deslizó la mano por la redonda curvatura del trasero para tratar de sujetarla mejor. El contacto le atravesó como un rayo. Aquello era lo más cerca que había estado de una mujer desde… desde hacía mucho. No lo sabía con exactitud.

«Lo sabes perfectamente. Y, si te casas con ella…».

Apartó de sí aquel pensamiento. No era esclavo de su cuerpo. No era esclavo del deseo. No era esclavo de nada. Era de hielo. Completamente.

Bajó con ella por unos escalones de piedra que llevaban a la mazmorra. Era medieval y estaba en desuso, pero todavía funcionaba.

—Suéltame.

—Has amenazado con matarme. Dudo mucho que vaya a soltarte a corto plazo.

Ferran agarró un anillo de llaves del gancho de la pared y luego quitó el cerrojo de hierro de la celda más cercana para abrirla. Se agachó, agarró unos grilletes y se los puso en el tobillo.

Samarah soltó una palabrota que rebotó en las paredes.

Ferran la ignoró, la sentó en el banco y se apartó rápidamente de su radio de acción antes de cerrar la puerta tras él.

—¡Eres un malnacido! —gritó Samarah.

Ferran se agarró a los barrotes hasta que le dolieron los nudillos.

—No, soy de pura sangre real, jequesa, y tú más que nadie debería saberlo.

—¿Son necesarios los grilletes?

—No quería que me atacaras dentro de la celda y verme yo encerrado.

Ella alzó una ceja y apretó los labios. Una expresión altanera que le recordó a la Samarah niña.

—No niegas que lo habrías hecho —avanzó hasta al extremo de la celda para poder estar más cerca de ella—, ¿verdad? Acércate a los barrotes y te quitaré los grilletes. Ya no son necesarios.

—¿Eso crees? —le preguntó.

Ferran se quedó mirando aquellos brillantes ojos negros como la noche.

—Tienes que trabajar más en tu instinto de conservación. Eso te habría hecho estar más cómoda.

Samarah curvó los labios y un suave gruñido le resonó en el pecho.

—Nunca estaré cómoda en tu prisión.

—Tú decides. La prisión es tu futuro, pero tal vez podrías escoger la celda. Una habitación en palacio, una posición como jequesa, o pudrirte aquí. No es problema mío. Pero tendrás que decidirte mañana antes del anochecer.

—¿El anochecer? ¿Qué es esto, una mala versión de *Las mil y una noches*?

—Eres tú quien ha cambiado las tornas. Buscando venganza para terminar con mi linaje. No te enfades conmigo por seguirte el juego —Ferran se apartó de ella para salir de la mazmorra—. Si quieres hacerlo así, así lo haremos. Si quieres jugar con reglas anticuadas, estoy dispuesto. Pero mi intención es hacerlo a mi manera. Quiero convertirte en mi esposa, y dudo que al final te niegues.

Capítulo 3

Ferran recorrió arriba y abajo la habitación. En aquellos momentos se odiaba a sí mismo por tener a Samarah en la mazmorra.

Ella no se merecía aquel trato. Al menos, no se lo merecía la niñita que él había conocido.

Por supuesto, si estaban pagando por los pecados de sus padres, entonces se merecía la mazmorra y mucho más. Pero Ferran no creía en eso. Cada persona construía su propio camino al infierno. Él se había hecho el suyo dieciséis años atrás.

Y, si no lo hizo entonces, sin duda lo estaba haciendo en esos momentos.

Matrimonio. No sabía en qué estaba pensando. En el plano personal al menos. En el político había pensado con bastante claridad.

Pero tener a Samarah Al-Azem en su cama, en su vida, era lo último que buscaba. En parte porque pensaba que estaba muerta.

Sin embargo, necesitaba una esposa y él lo sabía. Desde hacía bastante tiempo. Aunque no había empezado siquiera a buscarla. Porque estaba demasiado ocupado. Porque no tenía tiempo para pensar en esas cosas.

Era mucho más fácil casarse con Samarah. Acabar con el conflicto entre sus países, asegurarse de que ella estuviera protegida. No tenía nada que ver con sus deseos. No se permitía a sí mismo desear. Nunca había sido así y nunca lo sería.

Samarah se despertó. No tenía ni idea de dónde estaba. No había luz natural en la mazmorra. No le habría sorprendido que hubiera una antorcha en el muro.

Pero eso habría sido una amabilidad. Y Ferran no le debía ninguna amabilidad considerando la situación.

Ella no había ido a reparar puentes. Había ido a poner fin a todo. Aunque desde una celda era difícil hacerlo. Pero la alternativa era acceder a casarse con él. Forjar una alianza. El asco y la ira le revolvieron las entrañas. No podía aliarse con él. Y sin embargo… todo depredador sabía que para cazar a una presa había que saber esperar.

Samarah apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas. Tal vez la diplomacia no fuera su punto fuerte, pero sabía esperar. Como

había hecho en la habitación del jeque la noche anterior.

Eso sería una versión extendida de lo mismo. Haría que confiara en ella. Le seguiría el juego. Y entonces… entonces podría obtener su venganza frente al mundo si así lo deseaba.

La idea la atraía. Pero no la posibilidad de estar cerca de Ferran y fingir ser su prometida.

Se estiró en el banco y se llevó las rodillas al pecho. Cerró los ojos, y volvió a abrirlos al oír el sonido de una puerta al abrirse.

—¿Has cambiado de opinión?

Sabía a quién pertenecía aquella voz. Ni siquiera tuvo que alzar la vista.

Samarah se sentó y trató de sacudirse el frío que se le había metido en los huesos. Observó el contorno de Ferran en la oscuridad.

—Me casaré contigo —dijo.

La habitación a la que la llevó Ferran después de aceptar no tenía nada que ver con la mazmorra. Pero Samarah era muy consciente de que solo era una versión más adornada de una celda. Un hecho que Ferran señaló antes de dejarla.

—No te escaparás —le informó—. Hay guardias por todo el perímetro. Y no podrás cruzar la frontera porque pondré a las patrullas en alerta. Si decides intentar escapar estarás atrapada en el país, y te encontraré. Perderás tus privilegios.

Pero era una tontería que Ferran se preocupara. No tenía dónde volver. Nadie la esperaba. Y había llegado a su objetivo. ¿Para qué iba a volver a Jahar sin haber conseguido nada? Eso significaba que estaba encantada de quedarse allí, en casa de Ferran, mientras planeaba su siguiente movimiento.

Bueno, decir que estaba encantada tal vez fuera demasiado, pero era mejor que volver a Jahar.

Miró a su alrededor y sintió una extraña punzada en el pecho. Aquella habitación le resultaba muy familiar. Se preguntó si sería la misma en la que se había alojado cuando su familia y ella iban a visitar a la familia Bashar. En tiempos más felices.

Había telas lujosas colgadas de las paredes de mármol, las brillantes sedas de color rojo y jade dejaban entrever el oro y la obsidiana que había debajo. Todo respiraba riqueza. La cama igual. Divanes, almohadas, alfombras, todo añadía suavidad a una habitación construida en piedra y gemas preciosas.

Y la vista… era una habitación alta construida en una torre que daba más allá de los jardines de palacio, más allá de los muros de la ciudad y de las vastas dunas. Un sol anaranjado cubría la arena de oro candente.

Llamaron a la enorme puerta doble de madera labrada y Samarah se dio la vuelta.

—¿Sí?

La puerta se abrió y entró una mujer menuda. Samarah sabía que se llamaba Lydia, otra de las mujeres que trabajaba en palacio y con la que Samarah se había relacionado durante el mes anterior.

—Jequesa —dijo Lydia inclinando la cabeza.

Así que todo había comenzado. Samarah no pudo evitar sentir un estremecimiento de placer cuando la otra mujer dijo su título. Aunque hubieran pasado tantos años, seguía llevándolo en las venas.

Pero le perturbaba un poco que Lydia conociera los detalles de lo ocurrido entre Ferran y ella. Aunque más le perturbaba la idea de ser la esposa de Ferran… su amante… resultaba repugnante.

Pensó en el hombre que era. Fuerte, poderoso. De hombros anchos y cintura estrecha. Ojos vivaces, mandíbula cuadrada. Estaba bien afeitado, algo poco habitual en los hombres de aquella parte del mundo. Era extraordinariamente guapo, algo que no la favorecía a ella en aquel asunto. Aunque solo se trataba de una mera observación sobre el enemigo.

La belleza no significaba nada. La belleza solía engañar.

Samarah sabía que ella era considerada una gran belleza, como lo fue su madre. Y los hombres solían tomárselo como si ella fuera dulce, fácil de manipular. Como resultado, algunos hombres se habían encontrado con una espada apuntando a partes vulnerables de su cuerpo.

Sí, Samarah sabía que la belleza podía utilizarse para ocultar la fuerza y la astucia. Sospechaba que Ferran también lo sabía.

Se había pasado el último mes observando su fuerza física, pero se temía que había subestimado la brillantez de su adversario.

—Le he traído ropa —dijo Lydia—, siguiendo las instrucciones del jeque. Dice que se reunirá con él para cenar cuando el sol se hunda bajo las dunas.

Samarah entornó los ojos.

—¿De verdad lo ha dicho así?

—Sí, mi señora.

—¿No te pareció extraño?

Una pequeña sonrisa asomó a los labios de Lydia.

—No tengo la libertad de decirlo.

—Entiendo —replicó Samarah recorriendo la amplitud de la estancia—. ¿Y qué dijo sobre mí y mi cambio de situación?

—No mucho, mi señora. Solo que debíamos dirigirnos a usted como la jequesa y que la acomodáramos en esta ala del palacio. Y que no puede salir.

—Sí, eso parece —en cierto modo, se sentía aliviada al saber que no

había entrado en detalles—. Entonces, ¿tengo que vestirme y aparecer ante él a la hora mágica del anochecer?

—Primero tengo que prepararle el baño.

Samarah se miró y se llevó la mano a la mejilla, deslizando el pulgar por el corte que se había hecho con su propia daga. Se imaginó que estaría todavía peor tras haber pasado la noche en la mazmorra.

—Gracias. Lo estoy deseando.

Unos minutos más tarde, Samarah estaba sumergida hasta la barbilla en una bañera de mosaico llena de agua caliente y aceites esenciales. Ocupaba todo el largo del cuarto de baño, era más grande que muchas piscinas. La cruzaban varios pilares con grabados de hombres y mujeres desnudos.

Apartó la vista de aquellas escenas. Nunca se había sentido cómoda con aquel tipo de cosas. No después del modo en que se disolvió su familia. No tras haber pasado tantos años protegiendo su cuerpo de los hombres que querían utilizarla.

Y desde luego, no cuando estaba cautiva de su enemigo. Un enemigo que pretendía casarse con ella y… engendrar un heredero. Era demasiado.

Echó la cabeza hacia atrás, la apoyó en la almohada que le habían puesto y cerró los ojos. Aquello era sin duda mejor que la mazmorra. Mucho mejor que cualquier situación que hubiera vivido desde que salió del palacio familiar.

Y, por supuesto, Ferran lo tenía planeado. Sabía que apelaría a cierta debilidad suya. No podía olvidar con quién estaba tratando.

Cuando terminó, Samarah se levantó, se envolvió en un esponjoso albornoz y volvió al dormitorio.

—Mi señora —dijo Lydia—, yo la habría ayudado.

—No necesito ayuda, Lydia. De hecho, y no te ofendas, me gustaría estar un rato sola antes de ir a ver al jeque.

Lydia parpadeó.

—Por supuesto, jequesa —Samarah se dio cuenta de que Lydia estaba tratando de dilucidar a quién debía obedecer. Finalmente, inclinó la cabeza y salió de la habitación.

Samarah se sintió un poco culpable por haberla echado así, pero la idea de que alguien la vistiera le resultaba ridícula. Agarró el vestido azul marino que había extendido sobre la cama. Era de tela gruesa con una fila de cuentas de plata delante y otras desperdigadas. Estrellas en la noche oscura. También había ropa interior de seda. Un sujetador con aros y un par de medias a juego.

Dudaba mucho de que alguien vistiera a Ferran. No parecía de esos.

Pensó en ello mientras se ponía la ropa interior y luego el vestido. Ferran no había resultado ser como ella se imaginaba. En primer lugar, no se había transformado en un monstruo como ella creía, pues

en su cabeza era el hombre que mató a su padre.

Tampoco se había convertido en el hombre que pensó que sería basándose en los recuerdos que tenía de él siendo adolescente. Entonces era bastante descarado y solía hacerle bromas al personal de palacio. En aquel momento no parecía un hombre bromista.

Samarah consideró ponerse el velo que iba con el vestido. Había decidido llevarlo cuando estaba con las sirvientas, pero en general no lo usaba. A menos que se adentrara en el centro de la capital de Jahar, entonces se lo ponía para no llamar la atención.

No lo llevaría aquella noche. Se acercó al joyero que había al lado de la cómoda y lo abrió. Dentro encontró pendientes, pulseras y una elaborada tiara con una brillante gema en el centro.

Se cepilló la larga melena oscura y luego se colocó la tiara y el resto de las joyas. Belleza para disfrazarse. También encontró maquillaje y se lo aplicó, la base logró ocultar el corte de la mejilla. Le daba rabia verlo, así que estaba mejor cubierto. Se pintó la raya en los ojos y se puso pintalabios rojo.

Se miró en el espejo y apenas reconoció a la mujer que veía. Todo lo que llevaba era de una calidad que nunca se había podido permitir cuando vivía en la calle. Parpadeó y apartó la mirada hacia la ventana, donde vio al sol ocultándose tras las dunas.

Era la hora.

Se levantó la parte baja del vestido, salió de la habitación y se dirigió al largo corredor. Dobló una esquina y bajó por las escaleras hacia la zona de comedor del palacio, donde había unos hombres vestidos con almidonadas túnicas blancas tan ornamentadas como su vestido.

—Jequesa —dijo uno de ellos—. Por aquí.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias.

Le siguió hasta la siguiente estancia. La zona del comedor era inmaculada, una mesa alta con mantel blanco y sillas alrededor. Era suficientemente grande para cincuenta comensales, pero en aquel momento solo estaba sentado a ella Ferran. Detrás de él había unas ventanas que daban a los verdes y arreglados jardines. Una señal de inconmensurable riqueza. Tanta agua dedicada a las plantas en un lugar desértico.

—Has venido —dijo él sin molestarse en ponerse de pie cuando ella entró.

—Por supuesto. El sol se ha metido tras las dunas. Y no me atrevería a desobedecer una orden directa —aseguró Samarah recorriendo el borde de la mesa para acercarse hasta él.

—Siéntate —le ordenó Ferran.

Ella siguió avanzando hasta la cabecera de la mesa y le rodeó

pasando muy cerca de él. Vio que se le tensaban los hombros y todo el cuerpo, con todos los instintos en alerta máxima.

Ferran sabía que no la había domado. Bien.

Samarah tomó asiento a su izquierda con los ojos clavados en el plato que tenía delante.

—Espero que llegue pronto la comida. Estoy hambrienta. Al parecer, he estado prisionera la mayor parte del día.

—Ah, sí, lo recuerdo —dijo él—. No te preocupes, la comida está en camino.

Y justo en aquel momento aparecieron seis hombres con bandejas repletas de cazuelas de barro y jarras de cristal llenas de zumos granizados de brillantes colores. Colocaron las bandejas delante de ellos y levantaron las tapas con gran floritura.

A Samarah le sonó el estómago y confió en que Ferran no tuviera planeado envenenarla porque quería comer cuscús, verduras y cordero especiado. Había pasado muchas noches intentando dormir a pesar del vacío que sentía en el estómago.

Y en aquel momento necesitaba tener el estómago lleno para enfrentarse a Ferran.

—Nos serviremos nosotros mismos —declaró cuando el personal salió del comedor—. Normalmente, prefiero comer así. Me gusta hacerlo yo mismo —la miró a los ojos—. Me siento mucho mejor cuando tengo el control de la situación.

Samarah arqueó una ceja, agarró un utensilio de madera y se sirvió una generosa ración de cuscús.

—Eso podría ser un problema —dijo poniéndose un poco de cordero —. A mí me pasa lo mismo, y no creo que ninguno de los dos pueda tener el control absoluto todo el tiempo.

—¿Tú tienes alguna vez el control, Samarah?

Ella hizo una pausa.

—Todo el que puedo, jeque. Por supuesto, el desierto siempre es el rey sea cual sea tu posición en la vida. Nadie puede detener la sequía. Ni el monzón. O una tormenta de arena.

—Supongo que esa es una manera de excusarte por tu impotencia.

Samarah aspiró con fuerza el aire y se centró en la cena.

—No soy impotente. Sea cual sea la situación, aunque me pongas cadenas, nunca me harás impotente. Siempre tendré opciones, y mi fuerza está aquí —se llevó una mano al pecho—. Ni siquiera tú puedes arrebatarme el corazón, jeque Ferran Bashar. Y por lo tanto nunca tendrás realmente poder sobre mí.

—Puede que seas la persona más valiente que haya conocido — aseguró él—. Y la más inconsciente.

Ella sonrió.

—Me tomo ambas cosas como cumplidos sinceros.

—Me gustaría hablar de nuestro plan.

—A mí me gustaría comer… esto está muy bueno. Creo que los sirvientes no comen lo mismo que tú.

—¿Ah, no? No lo sabía. Le preguntaré al chef si es posible que todos comamos lo mismo.

—Supongo que no, sería demasiado trabajo para el cocinero. Cocinar en masa es bastante distinto a hacerlo solo para el jeque y su prisionera. He estado en comedores de caridad en Jahar y sé cómo es la producción de comida en masa.

—Dime —Ferran se apoyó en un codo—, ¿cómo sobreviviste?

—Cuando salimos del palacio, buscamos refugio con nuestros simpatizantes, pero nos resultó casi imposible encontrarlos. Fuimos de casa en casa. No queríamos que la gente supiera que habíamos sobrevivido.

—A mí me dijeron que tú estabas entre los muertos.

Samarah asintió.

—Lo sé. Fue un favor que le hizo a mi madre una sirvienta que quería vivir. Fingió lealtad al nuevo régimen, pero nos ayudó a escapar en secreto a mi madre y a mí, y luego le dijo al nuevo presidente que nos habían matado con el resto.

Samarah hizo una breve pausa.

—Después de eso no solíamos tener un techo —continuó—. A veces trabajábamos en alguna tienda. Luego podíamos dormir en los escalones al mínimo abrigo del alero del tejado. O, si el tendero era de buen corazón, en la trastienda.

—¿Y luego? —preguntó Ferran.

—Mi madre murió cuando yo tenía trece años. Al menos supongo que murió… se marchó un día y no volvió. Creo… creo que entró en el desierto y siguió caminando. Nunca volvió a ser la misma. Nunca sonreía.

—Creo que aquel día nos afectó a todos. Pero siento escuchar esto.

—Te disculpas con frecuencia por lo que pasó. ¿Lo sientes de verdad?

—Yo no siento nada.

—Eso no es verdad —afirmó Samarah con los ojos clavados en los suyos—. Anoche sentiste miedo. Yo te hice sentir miedo.

—Y yo a ti —contestó él—. Pero no estamos hablando de mí. Cuéntame cómo te las arreglaste cuando tu madre murió.

—Terminé encontrando trabajo en un estudio de artes marciales. El maestro Ahn no estaba en Jahar en el momento de la revuelta y no tuvo problemas al contratarme. Parte del salario me lo pagaba entrenándome y dándome techo y comida.

—Ahora entiendo por qué te resultó tan fácil atacarme.

—Soy cinturón negro de *hapkido*. No seas muy duro contigo mismo.

—Una princesa de Jahar maestra de artes marciales.
Samarah alzó un hombro.
—Vivimos tiempos extraños —aseguró comiendo un trocito de cordero.
—Hablando de eso, creo que deberíamos tocar el tema de nuestro acuerdo.
—¿De verdad crees que funcionará? —preguntó ella.
—Nunca he creído que amaría a mi esposa, Samarah. Mi intención ha sido siempre casarme con una mujer que ayudara a mi país. Eso forma parte de ser gobernante y tú lo sabes. Eres una jequesa sin trono ni pueblo, y yo te voy a dar ambas cosas. Así que la respuesta es sí, creo que funcionará.
—He intentado matarte —le recordó ella—. Esa podría ser una razón para que no funcionara. Y además, ¿crees que esto cambiará… lo que ocurrió?
—Todo puede cambiar. Un volumen de agua suficiente puede cambiar un paisaje entero. Puede remodelar las piedras. ¿Por qué no podemos remodelar nosotros lo que queda?
Samarah se dio cuenta de que una parte de ella quería creerle, una parte traicionera y esperanzada que creía muerta tras tantos años viviendo en las peores zonas de Jahar.
Quería creer que las piezas de su vida podían ser remodeladas. Que podría sentir algo más que frío. Algo más que furia y venganza. Algo más que el deseo de hacer daño como se lo habían hecho a ella.
—Y si no —continuó Ferran—, prefiero eso a que me corten el cuello. Y tú tendrás algo infinitamente mejor que dormir en un almacén. Eso debería bastar.
Y así, con esa facilidad, la esperanza quedó ahogada.
Porque Ferran estaba hablando como si una cama blanda pudiera arreglar el dolor que había sentido. La pérdida de su familia y de su casa. Él no lo entendía, y ella tendría que obligarle a hacerlo. Le obligaría a ver su dolor, su sufrimiento. Y a soportarlo como había hecho ella.
—Sí —dijo esbozando una sonrisa falsa—. Es verdad, ¿por qué no?

Capítulo 4

Ferran tenía sus reservas respecto a Samarah, y no por primera vez. Era bella, pero nunca sería sumisa.

Era descendiente de un pueblo guerrero y se había transformado a sí misma en soldado. Un soldado que él prefería tener de su lado en lugar de planeando su muerte.

Samarah se había mostrado un poco ermitaña los últimos días. Pero Ferran no se engañaba a sí mismo. Era una víbora en su madriguera, y él tendría que meter la mano para sacarla con cuidado.

A menos que la hiciera salir de su escondite. Metafóricamente. No rechazaba tratar el asunto con mano de hierro. En muchos sentidos lo estaba haciendo ya. Pero aquella pequeña serpiente había tratado de matarle.

Se acercó a la entrada de su dormitorio y consideró la posibilidad de entrar sin llamar. Luego decidió que prefería mantener la cabeza sobre los hombros y llamó con los nudillos.

—¿Sí?

—Soy Ferran.

Fue recibido por el silencio.

—Por si lo has olvidado, soy el jeque de Khadra y tu prometido —afirmó—. Ah, y también tu mortal enemigo.

La puerta izquierda se abrió un poco y Ferran vio un ojo marrón mirándole fijamente.

—No lo he olvidado.

—Hace días que no te veo, estaba preocupado.

Ella parpadeó.

—He estado enferma.

—¿De veras?

—Bueno, no me sentía muy bien.

—Entiendo —dijo Ferran—. ¿Nuestro compromiso te ha provocado un resfriado?

El ojo se entornó.

—¿Qué es lo que quieres?

—No te pedí matrimonio para que te encerraras en una habitación de mi palacio. Tenemos asuntos importantes que atender. Por ejemplo, anunciar nuestro compromiso al mundo. Lo que supone hacerle saber al mundo que la llorada jequesa de Jahar está viva.

—¿No puedes redactar una nota de prensa?

—Déjame pasar, Samarah, o entraré a la fuerza.
—¿Quieres intentarlo?
—Déjame pasar —repitió Ferran.
Ella obedeció esa vez y la puerta se abrió. La sostuvo con el brazo extendido y una oscura ceja levantada.
—Entra.
—¿Por qué me haces sentir como un huésped en mi propio palacio?
—Estos son mis aposentos. En ellos eres un huésped.
—Este es mi país y en él tú eres una prisionera.
Samarah estiró los hombros y expulsó el aire por la nariz.
—Una verdad muy incómoda. Se me ocurren algunas cosas que pueden ser aún más incómodas.
Ferran alzó una ceja.
—¿Por ejemplo?
—Por ejemplo, plantarte el pie entre las costillas —susurró ella.
—Tú y yo podríamos pelear alguna vez. Cuando tenga claro que no quieres matarme.
—Vas a esperar mucho tiempo.
—Ten cuidado. Muchos hombres podrían considerar esto un coqueteo verbal previo —dijo él para obtener una reacción.
Lo que le perturbaba era que eso era lo que parecía. La sangre le ardía en las venas. Le hacía recordar lo que había sentido al cargarla al hombro, al notar sus delicadas curvas y su furia mortal.
Ferran apretó los dientes. No era esclavo de su cuerpo. No era esclavo de nada. Él era el amo. El jeque. Y con aquel dominio de sí mismo servía a su pueblo. No a él. Eso significaba que no tenía tiempo para reacciones de aquel tipo.
Samarah alzó el labio superior y gruñó.
—Me repugnas. ¿Crees que me acostaría con el hombre que ordenó matar a mi padre?
—¿Por el bien de nuestro pueblo? Yo me acostaría con la mujer cuyo padre provocó la muerte de los míos.
El hombre que había abierto los barrotes que contenían a los demonios de Ferran. El hombre que le había revelado lo que podría ser cuando se rompía la contención.
Ferran ignoró aquellos recuerdos. Ignoró el calor que le inundó las entrañas al pensar en lo que significaría acostarse con aquella mujer.
Samarah parpadeó.
—Creo que tenemos un legado imposible de negociar. De hecho, he estado pensando en ello durante los últimos días.
—¿Y qué has concluido?
—Que en cierto modo entiendo lo que hiciste —los oscuros ojos de Samarah revelaban dolor y rabia—. Pero no tengo que olvidarlo. Ni perdonarlo.

—Tu padre mató al mío. Cara a cara y a sangre fría. Mi madre…

—Lo sé —lo interrumpió ella—. Y… nos encontramos en un cúmulo de circunstancias difíciles. Soy consciente de ello.

—No es tan difícil. El matrimonio es muy directo —se trataba de un contrato, nada más. Y mientras Ferran lo viera de aquel modo encontraría un lugar para ello en su ordenado mundo.

Samarah alzó las cejas.

—¿Lo es? Dado que la muerte de nuestros padres se debió a una infidelidad matrimonial, creo que es un poco más complejo de lo que crees.

—La pasión es más compleja de lo que la gente cree. La pasión es peligrosa. Por otro lado, el matrimonio es un contrato legal y no resulta en absoluto peligroso. No por sí mismo. Añádele pasión y tendrás gasolina con fuego.

—De acuerdo, entiendo tu punto de vista. Pero ¿de verdad me estás diciendo que tú actúas sin pasión?

Ferran alzó un hombro.

—Sí. Si hubiera actuado con pasión habría ordenado que te cortaran la cabeza por lo que intentaste hacer. Por suerte para ti, pienso mucho las cosas. Nunca actúo sin considerar todos los posibles desenlaces —Ferran observó su cuerpo menudo cubierto por una túnica roja de cuentas que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba unas mallas a juego. Tenía el oscuro cabello recogido en lo alto de la cabeza con una cadena dorada. Se preguntó cómo estaría con el pelo suelto cayéndole en brillantes ondas negras sobre los hombros.

Pero dejó de preguntárselo al instante. Porque era irrelevante. Porque su cabello y su belleza no tenían nada que ver con el acuerdo. Ni con nada.

—¿Tú eres apasionada? —le preguntó para no seguir contemplando su pelo.

Ella ladeó la cabeza y apretó ligeramente los labios.

—Con algunas cosas —reconoció—. Sobre todo con sobrevivir. Creo que no habría podido vivir todo lo que he pasado sin una cierta pasión por respirar. Si no hubiera sentido el ardiente deseo de seguir haciéndolo, probablemente habría ido al desierto a dejarme morir sobre una duna. Y luego está la venganza. Siento pasión por ella.

—En eso diferimos. Yo no quiero venganza porque sirve a un propósito muy pequeño. Yo quiero servir a propósitos más amplios. Y por eso la razón es mejor que la pasión.

—Hasta que necesites pasión para llenarte de aire los pulmones —aseguró Samarah con sequedad—. Entonces tal vez te replantees tu postura.

—Tal vez. Hasta entonces… en mi recuerdo, la pasión termina con gritos, sangre y la destrucción de una nación. Así que no me seduce el

tema.

—Entonces, ¿quieres que tengamos un matrimonio sin pasión? —preguntó ella.

Ferran volvió a mirarla. Era preciosa, no cabía duda, y en ese momento que no tenía una daga en la mano podía apreciar realmente su belleza. No se había maquillado, pero estaba tan impresionante como cuando se hizo la raya en los ojos y se pintó los labios de rojo.

—Tal vez atracción física —dijo él.

No estaba muy convencido de qué pensar al respecto. Lo cierto era que había renunciado a las mujeres y al sexo el día que su familia fue asesinada. El día que recibió la responsabilidad de toda una nación.

Su padre estaba demasiado ocupado dejándose llevar por sus deseos sexuales como para proteger a su familia. A su palacio. Y Ferran había visto lo que sucedía cuando se perdía el control. Cuando la pasión se transformaba en muerte.

Se había apartado de ello por aquella razón. Pero sabía que cuando se casara no podría seguir siendo célibe.

—Lo dudo mucho —aseguró Samarah abriendo los ojos de par en par—. Te desprecio.

—Eso no tiene nada que ver con el sexo, *habibti*. El sexo es cuestión de cuerpos. Es blanco y negro, como todo lo demás.

Ella apartó la vista y se le sonrojaron las mejillas.

—¿Esperas una unión célibe? Porque eso es imposible. Necesitamos hijos.

Algo cambió entonces en el rostro de Samarah. Su expresión pasó de aterrada a maravillada y luego a disgustada tan rápidamente que Ferran no daba crédito a sus ojos.

—¿Hijos? ¿Tus hijos? —le preguntó Samarah con los labios blancos.

—Y también tuyos. Herederos —afirmó él—. No hay lazo mayor que ese. No hay mejor modo de unir de verdad a dos naciones.

—Yo…

Samarah se quedó sin palabras. La repentina aparición de Ferran la había desconcertado, y luego… luego aquella charla sobre el matrimonio. Sobre el sexo y la pasión. Y finalmente sobre… niños.

La palabra la golpeó directamente en el pecho con la fuerza de un disparo.

Sintió primero terror, porque era una noción desconocida.

Y luego… durante un instante tuvo ganas de llorar por la idea de que su amor pudiera seguir adelante y cambiar. Por la idea de que no terminara en una celda de Ferran. Por la idea de ser madre.

Pero enseguida surgió la certeza de que significaría tener el hijo del enemigo. Dejar que el hombre que había ordenado la muerte de su padre la tocara, entrara en ella. Y tener hijos que llevaran su sangre.

No, no podía imaginárselo.

Y, sin embargo, había algo que seguía manteniéndola allí. Que evitaba que fabricara un arma con una horquilla y acabara con él.

Cuando Ferran afirmó con frialdad que su padre había matado al suyo y que también había sido el responsable de la muerte de su madre, Samarah se dio cuenta de algo por primera vez. Ella habría hecho lo mismo que él. Teniendo en cuenta el caos que había provocado su padre, si hubiera estado en la posición de Ferran, el nuevo líder del país… también habría mandado ejecutar a su padre.

Eso no debería importar. Lo único que debería importar era satisfacer el honor con sangre. Podía empatizar con su posición sin tener que perdonarle ni ofrecerle una rama de olivo en señal de paz.

Pero se sentía incómoda. Era como tener un zumbido bajo las costillas. Y no le gustaba. Pero el asunto del matrimonio le gustaba todavía menos que lo del asesinato.

En aquel momento tenía dudas respecto a ambos asuntos.

Y Ferran la confundía. Con su confortable colchón, la deliciosa comida y la proposición de una vida que nunca se imaginó que pudiera tener.

La oportunidad de ser jequesa. De hacer algo bueno para el mundo. De recordar lo que era ser pobre y no tener un techo y ayudar a los que sufrían pobreza en su país.

La oportunidad de ser madre.

De vivir en un palacio con todo lo que le habían robado en el pasado.

Todo resultaba muy tentador. Como una manzana envenenada.

Pero ella sabía que estaba envenenada. Sabía que aunque pareciera dulce se hallaba podrida por dentro.

—No puedo hablar de esto ahora mismo —aseguró.

—Ya has accedido. Esa es la única razón por la que no he mandado que te arresten.

Sí, había accedido. Pero en el fondo no sentía que hubieran alcanzado un acuerdo todavía. No le parecía real aquel giro del destino. Durante muchos años no había hecho más que concentrarse en su venganza y en sobrevivir. Todo con el propósito de llegar hasta allí. Pero luego no tenía ningún plan. Se había imaginado… bueno, no se imaginó que sobreviviría a aquello.

Ferran le estaba ofreciendo algo que nunca pensó que tendría: un futuro. Un futuro que le daba la posibilidad de aportar algo al mundo en lugar de limitarse a borrar a Ferran de él.

No era un monstruo. Eso lo supo desde que fue a vivir al palacio un mes atrás. Le había costado trabajo aceptar que luchaba contra un hombre, no contra un ser mitológico aterrador, no con el fantasma de la muerte que había destruido a su familia.

—Supongo que sí he accedido —reconoció—. Pero todavía estoy

asimilando lo que significa.

Era lo más sincero que le había dicho relacionado con su matrimonio.

—Yo también. Pero tengo claro que el matrimonio significa herederos. Soy miembro de la realeza, así que para mí no hay aspecto del matrimonio más importante que ese.

—Desde luego, no el afecto.

—Desde luego que no. Dudo que mi padre sintiera alguno por mi madre. En caso contrario no habría estado con tu madre.

—O tal vez solo fueran codiciosos —Samarah bajó la vista, no tenía claro si debía pronunciar las palabras que se le pasaban por la cabeza —. Creo que mi madre los quería a los dos.

Le resultaba extraño decir aquello. Sobre todo porque a ella le había faltado el amor en su vida.

—¿Qué?

—Creo que amaba a tu padre y al mío. Sufrió mucho al perderlos a ambos. No se recobró nunca de que su marido, a quien amaba, fuera asesinado en los mismos días que su amante. Creo que nunca quiso a nadie como los quiso a ellos dos —desde luego, a ella no.

Ferran guardó silencio un largo instante y clavó la vista en la pared de detrás de ella.

—En eso te equivocas. Creo que tu madre nunca quiso a nadie tanto como a sí misma.

—Tú no eres quién para hablar de ella —protestó Samarah. Pero hubo algo en sus palabras que la afectó de un modo extraño. Algo que resultó más real de lo que le hubiera gustado.

—Tal vez no —la luz de la mirada de Ferran pareció suavizarse durante un momento—. Ningún niño debería ver lo que tú viste.

Samarah apartó la vista.

—Apenas lo recuerdo.

Pero sí lo recordaba. Su madre y ella estaban de visita en el palacio. De visita. Por supuesto, luego se imaginó que estaría robando tiempo para su aventura. En su momento todo era muy confuso. Samarah no era más que una niña que no sabía nada de lo que pasaba entre el jeque y la jequesa ni lo que provocó la situación.

Sinceramente, a los veintiún años tampoco sabía mucho más.

En su cabeza, el deseo masculino no era algo positivo. Era algo que temía. Profundamente. Al vivir desprotegida como lo había hecho, había tenido que responder con fiereza a cualquier avance.

Los hombres de la ciudad aprendieron pronto que no valía la pena acosarla.

Y en su vida no había lugar ni tiempo para el sexo.

Por eso le costaba tanto entender qué había llevado a sus padres a semejantes extremos. Qué había llevado a su madre a sentir que ni su

marido ni su única hija eran suficientes para ella. Qué le había llevado a tirar por la borda una vida entera de comportamiento intachable y a su padre a reaccionar con semejante violencia. Durante mucho tiempo, Samarah pensó que el deseo era como una especie de demonio temible que se apoderaba de una persona y no le dejaba opción.

Pero en esos momentos ya no tenía miedo. Estaba claro que para ella no suponía una preocupación. Y menos con un hombre como Ferran.

—Me alegro por ti —aseguró él—. Yo lo recuerdo con demasiada claridad.

—Tú no viste… no viste…

Ferran tragó saliva, seguía con la vista clavada en algún punto detrás de ella.

—Vi lo suficiente.

Lo único que Samarah recordaba era que la habían empujado detrás de una pesada cortina. Se quedó allí. Y escuchó demasiado.

Pero no había visto. De eso se había librado.

—¿Cuándo tienes pensado que se celebre este matrimonio?

—Cuanto antes, mejor. ¿Estás segura de que nadie va a venir a buscarte?

—¿Te refieres a si alguien vendrá a rescatarme? Sí, estoy segura. No tengo a nadie así en mi vida.

Qué pensamiento tan solitario. Siempre lo había sabido, pero expresarlo en voz alta lo hacía mucho más real, marcaba el contraste entre lo que Ferran le ofrecía con el matrimonio y lo que ella conseguiría si le utilizaba y seguía adelante con su plan.

Era muy sencillo. Una posibilidad de futuro o nada en absoluto. La oferta de un futuro era tan brillante, tan tentadora, tan bonita…

—No me refería a eso. ¿Todavía te buscan los revolucionarios o algún miembro del antiguo régimen?

—No que yo sepa. El antiguo líder fue asesinado por uno de los suyos, y eso precipitó una era política completamente nueva en Jahar. Las cosas están mejor. Pero sigue sin haber sitio para mí.

—Como símbolo, brillarás mucho —dijo él.

El cumplido se le instaló de un modo extraño en el pecho. Se alojó entre la rabia y el miedo.

—Gracias —estuvo a punto de atragantarse con la palabra.

—Es la verdad. Creo que la gente te mirará, nos mirará a los dos y verá ecos de un tiempo de paz. De un tiempo en el que nuestras naciones eran amigas. No serás jequesa de Jahar, pero seguirás siendo importante para la gente de allí. Sufrieron cuando se depuso a la familia real. Les gustará saber que te has levantado tras un tiempo oscuro, igual que ellos.

—No pensaba que fueras tan idealista. Te imaginaba como un

monstruo.

Ferran alzó la mano y ella se la apartó con un bloqueo. Él bajó la cabeza y la miró con intensidad.

—Permíteme —dijo con tono duro.

Samarah se quedó paralizada y él volvió a alzar la mano. Ella se quedó mirándole mientras se la ponía en la mejilla y le deslizaba el pulgar por el pómulo, en el corte que le había hecho.

—Supongo que a la niña a la que le arrebaté a su padre y le robé la vida debo de parecerle un monstruo.

—¿Y no lo eres? —preguntó Samarah, incapaz por alguna razón de respirar. Le temblaban las piernas.

Podría apartarle la mano de la cara con un simple movimiento. Y romperle el pulgar en el proceso. Pero no lo hizo. Y no sabía por qué.

Tal vez porque le recordaba a otros tiempos. Cuando Ferran no le daba ningún miedo. Cuando no le odiaba. Cuando solo era el hijo mayor sonriente y guapo de los mejores amigos de sus padres.

«Pero no es ese chico. Aquel chico era una mentira. Ahora es un hombre y debe responder por sus pecados».

—Supongo que depende —dijo él—. Soy un hombre con muchas responsabilidades. Millones. Y siempre hago lo que debo para servir a mi pueblo. Desde el momento en que subí al poder —retiró la mano de su cara—. Siempre actúo en interés de mi pueblo. Si tú eres mi enemigo, si has hecho daño a los que debo proteger, entonces sin duda seré un monstruo para ti.

—Y eso es algo que yo puedo respetar —contestó Samarah con voz seca.

Era cierto, y no le dolió decirlo. Había honor en él y ella lo aceptaba. El único problema estaba en que chocaba con el honor que había en ella.

—Prepárate —le ordenó Ferran—. Voy a llevarte a la ciudad.

—Pero… no se ha hecho ningún anuncio.

—Soy muy consciente de ello. Pero una vuelta en limusina con una mujer que no se parece a la niña jequesa que desapareció hace dieciséis años no va a provocar una rebelión. Así que vístete para dar una vuelta en coche. Y, por lo que más quieras, Samarah Al-Azem, trata de disfrutarlo.

Capítulo 5

Samarah se puso más que guapa para la salida por Khajem, la ciudad que rodeaba el palacio. Resultaba difícil de creer que la niña que conoció se hubiera convertido en una víbora que había intentado matarle. Y más difícil todavía creer que aquella víbora podía estar tan impresionante cuando quería.

Aquel día iba vestida de jade, con el pelo recogido en una cadena de plata con una gema en el centro de la frente.

—Esto es muy distinto a como lo recordaba —dijo Samarah cuando estuvieron bastante alejados del palacio.

—Lo es —reconoció Ferran—. Khadra ha sido bendecida con riqueza. Lo único que yo tengo que hacer es…

—Has sido responsable. Podrías haberla acumulado. Dios sabe que mi país también tiene riqueza, pero ha quedado disminuida por el régimen que llegó después de mis padres. Se gastó en muchas cosas, ninguna de ellas beneficiosa para el pueblo. El mundo de Jahar se ha reducido a algo muy pequeño. Igual que el mío.

—Creo que ha llegado el momento de que crezca un poco, ¿no crees?

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó Samarah girándose para mirarle.

Era una buena pregunta, y Ferran sabía que no se refería a por qué había mejorado su país, sino a por qué se lo estaba mostrando a ella. Por qué estaba intentando que cambiara de opinión sobre él.

Tal vez quisiera devolverle algo de lo que le había arrebatado, por muy justificado que estuviera en su momento.

Tal vez solo quisiera volver a ver brillar sus oscuros ojos.

O tal vez fuera solo que no deseaba tener una mujer que tuviera más fantasías sobre matarle que sobre él en la cama.

¿De verdad la convertiría en su mujer? ¿En todo el sentido de la palabra?

Observó la elegante línea de su cuello, la suave piel dorada, el brillante cabello oscuro… Y los labios. Rojos o sin pintar, eran increíbles. Carnosos y de forma perfecta. Hacía mucho tiempo que no miraba a ninguna mujer de aquel modo. No se había permitido recordar lo que era el deseo.

Demasiado peligroso. Demasiado tentador.

Si se casaba con ella, sería su deber. El corazón le latió con fuerza y

le costó trabajo respirar.

Sí, la convertiría en su mujer. En todos los sentidos. Estaba decidido.

Sería perfecta. Por quien era. Porque Samarah conocía el peligro de la pasión. Sería la clase de esposa que necesitaba. La que necesitaba Khadra.

—¿Te he impresionado como debía? —le preguntó.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—En algunos sentidos. No puedo negarlo. Pero hay algo que necesito.

—¿De qué se trata?

—Llevo muchos días sin hacer nada. Me prometiste una pelea. Creo que ahora la quiero.

Ferran observó a la preciosa e inmaculada criatura que estaba sentada frente a él, con sus elegantes dedos entrelazados en el regazo mientras le pedía que se peleara con ella con el mismo tono que habría empleado para preguntarle si quería tomar el té.

Pensó en el aspecto que tendría si luchaban. El cabello despeinado, la frente perlada de sudor. Apretó los dientes para contener la creciente oleada de deseo que amenazaba con ahogarle.

—Si crees que estás preparada, jequesa…

—Solo si tú crees que lo estás, jeque.

A Samarah le sorprendió descubrir que Ferran le había conseguido ropa para el gimnasio. Unos sencillos pantalones cortos negros y camiseta a juego. Tras las capas a las que estaba acostumbrada a llevar para protegerse en la calle, para disfrazarse en palacio y los vestidos recargados que tenía que usar en aquel momento, se sintió casi desnuda con tan poca ropa.

Abrió la puerta de sus aposentos y vio a Lydia, que estaba justo fuera.

—¿Cómo puedo llegar al gimnasio?

—¿Al de uso general o al privado del jeque Ferran?

—Supongo… que al privado del jeque.

—Está cerca de sus aposentos. Por este pasillo y luego bajando las escaleras. Son las últimas puertas.

Dios mío, la había alojado lo más lejos posible de él. Seguramente porque temía por su seguridad. La idea la hizo sonreír mientras descendía hacia los aposentos de Ferran. Haber conseguido incomodarle le bastaba por el momento. No era venganza, pero le gustaba.

Samarah se acercó a las grandes puertas dobles de color rojo y las abrió despacio. Y se quedó paralizada al ver a Ferran, que le estaba

dando la espalda, golpeando un enorme saco que colgaba del techo.

No llevaba camiseta. La única prenda que tenía en el cuerpo era un par de pantalones cortos negros que se parecían mucho a los de Samarah. Aunque a él le tapaban más pierna.

Tenía la espalda muy ancha y la cintura estrecha. Todo en él resultaba sólido. Los músculos se le marcaban bajo la piel dorada como la arena del desierto.

Samarah sabía que era fuerte. Le había tocado enfrentarse a él, pero al verle en ese momento entendía por qué había vacilado, poniendo así fin a su plan.

Lo veía en cada línea de su cuerpo cuando golpeaba el saco. Era poderoso. Un arma. Por eso le estaba admirando. ¿Qué guerrero, qué artista de las artes marciales no apreciaría un instrumento tan fino? Por eso le miraba fijamente. No podía haber otra razón.

Samarah aspiró con fuerza el aire y compuso una postura alzando la pierna muy alto y bajándola suavemente entre sus omóplatos.

Ferran se dio la vuelta y la agarró de la muñeca, tirando de ella hacia delante y sosteniéndole el brazo libre contra su sólido pecho.

—Estás aquí —dijo él inclinando la cabeza. Le brillaban los ojos.

—Le estabas dando la espalda a la puerta.

—Así es. Supongo que me lo merecía.

—Podría haberte hecho daño —afirmó Samarah—. ¿Estás preparado?

—Solo un momento —Ferran la soltó y le deslizó las manos por las curvas de forma rápida.

A ella se le aceleró el pulso cuando los dedos le rozaron los laterales de los senos.

—Tenía que comprobar que no llevas ningún arma.

—Tengo honor —murmuró Samarah—. Si quisiera matarte no lo haría durante un combate pactado.

—Entiendo. Lo harías cuando estuviera durmiendo, entonces.

—Honor —repitió ella.

—Está claro. ¿Vamos al centro del tatami? —Ferran señaló hacia la sala de suelo azul y volvió a darle la espalda para dirigirse al centro del tatami.

Samarah le siguió y ocupó su posición frente a él con las manos alzadas, lista para golpear o bloquear.

—¿Estás preparado? —le preguntó.

—Cuando tú lo estés.

—¿Me estás dando ventaja porque soy mujer?

—No, porque eres delgada y debo de pesar cincuenta kilos más que tú.

—Haré que te arrepientas —aseguró ella.

Samarah amagó un puñetazo y él lo bloqueó en alto. Ella aprovechó

la oportunidad para hacer un punto con una patada lateral al vientre de Ferran seguida de un golpe con la mano en la barbilla. No le estaba golpeando con todas sus fuerzas porque aquel era un combate por puntos, no por sangre.

Ferran bloqueó su siguiente golpe agarrándola del brazo y sosteniéndolo, amagando un golpe que podría haberle roto a Samarah los huesos del codo si lo hubiera completado.

Un punto para él, dos para ella. Iba en cabeza y se alegraba por ello, pero si se hubiera tratado de una lucha de verdad la habría dejado en el suelo gritando de dolor.

Siguieron peleando lanzando golpes, bloqueándolos. Ferran usaba un estilo de lucha mixto mientras que ella se mantenía fiel a su disciplina. Su entrenamiento era más refinado, pero el de Ferran resultaba mortal.

Samarah no había luchado con tanta fuerza contra nadie desde hacía mucho tiempo. Tal vez nunca. Las peleas del estudio nunca habían sido tan intensas. Nunca se jugaba tanto.

No tenía muy claro qué estaba sucediendo exactamente. Solo sabía que era esencial mostrarle a Ferran quién era ella. Que era fuerte. Que no era alguien que pudiera manipular y domesticar. Que aunque por el momento cumpliera con su plan, no debía dar por sentado que estaba domada.

Era una advertencia para él. Un recordatorio para sí misma. Aunque aquella semana se hubiera vestido con trajes bonitos y se hubiera quedado impresionada con los cambios que Ferran había hecho en la ciudad, no debía olvidar que ya no era una princesa. La vida la había convertido en una guerrera. Y nunca debería olvidarlo.

Se preparó para atacar de nuevo y él estiró rápidamente los brazos para agarrarle los antebrazos y ponérselos detrás de la cabeza.

Samarah gimió y soltó un grito que llenó todo el gimnasio. El sonido sorprendió a Ferran lo suficiente para que ella pudiera soltar una mano, y la usó para darle otro golpe con ella en la mejilla.

Ferran le retorció la mano capturada detrás de la espalda y la empujó hacia delante de modo que cayó sobre el tatami. Parecía atrapada, pero estiró el pie, sorprendiéndole de nuevo, y logro revertir las posiciones. Ferran tenía la espalda contra la pared y ella le agarraba las manos, pero no era eso lo que le mantenía quieto, y Samarah lo sabía.

Era la rodilla. La tenía colocada entre sus muslos, lista para subir y conectar con fuerza contra una parte muy delicada de su anatomía.

—Si yo fuera tú me quedaría muy quieto —dijo.

—Se supone que no debes usar golpes de *full contact* —protestó él jadeando.

—Pero podría hacerlo —afirmó ella sonriendo.

Ferran se inclinó hacia delante ladeando la cabeza, y Samarah dejó de respirar durante un instante. Estaba haciendo contacto visual con ella, y eso provocó una sensación extraña en ella. Bajó la vista y la dirigió hacia los bien definidos abdominales, hacia la línea de vello que desaparecía en la cinturilla de los pantalones cortos. Y estuvo a punto de atragantarse.

Nunca había estado tan cerca de un hombre durante tanto tiempo. Había luchado contra varios antes, pero eso era distinto. Volvió a alzar la vista hacia su rostro, respirando en ese momento con mayor dificultad. Le temblaban un poco las piernas. Se debería a la falta de oxígeno, sin duda. Porque estaba jadeando. No podía haber otra explicación.

Ferran se inclinó hacia delante y le mordió el cuello. La sensación de sus dientes arañándole la piel no le resultó dolorosa. Pero provocó en ella algo que la hizo tambalearse y caer hacia atrás.

—Yo digo que lo dejemos en empate, pequeña víbora —dijo Ferran mirándola desde arriba.

Samarah sintió una oleada de rabia y se puso de pie de un salto.

—Eso lo dices porque yo he ganado. Ese… ese movimiento no lo reconozco.

—No dijiste que no valía morder.

—Exijo la revancha.

—Más tarde —sugirió Ferran—. Cuando pueda volver a respirar. Eres una fiera oponente. Y teniendo en cuenta mi ventaja física, no puedo ignorar el hecho de que si fuéramos del mismo tamaño me habrías destrozado.

—He estado a punto de destrozarte —susurró ella—. Y podría haber acabado contigo aquel día.

—Pero ya no lo harás —afirmó Ferran—, porque puedo ofrecerte una vida. Si acabas conmigo, acabas contigo también.

Samarah sintió un nudo en la garganta.

—Estaba preparada para ello.

—Lo comprendo —murmuró él en tono grave—. Pero creo que ahora que se te ha dado una oportunidad podrías ver las cosas de otra manera, ¿no?

Samarah bajó la cabeza. Odiaba que su guerra interior resultara tan transparente a ojos de Ferran. Odiaba que pudiera ver su debilidad. Que viera sus deseos. Que su manzana envenenada brillara tanto y resultara tan tentadora.

Un futuro. Un futuro con poder. En el que no pasaría hambre, frío ni miedo.

Sí, estaba empezando a desear aquello. Pero lo que conllevaba… de eso no estaba tan segura. El costo sería su honor. El costo sería dejar entrar al enemigo en su cama.

¿Y si fuera por un bien mayor?

Aquello era duro. Nunca había pensado demasiado en el bien mayor. Solo en el suyo. En sobrevivir.

—Tal vez —reconoció—. Tienes que admitir que la vida es una recompensa muy tentadora.

—Lo es —admitió Ferran—. Hace dieciséis años yo mismo estaba dispuesto a suplicar por ella.

Samarah parpadeó.

—¿Ah, sí?

—Finalmente no tuve que hacerlo —continuó él—. Me limité a esconderme… y pude escapar.

Ella asintió lentamente.

—Eso fue lo que yo hice.

—Tú eras una niña.

—Y tú eras muy joven. No podrías haber hecho nada para salvarlos. Si tu padre no fue lo suficientemente fuerte para hacerlo, un chico de quince años sin entrenamiento para la lucha menos.

Aquello era la pura verdad, y Samarah no tenía muy claro por qué la estaba contando. No entendía por qué no le dejaba marinarse en la culpa. Aspiró con fuerza el aire y continuó.

—No habría sido bueno para tu país que tú murieras aquel día.

Ferran alzó las comisuras de los labios.

—Tal vez no. Pero a ti te habría ahorrado un viaje.

Capítulo 6

Había llegado el momento de anunciar su inminente boda. Y Ferran confiaba en que la víbora de su novia colaborara con él.

Llevaba en palacio casi una semana, y su contacto había sido mínimo desde aquel día en el gimnasio. En parte porque el contacto físico suponía para él una tentación que no necesitaba.

Le había provocado un fuego en la sangre que no recordaba que existiera. Cuando era adolescente solo pensaba en él. En el placer y en satisfacerlo.

Pero entonces vio la devastación que eso conllevaba. Así que dejó de actuar de aquel modo. Dejó de buscar la satisfacción de la carne.

En aquel momento, Samarah estaba desenterrando sentimientos y deseos que estaban mejor enterrados.

Su padre no era el único hombre al que había matado aquel día. Entonces, Ferran también destruyó todo lo que él había sido y lo que imaginó que sería.

La atracción que había sentido en el gimnasio al pelear con ella, al morderla… aquello no tenía cabida en su acuerdo.

Tendrían que consumar el matrimonio, y tendrían que tener hijos, pero aparte de eso, Samarah sería libre para vivir como quisiera y para ser el símbolo que él necesitaba.

No necesitaba tenerla en su cama. Ignoró la punzada de calor que le atravesó el cuerpo al pensar en ello. Al luchar, Samarah era la pasión personificada. Y se había mostrado bella y aterradora a partes iguales. Porque había más convicción en sus movimientos de la que existía en todo el cuerpo de Ferran.

Pero no necesitaba convencerse. Lo que necesitaba era hacer las cosas bien. Mejor que su padre. Mejor de como las había hecho él a los quince años.

Le mintió a Samarah al hablarle del destino de su padre. Cuando le habló de la justicia simple en blanco y negro. Aquel razonamiento había surgido de la rabia.

Ferran apretó los puños y sintió una punzada de ira recorriéndole las venas. Cuando pensaba en su madre, fría y sin vida, inocente en todos los sentidos…

Y luego recordó los momentos anteriores. Cuando el padre de Samarah le rodeó el cuello con los dedos y Ferran actuó. Por su madre. Y por él.

Pero había llegado demasiado tarde. Su violenta rabia resultó completamente inútil. Al final no quedaba nadie de las personas a las que quería. Ni tampoco quedaba nada bueno dentro de él.

Aquel día había destruido muchas cosas. Y por eso tenía que contener sus emociones, por eso no podía volver a liberar sus demonios. Nunca.

Llamó a la puerta de Samarah y se abrió despacio. Lydia, la doncella, asomó la cabeza.

—Jeque —murmuró inclinándola.

—¿Está lista la señora? —preguntó él.

—Sí, jeque.

—Puedo hablar por mí misma —la voz de Samarah se escuchó desde el otro lado de la puerta.

—Déjanos, Lydia, por favor —le pidió él.

La otra mujer asintió y salió de la habitación de Samarah para dirigirse pasillo abajo. Ferran entró y ella le miró con expresión de asombro.

—Llevas traje.

—Así es —confirmó él mirándose la chaqueta y la corbata negra—. ¿Te sorprende?

—No esperaba que llevaras el atuendo occidental.

Samarah estaba muy elegante con un vestido negro de manga larga y cinturón dorado a la cintura. Una cadena de oro le entretejía el cabello, que llevaba recogido hacia atrás en una trenza.

Ferran se tomó como una misión personal verla con el pelo suelto.

Aunque no debería importarle nada el pelo. No tenía nada que ver con el honor.

—Tú estás perfecta con el atuendo oriental —aseguró él.

Samarah apretó los labios.

—Pensé que te gustaría que diéramos una imagen de unidad.

—¿Querías que pareciera que nos habíamos vestido juntos?

A Samarah se le sonrojaron las mejillas.

—No me refería a eso.

—Tal vez algún día de estos nos vistamos juntos —aunque en su matrimonio tampoco habría ningún propósito detrás de aquello. Iría a verla por las noches cuando fuera necesario. No compartirían la vida. No de aquel modo.

—Esto no es… apropiado… yo no…

—¿Te incomodo, Samarah? —así era, se daba cuenta de ello. Y no sabía por qué, pero le gustaba.

—No —aseguró ella mirándole a los ojos con expresión fiera—. Hace falta mucho más que tú para incomodarme, Ferran Bashar. Te recuerdo como un niño travieso, no como el hombre que eres ahora.

—Y yo te recuerdo como una niña pequeña, pero creo que los dos

hemos dejado atrás aquellos tiempos, ¿no crees?
—Tal vez.
—Hemos superado un cambio de régimen, una ejecución y un complot de venganza.
—Y una proposición matrimonial —le recordó ella.
—Sí, eso también. Aunque, al parecer, tú no quieres hablar de ninguna de las actividades relacionadas con la vida marital.
—No estoy preparada para pensar en ello —afirmó Samarah.
—Lo entiendo —Ferran sintió un calor extraño. No le recordaba a nada que hubiera experimentado en su vida. El deseo le resultaba familiar, pero en ese momento se enfrentaba a él solo.
No actuaba siguiendo impulsos inconscientes. No intentaba que el fuego brillara con más fuerza. Lo apagaba lo más rápidamente posible. Entrenando hasta caer extenuado. Sumergiéndose en agua helada.
Se las había arreglado para disminuir el deseo hasta llegar a convertirlo en una necesidad física. Igual que saciaba el hambre con comida y la sed con agua. No había necesidad de algarabía ni de coqueteo. Se las había arreglado durante años sin otra persona.
Pero en ese momento tenía delante otra realidad. Una mujer con la que se iba a casar. Una mujer con la que compartiría su cuerpo. Y estaba fascinado por ella. Ahora que el sexo se dibujaba en el horizonte, le costaba trabajo ignorar el deseo.
Sobre todo con todas las preguntas que tenía sobre su pelo. Lo largo que sería. Cómo sería su textura entre los dedos. Sí, tenía curiosidad por muchas cosas. Miró la exquisita línea del cuello, la curva de los labios. Se le aceleró el corazón. Sus dedos se morían por tocarla.
—Dime, Samarah —dijo ignorando sus reservas—. Durante todo el tiempo que estuviste planeando tu venganza y alimentando tu odio, ¿tuviste tiempo para los hombres?
Ella parpadeó.
—No.
—¿Te han besado alguna vez, Samarah?
Ella dio un paso atrás con los ojos muy abiertos. Y Ferran agradeció que lo hiciera. En caso contrario, sus años de contención habrían llegado a su fin.
—Vamos a llegar tarde.
—La prensa esperará. Están ahí por nosotros.
—No me gusta llegar tarde —Samarah pasó por delante de él para salir—. ¿Vienes?
—Sí —Ferran trató de calmar el calor que le atravesaba.
Tenían que ofrecer una imagen de unidad frente a la nación. Confiaba en que Samarah no decidiera intentar ejecutarle en público.

Samarah miró hacia el mar de reporteros y sintió el deseo de escabullirse del pódium y hacer lo que Ferran la había acusado de hacer. Esconderse en el palacio. De todo y de todos.

No estaba acostumbrada a ser tan visible. No le parecía bien. Era como una afrenta a la supervivencia.

Pero el miedo salvaje que estaba experimentando era mucho mejor que el extraño miedo que había sentido en el dormitorio.

«¿Te han besado alguna vez, Samarah?». ¿Qué clase de pregunta era aquella? ¿Y por qué hacía que ella se sintiera así? Incómoda y nerviosa. Si aquello era rabia, se trataba de un nuevo tipo. Un tipo que no le resultaba familiar. Y no le gustaba nada.

—Con gran felicidad —comenzó Ferran con un tono grave que no reflejaba ninguna felicidad—, anuncio mi próxima boda. Es un acontecimiento feliz no solo porque el matrimonio es una unión bendecida, sino porque me voy a casar con una amiga de la infancia a la que creía muerta. La jequesa Samarah Al-Azem.

La sala se llenó con una oleada de preguntas que caían como flechas. Samarah no estaba preparada para tanta atención. El miedo tenía un lugar limitado en su vida. Solo actuaba como una ayuda para sobrevivir.

Nunca se había sentido esclava del miedo.

Hasta en ese momento. Hasta que se vio haciendo algo que iba más allá de cualquier explicación.

Le puso a Ferran una mano en el brazo y le atrajo con fuerza hacia sí, escondiendo una parte de su cuerpo detrás de él.

Sintió que se ponía tenso con su contacto.

—No responderé a ninguna pregunta en este momento —afirmó Ferran—. Solo añadiré una cosa. Lamento lo sucedido en el pasado entre Khadra y Jahar. Igual que todos. Espero que esto sea el comienzo de una nueva era. Somos vecinos. Y, cuando lleguen los hijos a esta unión, seremos familia. Y aunque las cosas no volverán a ser como eran, tal vez podamos forjar al menos una tregua, o incluso una alianza.

Ferran le puso la mano en la espalda. El firme gesto le atravesó la ropa. La sacó del pódium y la apartó de la gente, que en ese momento estaba siendo manejada por su personal.

—Les he dicho lo que tienen que decir —afirmó Ferran cuando estuvieron en el corredor—. Contarán una bonita historia sobre nuestro reencuentro en una fiesta privada en Marruecos a la que ambos asistimos hace seis meses.

—Menuda mentira —dijo ella estremeciéndose, aunque no sabía muy bien por qué.

—Nunca habías estado delante de la gente así, ¿verdad?

—Estoy acostumbrada a ser anónima —reconoció Samarah—. Lo

cierto es que esto… va en contra de todo lo que he aprendido.

Era una afirmación más cierta de lo que ella pretendía.

Una afirmación mucho más profunda.

Todo lo que había experimentado allí en la última semana iba en contra de todo lo que sabía de la vida. De todo lo que sabía de Ferran.

Y de sí misma.

—Este es mi mundo —afirmó él—. Todo lo que hago necesita una conferencia de prensa.

—No sé qué pensar al respecto. Bueno, eso no es verdad. Lo cierto es que no me gusta —si iba a hacer el papel de jequesa no sabía cómo iba a sobrevivir a algo así—. Me siento demasiado expuesta.

—Estás completamente a salvo —aseguró Ferran.

—Estoy ahí de pie como una inútil, vestida con ropa formal. No estoy preparada para defenderme si ocurriera algo.

Ferran frunció el ceño y avanzó un paso hacia ella. Samarah dio un paso atrás y chocó con el trasero contra la pared.

—Es algo a lo que tendrás que acostumbrarte. Esto es solo el principio. Después de esto organizaremos un baile de gala para celebrar nuestro inminente matrimonio. Y luego será la boda. No voy a hacerte daño —aseguró—. Deja de estar preparada para lanzarte sobre mi tráquea.

—Debo estar preparada por si surge la necesidad.

Ferran alzó una de sus oscuras cejas.

—No surgirá.

—Eso dices tú.

Ferran le puso una mano en la cabeza y se apoyó en ella.

—Estoy aquí para protegerte. Lo juro por mi vida. En la sala en la que hemos dado la rueda de prensa siempre hay guardias. Están listos para defendernos si sucediera algo. Y, si ellos fallan, estoy yo. Yo te protegeré. Te fallé una vez, Samarah. Te dejé morir y ahora que has regresado de la tumba no permitiré que vuelvas a ella.

Samarah sintió que aquel juramento le nacía del alma, del honor que Ferran tanto valoraba, y supo que estaba hablando con la verdad. Le resultó muy extraño escuchar aquel juramento cuando una parte de ella todavía estaba dispuesta a cumplir la venganza por la que estaba allí.

Alzó la mirada y se encontró con la suya. Era de granito. Y se sintió atrapada allí, entre la pared de mármol y la dureza de sus ojos. Entre el honor que Ferran había demostrado desde que ella volvió y el deseo de tantos años de reparar la devastación que en parte él había provocado en su vida. No podía apartar la vista de él y no sabía por qué.

Los ojos de Ferran tenían algo.

—Nunca he sido capaz de confiarle mi seguridad a otra persona —

reconoció. Incluso cuando tenía a su madre con ella, muchas veces sentía que era ella la protectora. La madre.

—Confíamela a mí —le pidió Ferran—. Yo ya te he confiado la mía a ti.

Samarah pensó en aquello durante un instante.

—Supongo que eso es verdad, pero yo soy una prisionera.

—En lugar de grilletes tendrás un anillo.

—Brillará más —dijo ella flexionando los dedos y tratando de no pensar en qué sentiría al llevar el anillo de un hombre.

—No pareces muy contenta.

—Las joyas no han sido nunca una aspiración para mí.

—Ya me lo imaginaba.

—Así que no puedes esperar que me emocione como una niña al respecto, ¿verdad?

—Claro que no, Samarah. Por muchos brillos que te pongas, no me llevo a engaño.

—Bien.

—Eres una criatura salvaje —murmuró él inclinándose ligeramente hacia delante.

El movimiento la dejó sin aire en los pulmones.

—¿Y crees que tú me domarás?

Ferran le puso la mano en la mejilla y le deslizó el pulgar por la línea del labio inferior. Samarah no podía hacer nada. Solo dejar que la tocara. Nada excepto esperar a ver qué hacía. Estaba fascinada como lo estaría cualquiera ante algo aterrador. Algo oscuro de lo que la gente decente debería huir. Sintió un nudo en el estómago.

—¿Has visto alguna vez algún animal exótico enjaulado? —le preguntó él.

Samarah negó con la cabeza.

—El modo en que se mueven hacia delante y hacia atrás contra los barrotes resulta perturbador. Tanto poder salvaje encerrado. Les han robado todo el instinto. Yo no busco domarte. Pero confío en que al menos podamos convivir.

—Puede ser —murmuró ella con voz estrangulada.

—Viniendo de ti me lo tomo como un «sí» entusiasta. Sé que esto no es lo ideal, pero ¿no podrías al menos…?

—¿Soportarlo por un bien mayor? ¿Es eso lo que tú haces?

—Es lo que siempre he hecho —afirmó Ferran—. Es lo que debo hacer. Es el peso de la corona, Samarah. Si lo haces bien estás bajo el poder del pueblo y no al revés.

—Déjame que te haga una pregunta, Ferran —le pidió.

No sabía por qué estaba manteniendo aquella conversación. No sabía por qué estaba en el pasillo con él pegada contra la pared permitiendo que su mano siguiera en su mejilla. Sabía que estaba

prolongando el momento, prolongando el contacto, y por mucho que le confundiera la motivación, no se sentía avergonzada.

—Pregunta —le pidió él.

—Dices que me consideras salvaje. ¿Significa eso que tú estás domesticado, como si estuvieras en cautividad?

—Por supuesto que lo estoy —afirmó Ferran—. Soy quien gobierna en este país y tengo que ser diplomático. Un líder. Tengo que ser un hombre que actúe con racionalidad. Con la mente, sabiendo lo que está bien y lo que está mal.

Samarah entornó los ojos y ladeó la cabeza. El movimiento provocó que los dedos de Ferran se deslizaran por su mandíbula. Lentamente. Quemándola.

—No es eso lo que yo veo —murmuró ella.

—¿Ah, no? —preguntó Ferran—. ¿Y qué ves?

—Un tigre metido entre rejas.

Capítulo 7

Samarah estaba en el jardín practicando artes marciales cuando Ferran la encontró.

—Me alegra ver que estás disfrutando del sofocante calor —la saludó.

Ella se secó el sudor de la frente.

—Esto es el desierto. No hay otro tiempo del que disfrutar. Es esto o el monzón.

—Aquí no llegan las lluvias torrenciales. Si quieres encontrar monzones tienes que ir hacia el oeste, hacia los campos beduinos.

—Entonces, supongo que aquí en palacio el calor es mi única opción.

—Así es.

Ferran se la quedó mirando durante un largo instante. Cada elegante movimiento, preciso y mortal. Era una belleza. Una belleza envenenada.

Se sentía mucho más atraído por ella de lo que había pensado. Nunca había experimentado nada parecido a aquel extraño y lento calor que le atravesaba las entrañas cuando la tenía cerca. Ferran no era de los que ardían de deseo por una mujer. Por ninguna mujer.

Apenas recordaba a sus antiguas amantes. Había dedicado un año entero de su vida al descubrimiento de las mujeres. A los quince años no se saciaba nunca. Qué niño tan estúpido y mimado había sido. Obtenía siempre lo que quería y tenía más dinero y poder de los que era capaz de manejar a esa edad. Por eso descubrió el sexo antes de lo normal.

Pero las mujeres no eran para él más que un medio para conseguir placer. Solo eso. Nunca había deseado a una más que a otra.

Pero en ese mismo momento ardía de deseo.

Y eso no era lo que quería en absoluto.

Y luego estaba su inteligencia: «Un tigre metido entre rejas». Cuando le dijo aquello sintió el impulso de demostrarle que aunque estuviera atado no estaba en una jaula. Podía escabullirse de allí cuando quisiera, y quiso asegurarse de que Samarah lo supiera.

Quiso colocarle la cabeza contra la pared y hacer que sintiera lo que él estaba sintiendo. Tomarle los labios con los suyos.

Demostrarle la clase de hombre que era.

Pero era la pasión la que propiciaba aquel deseo. Y él no se dejaba

llevar por la pasión. Era demasiado arriesgado. No volvería a exponerse de aquel modo nunca más.

Aquella sensación de vulnerabilidad lo había llevado también a hacer aquel plan. Ya iba siendo hora de que los dos salieran del palacio, de aquel mausoleo que albergaba tantos muertos.

—He pensado que a lo mejor te gustaría tener la oportunidad de disfrutar un poco de ese calor fuera.

Samarah detuvo el ejercicio.

—¿A qué te refieres?

—Hay una tribu beduina que a estas alturas del año acampa unas horas al este del palacio, y siempre me gusta ir a visitarlos. Asegurarme de que sus necesidades están cubiertas y ver qué ha cambiado. Tienen un embajador, pero me gusta mantener el toque personal.

—Ah. ¿Y vas a llevarme?

—Vas a ser mi esposa. Esto será parte de tus obligaciones. Serás parte de este país.

—Me resulta difícil imaginarme siendo parte de Khadra —reconoció Samarah—. Siendo en cierto modo parte de ti.

—Y, sin embargo, ese va a ser nuestro futuro —aseguró él.

—Eso parece.

Ferran sonrió.

—Por fin empiezas a verme como a un ser humano y no como un objetivo que quieres atravesar con una flecha.

—No es cierto. Ahora, mientras hablamos, estoy pensando en romperte la nariz.

—Lo dudo, princesa.

—No te dejes engañar por mi actitud dulce.

—Eso no es imposible —dijo Ferran.

No sabía por qué, pero le gustaba bromear con ella. Quería que sonriera. Porque nunca lo hacía. Y porque era menos perturbador que sentir la suavidad de su piel bajo los dedos. Así que por el momento podría centrarse solo en la sonrisa.

—¿Cómo llegaremos hasta allí? —preguntó Samarah.

—En camello.

Un todoterreno de lujo con aire acondicionado no se parecía precisamente a un camello. En cuanto Samarah se subió al coche en la puerta del palacio se dio cuenta de que Ferran había estado bromeando.

Qué curioso.

Seguramente, ya no tenía miedo de ella, ya que se permitía el lujo de pincharla. Samarah no recordaba cuándo fue la última vez que

alguien bromeó con ella. Tal vez nunca. Recordó vagamente a una niñera que era muy alegre. Sonreía y cantaba mucho. Pero ni siquiera se acordaba de su nombre. Era más un sueño lejano que un recuerdo.

El maestro Ahn era amable. Pero no tenía mucho sentido del humor. Era callado, sereno, un buen contrapunto para la ira de Samarah. La había ayudado a canalizarla. A encontrar un poco de paz. A colocar las cosas en los compartimentos adecuados.

Pero no había bromeado con ella.

Ferran le sostuvo la puerta y Samarah entró. La ráfaga de aire frío supuso un cambio agradable respecto al árido calor. No estaba acostumbrada a una tregua semejante del calor de mediodía. Era un lujo.

—Esto no es un camello —dijo.

—¿Decepcionada? —preguntó Ferran tomando asiento en el sitio del conductor y encendiendo el motor.

Sacó el coche por las puertas y rodeó el palacio, dejando atrás la ciudad.

—No estoy decepcionada por que no haya camellos, no.

—No son tan malos cuando aprendes a dejarte llevar por su paso.

—Sí son tan malos, Ferran. Lo recuerdo. Aunque vagamente —Samarah se reclinó en el asiento y cerró los ojos—. Una vez hicimos una caravana. Íbamos en camello. Y montamos un picnic en la arena bajo unos toldos. Ahora me parece como si hubiera sido un sueño. O como si otra persona me hubiera contado la historia. Pero recuerdo el vaivén del camello, así que…

Ferran asintió.

—Es real. Tu padre organizaba un picnic así todos los años para los dignatarios que venían de visita.

—¿De verdad? No me acordaba. Qué raro que tú sepas más de mi pasado que yo misma. Era muy pequeña y mi madre nunca hablaba de ello.

«Raro» era una palabra demasiado liviana. Era… todo. Terriblemente triste. Y extrañamente alegre escuchar cosas sobre su pasado en lugar de recuerdos vagos.

Y lo más extraño era que la información procediera de un hombre al que veía como un enemigo.

—Solíamos ir a un palacio situado al lado del mar —dijo.

—La casa de mis padres. Ahora es mío. Nuestro. O lo será.

A Samarah se le formó un nudo en el estómago.

—No estoy segura de querer ir allí.

—¿Por qué no?

—Fui muy feliz allí —aseguró Samarah cerrando los ojos—. Casi me duele pensarlo —volvió a abrir los ojos y miró el desierto—. Creo que no quiero ir —repitió.

Guardaron silencio el resto del trayecto. Samarah trató de centrarse en las vistas y en el aire acondicionado en lugar de en el calor que parecía irradiar el hombre que tenía al lado.

—¿Lo ves? —le preguntó él.

Samarah alzó la vista y vio por el parabrisas las tiendas en la distancia.

—Sí.

—Eso es el campamento. Y hay humo. Parece que están cocinando para nosotros. En caso contrario tendríamos un problema, porque significaría que no están contentos conmigo.

—¿Tienen alguna razón para no estar contentos contigo?

—La gente suele estar descontenta con el líder de su país por varias razones, ¿no es así?

—Supongo que sí. Aunque yo tengo más motivos para estar descontenta con el mío que la mayoría.

—Dadas las circunstancias, sí.

—Me robaron mi vida —afirmó Samarah mirándole a los ojos—. Ellos me robaron la vida.

—¿Ellos?

«Y no él». A Samarah no se le escapó la parte de la frase que no dijo.

—No vayas más allá. Fue una situación compleja, eso está claro —aseguró ella—. Mucha gente puede recibir su parte de culpa. Excepto yo —dijo sintiendo otra vez la familiar rabia crecer dentro de ella—. Yo era una niña. Tenía seis años. No fue culpa mía. Pero tuve que pasar por ello.

—Así es, y eso es un crimen —afirmó Ferran—. Porque tienes razón, no fue culpa tuya y, sin embargo, tuviste que acarrear con las consecuencias. Así que ahora… acepta esto. Acepta esta vida. Vive algo diferente.

Sus palabras le rodearon el corazón. Unos tentáculos cálidos que la envolvieron y la hicieron sentirse segura. Y atrapada. Y no sabía si debía luchar o rendirse.

—¿Estás preparada?

Samarah sabía que se refería a salir y encontrarse con la gente, pero para ella tenía otro significado.

Asintió lentamente.

—Estoy preparada.

Y pensó que por primera vez lo estaba diciendo de verdad.

La gente salió a su encuentro para recibirlos. Y la cena estaba preparada. Se apresuraron a hacer un hueco en la cabecera de la mesa no solo para Ferran, sino también para Samarah.

A Ferran le complacía que todo el mundo pareciera contento con la

novia que había elegido. Porque para la gente del desierto que viajaba con frecuencia cerca de las fronteras de los países vecinos, la relación entre Khadra y las naciones cercanas era todavía más importante que para los que vivían en las ciudades.

Para ellos no era una cuestión de comercio. O de impuestos. Ni de poder ir de vacaciones donde quisieran. Para aquella gente, con frecuencia se trataba de una cuestión de supervivencia. Poder depender de la amabilidad de sus vecinos para conseguir comida, refugio y agua en caso de emergencia. De ayuda médica. Era algo esencial.

Por su parte, Ferran proporcionaba todo lo que podía, pero, si alguna vez había una emergencia en las fronteras, el gobierno no podría ofrecer su ayuda a tiempo.

Miró a Samarah, que estaba acurrucada a su lado sentada sobre los talones y con las manos en el regazo. Parecía mucho más cómoda allí que en la conferencia de prensa, pero se preguntó si se sentiría molesta por la gente que la estaba mirando con tanto interés.

No le gustaba que pasara miedo. Aquella certeza le golpeó con fuerza. Pero no tenía muy claro por qué. Por supuesto que no quería que pasara miedo. Iba a ser su mujer, y su deber era asegurarse de que estuviera protegida.

«¿Tal vez te parece extraño porque sabes que en realidad no puedes protegerla?».

No de la verdad. Si alguna vez llegaba a salir a la luz.

Apartó de sí aquellos pensamientos y se centró en lo que estaba pasando a su alrededor. La mayoría de la tribu estaba sentada en la zona dispuesta para cenar. Familias en grupo, niños hablando y riéndose, corriendo.

Los mayores estaban sentados con Samarah y con él en cojines, con la comida delante de ellos en una estera de mimbre que podía enrollarse con facilidad para transportarla. No se parecía en nada a la enorme y pesada mesa del comedor de palacio, tan formal, que su padre había hecho llevar de Europa.

Ferran se dio cuenta de que aquello le gustaba más en muchos sentidos. Aquello era Khadra. Así era su gente. Su historia.

—Jequesa.

Ferran observó que Samarah alzaba su oscura cabeza cuando el miembro más anciano de la tribu se dirigió a ella.

—¿Sí? —preguntó Samarah. Parecía sorprendida de que hablaran con ella.

—¿Qué le parece el clima político de Jahar en este momento?

Ella parpadeó rápidamente.

—Ha… ha mejorado —afirmó—. No volverán a gobernar los jeques, al menos no como antes. La nueva manera de hacer las cosas es

imperfecta. Pero desde la muerte del líder anterior hay una… democracia más legítima. Teniendo todo eso en cuenta, tal vez sea lo mejor para el país.

—¿Y cree que esto volverá a unir a los países?

Samarah frunció el ceño.

—Es difícil saberlo. Pero creo que al actual gobierno no me considerará una amenaza ahora si me caso con alguien de la familia Bashar y me instalo aquí. Creo que al menos esto servirá para curar viejas heridas.

Ferran asintió lentamente.

—Si ella puede perdonarme, tal vez Jahar pueda perdonar también.

—Y, si Ferran puede dejar a un lado el dolor causado por mi familia —continuó ella con voz firme—, tal vez Khadra pueda perdonar.

—Fue una gran pérdida lo de tu padre y tu madre —le dijo el anciano a Ferran—. Pero lo has hecho muy bien. Estarían orgullosos de ti. Nosotros lo estamos.

Ferran observó la expresión de Samarah. Se preguntó si ella pensaba que lo había hecho bien. O si seguía considerándole el peor hombre del mundo.

Lo curioso era que Samarah tenía más razón respecto a él que cualquiera de los líderes que estaban allí. Sí, había hecho cosas buenas por su país. Eso era cierto. Pero en muchos sentidos no era más que el asesino que ella creía que era.

—Has elegido bien a tu prometida —continuó el hombre—. Es una elección acertada para todos nosotros.

—En eso estoy completamente de acuerdo —aseguró Ferran.

Y era cierto. Samarah era la mejor elección.

—Bueno, gracias —dijo ella.

—Es la verdad —afirmó Ferran.

El anciano se puso a hablar con el hombre que tenía a la derecha y Ferran siguió mirando a Samarah.

—Me alegro de ser un peón político útil.

—Mejor eso que una instigadora de guerra. ¿Entiendes ahora lo que habría sido de esta gente si me hubieras matado? ¿O si yo te hubiera encarcelado? El matrimonio es preferible a ambas cosas.

—¿El matrimonio es preferible a la muerte o a la cárcel? Alguien debería bordar eso en un cojín.

—Creo que es muy poético.

—Mucho.

—Ni tú ni yo somos unos románticos —aseguró Ferran mirándola fijamente para tratar de evaluar su respuesta. Era una criatura muy reservada, difícil de descifrar. Aunque a él no debería importarle ser capaz de romper esa guardia o no.

No tenía nada que ver con su acuerdo. Ni tampoco la fascinación

que sentía por ella. Aunque saber qué pensaba le iría bien por si a Samarah se le pasaba por la cabeza volver a intentar matarle.

—Está claro que no —afirmó ella con expresión impávida.

—¿Tú nunca sonríes, *habibti*? —le preguntó él.

—Eso es mejor que «pequeña víbora». Y no, no suelo sonreír.

—Creo que eso es una lástima.

—¿Tú sonríes alguna vez, Ferran?

—No mucho.

—Entonces, no te preocupes de mi sonrisa. Creí que habías dicho que no eras ningún romántico.

—¿Sonreír es ahora una noción romántica?

—Tal vez sea un lujo que ni tú ni yo nos hemos podido permitir —Samarah ladeó la cabeza.

—Tal vez. Pero yo soy jeque.

—Como tantas veces me has recordado.

—Es la parte que más me define.

—¿Ah, sí?

—Sí —se reafirmó Ferran—. Si no fuera jeque… las cosas serían distintas. Pero lo soy. Y por tanto hay muchas cosas que puedo permitirme. Tal vez debería invertir en sonreír.

—¿Invertir en frivolidad? Eso parece una receta para el desastre.

—O podría ser una receta para… las travesuras.

Samarah alzó las comisuras de los labios.

—¿Travesuras? Eso es una buena palabra —afirmó—. Hacías muchas cuando eras adolescente. Me acuerdo.

—Espero que no las recuerdes con mucho detalle —dijo él—. Entonces no era la mejor versión de mí mismo.

Samarah frunció el ceño.

—¿Así que esta es la mejor versión de ti mismo?

—Obviamente.

A Samarah se le movieron los hombros y alzó los labios. Se le escapó un sonido estrangulado.

—¿Acabas de reírte de mí? ¿Es eso lo que has hecho?

—Creo que sí —respondió ella.

—Casi sonríes.

—Sí —parecía confundida.

—Ojalá lo vuelvas a hacer —dijo Ferran.

Y lo decía de verdad. No porque estuviera mostrándose emotivo, sino porque no era justo que una mujer como ella, tan bella, que debería ser feliz, tuviera tan pocos motivos para sonreír.

—Tal vez lo haga.

—Al menos considéralo. Bueno, nos retiraremos pronto a la cama.

Ella abrió los ojos de par en par.

—«¿Nos?».

—He traído mi propia tienda y han tenido la amabilidad de montarla. No te preocupes, tiene habitaciones. Y tú tendrás la tuya propia.

—Más te vale.

—Tendrás que superar tu aversión a dormir conmigo —a Ferran se le aceleró el pulso. Él no tenía ninguna aversión a dormir con ella. ¿Y por qué iba a tenerla? El matrimonio justificaba el deseo.

Siempre y cuando no se dejara gobernar por la pasión, mientras controlara su debilidad, no tenía nada de malo estar con su mujer.

Samarah frunció el ceño.

—No voy a tener esta conversación contigo con todos estos hombres alrededor —murmuró en un susurro furioso.

—Entendido —aceptó Ferran—. Pero vuelvo al tema de la sonrisa.

Samarah pareció vacilar durante un instante. Como si estuviera pensando en decir algo o salir corriendo hacia el desierto.

—¿Qué pasa con la sonrisa?

—Me gustaría tener la oportunidad de intentar hacerte sonreír mañana —porque quería darle algo. Darle más de lo que se había llevado.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—No muy lejos de aquí hay un oasis. Es un lugar al que suelo ir y me gustaría enseñártelo.

—Yo… —Ferran se dio cuenta de que estaba considerando rechazar su oferta. Pero se contuvo—. De acuerdo —dijo.

—Iremos a caballo porque no se puede llegar en coche. ¿Sabes montar?

—No… no lo sé.

—Bueno, puedes compartir el mío.

—De… de acuerdo.

—¿No vas a discutir?

Samarah negó con la cabeza.

—No. Creo que… creo que intentaré sonreír.

Capítulo 8

Samarah vaciló al verse al lado del enorme caballo negro que estaba ensillado y listo para su trayecto al oasis. Ferran ya estaba encima de él, y se suponía que ella debía acomodarse también ahí de algún modo con él. No había modo de evitar el contacto físico.

Y, sinceramente, el contacto físico con él resultaba perturbador.

Y aquello la desconcertaba, porque no había ninguna razón para ello.

«Claro que la hay. Él ordenó la muerte de tu padre. Es en parte responsable de las desgracias de tu vida».

Sí, pero no se trataba solo de eso.

No estaba acostumbrada a tocar a los hombres. Y él era todo un hombre. Tan fuerte, tan cálido… siempre estaba caliente. Tal vez tuviera fiebre.

Ferran bajó la mano y ella se la quedó mirando.

—Se supone que debes tomarla —le dijo.

Ella vaciló y luego obedeció, el calor le atravesó la palma y le subió por el brazo. No tuvo tiempo de pensarlo, al instante se vio subida al caballo, detrás de Ferran.

Le rodeó la cintura con los brazos y se inclinó sobre él instintivamente. Entonces empezó a preguntarse qué resultaba más aterrador, la idea de caerse sobre la arena o seguir agarrada a Ferran y a su espalda extrañamente cálida.

Ganó la espalda. Por el momento.

Tendría que haberle pedido sentarse delante. Habría sido menos perturbador.

Pero entonces… entonces habría estado entre sus muslos. Por el momento, él estaba entre los de ella. Así tenía una cierta ventaja. Si quería saltar o salir corriendo podría hacerlo. Aquel pensamiento le resultaba reconfortante.

—No está muy lejos —dijo Ferran—. Una hora tal vez.

—No estoy preocupada —aseguró ella estirando la cabeza para apartarla del hueco que había entre sus omóplatos. Parecía un buen sitio para apoyar la mejilla.

Pero no lo haría. No necesitaba usarle de almohada.

—Pareces rígida —dijo Ferran poniendo el caballo al trote.

—Estoy encima de un caballo. ¿Cómo quieres que actúe?

—Apóyate en mí.

—No creo que eso sea necesario.
—Haz lo que quieras.
—No quiero hacer nada de esto —afirmó Samarah.
—Eso no está bien. Porque estoy intentando hacerte sonreír, y si no quieres hacer nada de esto no lo lograré.
—Haces que parezca una persona difícil.
—No es esa mi intención. Eres mucho menos difícil que cuando nos conocimos y trataste de apuñalarme. Teniendo eso en cuenta, no me gustaría estar otra vez de malas contigo.
—¿Quién ha dicho que ahora estamos de buenas?
La conversación no continuó y Samarah se acomodó al ritmo del caballo. Y finalmente se apoyó en Ferran. El cuello se le había puesto rígido, y entre sus hombros había un hueco perfecto.
Eso aliviaría el dolor. Si pudiera apoyarse contra él durante un segundo…
Samarah bajó la cabeza. Era un lugar sólido, pero no incómodo. La tela de la camisa de Ferran estaba húmeda por el sudor, y no le resultó desagradable.
Aquello solo sirvió para aumentar su malestar.
Podía sentir su corazón latiéndole en el pecho. El movimiento de sus músculos mientras se movía con el caballo por la arena del desierto.
Samarah giró ligeramente la cabeza y captó el aroma de su piel. De su sudor. Nada de todo aquello resultaba en absoluto desagradable.
Se revolvió y le apretó con más fuerza, apoyando las palmas en su vientre. Allí también estaba duro. Y podía sentir sus músculos, su definición, incluso con la tela de la camisa que le separaba las manos de la piel.
Había visto sus músculos, así que sabía lo definidos que los tenía. Y también sabía que tenía un vello fino en el cuerpo. Y eso le parecía más fascinante de lo que debería.
Samarah se quedó luego mirando la línea del horizonte, tratando de no pensar demasiado en el cuerpo de Ferran y en cómo lo sentía bajo las manos. O en el aspecto que tenía sin camisa.
Solo estaba pensando en ello porque estaba atrapada contra él.
El trayecto parecía interminable. Samarah tenía cada vez más calor y se sentía más inquieta. Y los pensamientos no se le calmaban. Ni tampoco el cuerpo.
—Ya hemos llegado —dijo Ferran con tono duro tirando de las riendas y apretando el trasero contra sus piernas.
Samarah sintió un estremecimiento por todo el cuerpo. Se agarró a su camisa con desesperación. Deseando saltar del caballo y salir corriendo por el desierto.
Miró a su alrededor y su cuerpo soltó lentamente la tensión. El oasis era precioso. Una mancha de verde exuberante que se dibujaba contra

un fondo inmaculado de cielo casi blanco y arena pálida.

—Agárrate a la silla —le ordenó Ferran.

Ella obedeció y Ferran se bajó del caballo. Luego extendió los brazos.

—¿En serio? —Samarah resbaló una pierna por el costado del caballo y se deslizó hacia la tierra, aterrizando sobre un pie—. No soy una delicada florecilla, Ferran. No me trates como si lo fuera.

—Ni se me ocurriría.

—Acabas de intentarlo. Y dime, ¿dónde nos vamos a quedar?

—¿Te estás marchitando?

—Ten cuidado o te morderé. Te debo un mordisco.

La expresión de Ferran se endureció y su mirada se hizo más intensa.

—No puedo decir que estoy totalmente en contra de que me muerdas.

—Eso no tiene sentido.

—Tal vez para ti no, *habibti*. Pero, si llevo nuestro matrimonio como se debe, también tendrá sentido para ti pronto.

Samarah experimentó una oleada de calor, por rabia y por algo más en lo que no quería pensar.

—Ya me mordiste una vez y no sentí nada —afirmó.

Se le formó un nudo en el estómago porque estaba mintiendo y porque estaba recordando el arañazo de sus dientes en la piel. Fue algo muy íntimo. Y entonces ató cabos.

—No creo que la gente se muerda cuando… —Samarah cerró la boca.

—No siempre —Ferran agarró las riendas del caballo y se lo llevó de allí—. ¿Quieres ver dónde vamos a dormir esta noche?

Se adentraron en el oasis, que estaba protegido por una formación rocosa y por unos árboles que se iban haciendo más altos a medida que se acercaban a la orilla.

El agua era transparente como el cristal. Reflejaba los árboles, el cielo y el sol desde su tranquila superficie.

—Esto es increíble —aseguró Samarah—. ¿No vienen muchos animales por aquí?

—No he visto demasiados porque por la noche dejo el fuego encendido. Y ha llovido hace poco, así que no solo aquí hay agua. Pero debes tener cuidado con las serpientes.

—No me gustan las serpientes —reconoció ella mirando dónde pisaba.

—A mí tampoco me entusiasman, sinceramente, pero esta noche no tendrás que preocuparte por ellas —afirmó Ferran—. Voy a encender el fuego ahora mismo por precaución. La tienda es por aquí.

Samarah le siguió por el camino que se adentraba entre los árboles,

al otro lado del pequeño lago. Se detuvo al ver la tienda.

—No es exactamente una tienda.

La «tienda» tenía paredes con ventanas y una enorme lona encima del tejado y anclada a la tierra.

—Esto es mi escape —reconoció Ferran—. Algo mucho más sencillo que el palacio. Y más tranquilo. Vengo aquí siempre que voy a visitar a la tribu. Y otras veces sin razón alguna.

—¿Y traes a mujeres?

Sentía curiosidad por Ferran como hombre, no por el monstruo que ella había construido en su cabeza, ni tampoco por el hombre que tenía al lado, sino por el hombre que había sido durante los últimos dieciséis años. El hombre que al parecer tenía un refugio. Y que sabía que morder podía resultar excitante. Y que sin duda había besado muchas veces. Y tenía amantes.

Sí, de pronto sentía una gran curiosidad por aquel hombre. Porque tenía que conocer al enemigo. Un enemigo con el que estaba dispuesta a aliarse.

—No —afirmó Ferran—. No traigo mujeres aquí.

—¿Y dónde llevas a las mujeres? —preguntó Samarah.

—¿Por qué quieres saberlo? —le preguntó él.

—Porque… porque se supone que voy a ser tu esposa —era la primera vez que lo decía, la primera vez que le parecía real. Como si estuviera dando un paso hacia el trato en lugar de quedarse paralizada contemplando la posibilidad de escapar o de vengarse—. Creo que debería saber esas cosas sobre ti.

—Yo no tengo… aventuras —aseguró él en tono duro.

—¿Nunca?

—No —Ferran pasó por delante de ella y entró en la tienda.

Samarah miró dentro. Bajo la lona, que imaginó sería completamente impermeable, había muebles. No muchos, pero tenían aspecto caro. Madera y ricas telas. Nada tan ornamental como en palacio. Ese lugar parecía tener más que ver con Ferran y no con los que habían gobernado antes que él.

—Tengo que reconocer que llamar tienda a esto puede llevar a engaño —murmuró Ferran.

—¿Me estás diciendo que no tienes relaciones con mujeres? —insistió ella—. Creí que…

—¿Qué creías, Samarah?

A ella se le sonrojaron las mejillas.

—Di por hecho que un hombre como tú tendría amantes. Muchas. Recuerdo cómo eras. Aunque supongo que estar desnudo delante de alguien te convierte en vulnerable. Dormir con alguien… podría matarte mientras duermes. Supongo que eso significa que tienes que ser muy selectivo con tus amantes.

Quería conocer la respuesta porque, si de verdad iba a casarse con aquel hombre, aquella información era importante. Debería saber lo que pensaba sobre el sexo. Por qué no tenía amantes. Si le estaba diciendo la verdad. Porque, si iban a casarse, compartirían la cama de matrimonio y todas las intimidades que eso implicaba.

Intimidades de las que Samarah no sabía nada.

Había oído hablar del sexo en términos sucios y groseros. Había escuchado a los hombres proferir amenazas repugnantes. Había escuchado a las prostitutas hacer alusiones a cosas que ella no terminaba de entender.

Confiaba en que las actividades maritales fueran algo más que todo eso. Sabía que debía de ser así porque aquello era lo que había llevado a sus familias a la destrucción.

Aquella era la parte que la asustaba. La parte que temía convertirse en esclava de ello. La parte que temía descubrir algo nuevo sobre ella que la cambiara por completo.

—Estar desnudo delante de alguien no te convierte en vulnerable. Y nunca dormí con ninguna de mis amantes.

—¿No? Creía que… —no terminó la frase, no le gustaba la imagen de inocencia que estaba dando.

En muchos sentidos, no tenía ninguna inocencia. Había estado en el palacio durante aquella terrible destrucción. Y luego había sobrevivido al asalto. Hubo mucha violencia aquellos días. Samarah había sobrevivido al hambre, el frío, el calor, el miedo y el dolor. Pero no entendía el impulso que llevaba a dos personas a iniciar una relación romántica. No entendía el deseo sexual.

Era la única parte de inocencia que le quedaba. La inocencia física. Tenía las emociones insensibilizadas, la mente inundada por la fría fealdad del mundo. Solo su cuerpo permanecía intacto, y había luchado mucho por ello.

Pero no quería que Ferran supiera todo aquello.

—No hace falta dormir con alguien para tener sexo. Aunque tal vez en tu caso, como no tenías un lugar fijo, te resultara más fácil quedarte.

Samarah no supo qué decir a aquello. No sabía si Ferran estaba recabando información o no. Y no sabía si quería compartirla o no.

—No estamos hablando de mí —aseguró.

—No, es verdad. Pero eso debería responder a tus preguntas.

—No las responde.

—Entonces, tal vez deberías hablar con más claridad. No quiero jugar a las adivinanzas contigo, Samarah.

—Cuando dices que no tienes aventuras no significa que… quiero decir, has estado con…

—No soy virgen —la interrumpió Ferran—. He estado con muchas

mujeres durante mis años adolescentes, pero un incidente puso fin a mi pasión. Tenía un trabajo que cumplir y desde que ocupé el trono no tenía tiempo para perderlo en mi propio placer —tenía una expresión dura y la mirada cargada de rabia—. ¿Te consideras ahora suficientemente informada, Samarah?

No. Quería preguntarle sobre el placer. El placer en el que temía perderse. Quería preguntarle qué significaba eso para un hombre como él. Dieciséis años de celibato. Qué implicaría romperlo. Y si tenía intención de romperlo con ella. Quería hacerle muchas preguntas, pero no podía porque entonces se delataría.

Todo era muy extraño.

—Me considero más informada. Sí. ¿Vas a encender el fuego?

—Sí —respondió Ferran—. Te traeré tus cosas. ¿Por qué no te acomodas?

—¿Dónde está mi habitación? —Samarah se preguntó durante un instante si sugeriría que compartieran una. Y aquello la aterrorizó. Y la hizo sentir algo más que no supo identificar.

—Elige la que quieras, yo me quedaré en la otra. ¿Te parece bien?

—Igual que todo lo relacionado con este acuerdo.

—Me halagas —afirmó él con voz tensa.

De pronto parecía estar enfadado con ella, pero Samarah no podía ni imaginarse qué había hecho. Y no debería importarle.

—De acuerdo, colocaré mis cosas. Disfruta encendiendo el fuego.

—Nos veremos para la cena —le informó Ferran—. Si llueve, cocinaré dentro.

—¿Esperas que llueva?

—Siempre me preparo para una catástrofe potencial. Lluvia, inundaciones…

—De acuerdo —Samarah agitó la mano y se dispuso a explorar las demás habitaciones de la casa. Necesitaba estar un rato sin verle. Ferran la llevaba a decir y a pensar cosas absurdas.

Tenía que pensar con claridad. Recordar lo que estaba haciendo allí.

Aquella idea la desanimó. Se hundió en el sofá. Lo que estaba haciendo allí era disponerse a casarse con Ferran Bashar, el hombre que había jurado matar. Porque era lo correcto. Por sus países. Era un bien mayor que no podía ignorar sin más.

Aquello era un acto de sacrificio, no algo que calmaría la angustia que la quemaba por dentro. Se había convencido a sí misma para matarle y había asumido en consecuencia su propia y posterior muerte, una muerte que supondría un sacrificio. Pero tal vez no. Tal vez solo había sido un acto de rabia ciega y desesperación.

La misma rabia que se había apoderado de su padre.

La idea la golpeó con fuerza. Ella no era como su padre. No era una máquina de furia ciega capaz de destruirlo todo solo para vengarse de

su esposa y de su amante.

Y tras aquella idea le surgió la siguiente.

Iba a casarse con Ferran. Iba a ser su esposa.

Que Dios la ayudara. Aquello era real.

Una lágrima se le deslizó por la mejilla y fue a caerle en la mano. Y por primera vez desde que su madre se adentró en el desierto para no regresar jamás, Samarah Al-Azem se permitió llorar.

Cuando salió fuera una hora más tarde se sentía renovada en su propósito. Sentía como si estuviera de verdad en un nuevo camino. Como si se hubiera reconciliado con aquel cambio.

Al menos en parte. Alzó la vista hacia el sol, que en aquel momento descansaba en la parte baja del horizonte. Un escalofrío recorrió la arena del desierto junto con una neblina azul que parecía espesar el aire. Los mosquitos pululaban entre los juncos, y Samarah se los apartó de la cara mientras caminaba a través de las altas plantas hacia el agua.

Cuando llegó a la orilla se detuvo. La superficie del agua se agitó, se rompió, y apareció Ferran. Se quedó de pie dándole la espalda con las gotas de agua cayéndole por la piel. Dio un paso hacia la orilla izquierda de modo que el agua le bajó más de la cintura, revelando… oh.

Dio otro paso más y el agua le resbaló por la piel. Samarah pudo ver entonces que estaba desnudo.

Nunca antes había visto el trasero de un hombre. No así. No uno desnudo, musculoso y… bueno, desnudo.

Y lo que era más importante, nunca había sentido la necesidad de quedarse mirando así a un hombre, vestido o no. Como un hombre y no como una amenaza. Era fascinante. Sobre todo después de la conversación que acababan de tener, combinada con la proximidad física del trayecto a caballo.

Y la reciente aceptación total por parte de Samarah del hecho de que iba a ser su esposa.

Sí, todo aquello la tenía allí de pie, mirándole fijamente e incapaz de apartar la vista. Tenía la boca abierta y sentía la cara ardiendo. El corazón le latía con más fuerza de la que nunca creyó físicamente posible.

La única vez que había estado cerca de aquello fue en un momento de auténtico terror. Con esos estaba familiarizada. Pero… ¿eso? Eso era otra cosa. Algo nuevo.

Ferran se giró hacia un lado y Samarah contuvo el aliento. Se quedó completamente paralizada, cautiva de él. Quería verle. Entero. Quería resolver aquel misterio. Saber qué aspecto tenía. Completo.

Trató de tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta.

Entonces, Ferran se giró hacia ella y clavó sus oscuros ojos en los suyos. Pero ella solo le sostuvo la mirada durante un instante. Enseguida la bajó.

Se mordió el labio inferior y se tomó un momento para estudiarle al detalle. Era la primera vez que veía un hombre desnudo.

—¿Ves algo que te interese?

Samarah no tenía muy claro que «interés» fuera la palabra adecuada. Se obligó a volver a mirarle a los ojos.

—Lo siento.

Ferran alzó un hombro y se le movieron los músculos del pecho.

—No necesitas disculparte. No he puesto un aviso.

—Sería mejor que avisaras a la gente.

—Podría haberte mandado un mensaje de texto.

Ella parpadeó despacio.

—No tengo teléfono.

—Eso va a cambiar.

—¿Ah, sí?

—Naturalmente —respondió Ferran, que todavía seguía delante de ella. Desnudo y natural.

Para Samarah aquello no tenía nada de natural. Había demasiada piel expuesta y ella quería salir corriendo.

—No hay nada de natural en esto. En tú, yo y… no puedo estar aquí de pie hablando contigo desnudo.

—Eso también va a cambiar.

—Lo dudo —dijo Samarah girándose sobre sus pasos para volver por donde había llegado.

No era que quisiera huir de un hombre desnudo, solo quería escapar de aquel calor. Y dejar de sentir aquella sensación placentera entre las piernas.

No era tan inocente. Sabía lo que eso significaba. ¿Por qué le estaba ocurriendo eso en aquel momento? ¿Con él?

Iba a casarse con él, pero su intención era negar el sexo como parte de la ecuación todo lo que pudiera y someterse a él cuando no tuviera más opción. Hasta aquel momento, su plan había sido quedarse allí y pensar en Jahar, por decirlo de alguna manera. Hacía solo una hora que había decidido que sí, que sería su mujer. No como un indulto o hasta que pudiera matarle. En cualquier caso, no estaba preparada para enfrentarse a la idea de que podría… desearle.

No. Eso era solo una variante inspirada por la naturaleza que no tenía nada que ver con el deseo. Era la primera vez que se veía expuesta ante un hombre atractivo sin tener que preocuparse de que fuera una amenaza.

Nada más.

Samarah frunció el ceño al cerrar la puerta de la tienda. ¿Cuándo había dejado de percibir a Ferran como una amenaza? Estaba segura de que no le haría daño. De que nunca la forzaría. Y no sabía qué había hecho para merecer aquella medida de confianza, cuando hacía solo dos semanas estaba acobardada en mitad de su cama, temiendo que la matara o hiciera uso de su cuerpo.

Resultaba curioso cómo cambiaban las cosas.

Aquello sí que le daba miedo. Porque sin la ira que sentía hacia Ferran, no sabía qué le quedaba.

—Lo siento si mi cuerpo te ha ofendido.

Samarah se dio la vuelta y vio a Ferran en el umbral poniéndose la camisa. Ya llevaba puestos los pantalones, que le caían sobre las estrechas caderas. Pero nada de aquello la ayudaba ya, porque podía visualizarle claramente sin la ropa puesta. Resultaba problemático.

—No ha sido… ofensivo —afirmó—. Pero no estoy acostumbrada a mantener conversaciones con hombres desnudos en el exterior.

—¿Solo las tienes en el interior?

—Bueno, ¿dónde si no? —preguntó ella.

—Eres una criatura obstinada. Dado que ahora estás en un espacio cerrado, podría quitarme la ropa otra vez si tú quieres.

Samarah alzó las manos y se le subió el corazón a la garganta.

—¡No!

—Entonces, tal vez quieras salir para cenar.

—¿Vestidos?

—Solo si tú quieres. Yo no tengo esas normas respecto a las mujeres y la desnudez.

Samarah entornó los ojos.

—Pero, si lo que has dicho es verdad, nunca estás desnudo con mujeres.

—Vuelve a salir, Samarah.

—Exijo que los dos estemos vestidos —salió y siguió el humo ascendente que salía del estanque donde Ferran había estado nadando unos minutos atrás. El campo estaba húmedo, pero había mantas y cojines. También había una sartén sobre el fuego.

—¿Has cocinado?

—Ya te he dicho que suelo venir por aquí con frecuencia. Podría cocinar dentro, pero me gusta comer fuera —retiró la sartén del fuego y la llevó a una mesita baja que estaba al lado de su asiento.

En la sartén había carne y arroz, y Ferran le sirvió un cuenco lleno hasta los topes. Era mucho más sencillo comer así que en el palacio. A Samarah le gustaba. Le recordaba quién era, cómo había crecido.

Pero había algo en aquella situación que parecía una fantasía. Era extraño, porque nunca se habría imaginado que pasar tiempo con Ferran podría ser una fantasía. Tal vez en su vida en palacio. Entonces

estaba fascinada por él. El guapo príncipe que siempre estaba metido en líos. Siempre planeando alguna travesura.

Ferran alzó la cabeza y la decreciente luz del sol reflejó un brillo en su rostro. Entonces Samarah recordó. Una imagen salió del fondo de su mente. Estaba en el palacio de Khadra, viéndole entrar en la habitación. Recordó su sonrisa. Cómo estiró la mano y le revolvió el pelo.

En aquel momento se quedó convencida de que era la persona más bella que había visto en su vida.

No sabía por qué se acordaba de eso ahora.

O tal vez sí. Tal vez se debiera a que la ira y sus ansias de venganza no le habían permitido tener un recuerdo de él tan bonito.

Era bonito porque formaba parte de sus inicios, y tenía pocos recuerdos de aquella parte de su vida. Un tiempo en el que las cosas estaban bien. Antes de que todo se fuera al infierno.

—Me acuerdo de ti —dijo entonces permitiendo que los recuerdos se mezclaran con las palabras. Permitiéndose por primera vez recordar las personas que habían sido antes de que sus padres lo destruyeran todo.

—Deberías. He estado aquí sentado contigo todo el rato.

—De antes —continuó Samarah—. Me acuerdo de ti.

Le hacía sentirse extraña conectar de pronto con él, con aquel muchacho en lugar de con el monstruo que tenía en mente.

—¿Y de qué te acuerdas?

—Pensaba… pensaba que eras precioso —eran palabras de verdad, pensamientos olvidados que surgieron en su mente y le salieron por los labios, llenándole el pecho de un extraño calor.

—¿De verdad? Esa… esa no es la descripción que uno esperaría.

—Era una niña pequeña. Me parecías fascinante —Samarah miró el cuenco—. Y eras amable conmigo.

No era de extrañar que no se hubiera permitido recordar aquello. Porque no encajaba con las historias que se había contado a sí misma sobre Ferran el monstruo. Pero en ese momento, aquellas leyendas estaban siendo borradas por algo más poderoso. Por los recuerdos.

—Era imposible no serlo. No se te podía ignorar, y ser desagradable contigo habría sido como darle una patada a un cachorrito.

Samarah decidió en aquel momento actuar como si no hubiera nada más allá de aquel fuego. No permitiría que hubiera nada más que aquellos buenos recuerdos compartidos. Una tregua.

—Bueno, en cualquier caso te lo agradezco. Acabo de tener un buen recuerdo. Y no me sobran. No recuerdo mucho de mi vida antes de la muerte de mi padre. Y creo que no se debe a lo pequeña que era, ya que solo tenía seis años, sino a que me obligué a dejar de recordar. Dolía demasiado —alzó la vista—. Me gustaría volver a tener

recuerdos. Tener algo… normal.

—Me temo que no soy el hombre adecuado para eso —afirmó Ferran.

Por supuesto que no lo era. ¿Cómo iba a serlo? Dadas las circunstancias, era imposible. Aun así, Samarah presionó.

—¿Por qué?

—No tengo claro lo que es normal. No sé qué versión de nuestras vidas fue la normal dada la tragedia.

—Lo que yo busco ahora es cualquier sentimiento que no sea miedo o rabia. En eso ha consistido mi vida básicamente en los últimos dieciséis años.

La expresión de Ferran cambió, se endureció.

—No puedo ni imaginarme por lo que has pasado. Ojalá hubiera podido hacer algo.

Samarah se rio de pronto.

—Esto es muy extraño. Nunca pensé que estaría sentada contigo en torno a una hoguera y que tú te ofrecerías a intentar arreglar las cosas. Creo que estaba equivocada contigo.

—Samarah…

—No creo que ninguno de los dos hubiéramos podido ganar tal y como estaba la situación, Ferran. Tú eras el nuevo gobernante y tenías que actuar como rey. Y mi padre no actúo como rey aquel día. No era más que un hombre celoso. Gobernado por la emoción.

Samarah aspiró con fuerza el aire y trató de liberar la tirantez que tenía en el pecho.

—Tuvo un juicio justo y se le encontró culpable de un crimen que cometió. Lo que nos sucedió a mi madre y a mí fue menos justo, pero no fue culpa tuya.

Le dolió decir aquello, pero no había honor en la rabia. Ella lo sabía mejor que nadie. Y, sin embargo, se había aferrado a ella durante dieciséis años.

—Samarah —repitió Ferran—. Hay cosas que… no soy ningún héroe.

—Yo tampoco. Soy una víctima. Y creo que tú también lo eres. Pero ¿acaso no ha llegado el momento de parar?

—Ahora ya no eres una víctima —aseguró Ferran remarcando las palabras—. No volverás a serlo. Eres una jequesa. Y tienes poder en este país. Ahora tienes poder.

Samarah miró hacia el agua, azul oscuro ahora que el sol se había metido en el horizonte.

—Estas últimas semanas contigo… antes de esto no recuerdo cuándo fue la última vez que me senté y tuve una conversación con alguien. El maestro Ahn fue muy bueno conmigo. Es lo más parecido a un amigo que he tenido, pero no hablábamos mucho. Me inculcó la

voluntad de vivir, la facultad de usar la mente y de actuar con honor en todo…

Samarah hizo una breve pausa.

—Tal vez… tal vez por eso vacilé aquella noche en tu habitación. Porque algo dentro de mí me dijo que no podría hacer honor a la justicia si te hacía daño.

—Una afirmación muy valiente, Samarah.

—Hoy me he dado cuenta de algo. Estaba permitiendo que la furia dictara mis actos. Y en eso no era mejor que mi padre. Porque quería vengar su muerte, pero nunca condené sus acciones. Mi rabia era por mí. Por mi madre y nuestro país. Pero la venganza no iba a arreglar nada. La ira solo conduce a más devastación. Estoy lista para dejarla ir. Aunque eso me haga débil —Samarah miró la comida y luego otra vez a él—. ¿Eso me hace débil?

—Tú nunca has sido débil —aseguró Ferran—. Nunca.

—Lo dices con mucha seguridad, pero siempre he tenido miedo.

—¿Y eso es una debilidad?

—Supongo que, si te mantiene con vida, no.

Ferran apartó su cuenco y se puso de pie.

—Me voy a la cama —dijo—. Mañana desayunaremos aquí y luego volveremos al campamento beduino.

Por alguna razón, la idea de marcharse la entristeció.

—De acuerdo.

—Te veré mañana, Samarah.

Otra oportunidad de estar sencillamente sentada. De estar con otra persona. De vivir. Samarah se dio cuenta de que lo estaba deseando.

Capítulo 9

Samarah se despertó al oír el sonido de la lluvia en el tejado de lona. Se levantó de la cama y miró hacia fuera. Estaba gris, el sol trataba de abrirse camino a través de una pesada masa de nubes que habían aparecido por la noche.

Se pasó los dedos por el pelo y se inclinó hacia delante. Los sedosos mechones le rozaban los hombros.

Miró cómo la lluvia caía sobre la tierra seca y cómo las gotas creaban surcos en la superficie del lago. Y de pronto sintió la necesidad de salir.

Cuando vivía en Jahar odiaba la estación de las lluvias. Odiaba tener que esconderse en cuartos llenos de barro y agua. Odiaba tener que buscar refugio durante el día, cuando podía encontrarlo, o pasarse la tarde sintiéndose como una rata mojada.

Pero en ese momento era distinto. No estaba obligada a quedarse bajo la lluvia. Podía elegir. Podía quedarse donde estaba, seca, o bailar bajo la lluvia. Dependía de ella. Porque ahora tenía un hogar. Un refugio.

Todo había cambiado. No se trataba solo de sobrevivir. Había… alegría. Felicidad. Al aceptar el ayer, había conseguido capturar aquellas cosas. O, al menos, su posibilidad.

Se puso de pie y se acercó a la ventana, presionando la palma contra el cristal. Luego se dio la vuelta y se acercó al salón. Todavía había neblina y la casa estaba oscura. No había visto la hora, pero debía de ser temprano.

Se acercó a la puerta de entrada y agarró el picaporte antes de salir al porche. Llevaba puesto el camisón, de suave seda y con apenas adornos. Se lo habían dado en palacio y lo había llevado para el viaje. No estaba pensado para ser muy elegante, solo cómodo.

Normalmente, no habría salido con él. Ni tampoco con el pelo suelto, porque tenía mucho y llevarlo suelto le causaba más problemas que recogérselo.

Pero en aquel momento no le importaba.

Salió a la arena mojada y la pisó mientras las gotas de lluvia le caían por el cuerpo, pegándole el camisón a la piel. Miró hacia arriba y dejó que la lluvia le resbalara por la cara, las mejillas y el cuello.

Qué diferente era estar bajo la lluvia cuando uno lo había escogido. Cuando sabías que podías volver a entrar y secarte.

Dio vueltas en círculo con los brazos extendidos. Se sentía como la niña que fue. Como si estuviera libre. Como si la lluvia solo fuera lluvia y no tuviera que preocuparse del frío, la incomodidad o la humedad.

Recorrió el camino que habían tomado la noche anterior hasta llegar a las cenizas del fuego en la orilla del lago. Miró la superficie sobre la que caían las gotas de lluvia y volvió a alzar la cara.

—Te vas a resfriar.

Se dio la vuelta y vio a Ferran, y al instante desapareció la simplicidad, la alegría infantil. Y se dio cuenta de que estaba allí de pie con un camisón fino pegado al cuerpo y el pelo mojado cayéndole por la espalda.

—Tú también estás aquí fuera —señaló.

Y llevaba solo unos vaqueros. Sin camisa. Pero uno no dormía con vaqueros, así que significaba que dormía… bueno, seguramente se los habría puesto para salir.

—Sí, pero tú… estás preciosa —murmuró Ferran.

—Estoy mojada.

—Sí —Ferran avanzó un paso hacia ella y Samarah miró hacia atrás.

Tenía los talones en la orilla. No podía seguir avanzando hacia atrás. Y tampoco tenía ganas de darle un puñetazo en la cara. Y eso era algo nuevo. Ferran estiró el brazo y le acarició un mechón de pelo.

—Me preguntaba cómo sería tu pelo suelto.

—También está mojado. Así que no debe de estar muy bien.

—No estoy de acuerdo —afirmó él acercándose un poco más—. ¿Sabes cuánto puedo ver de tu cuerpo a través de ese camisón?

Samarah miró la tela, que se le había ajustado a la figura. Se vio claramente los pezones, endurecidos por el frío.

—No tengo ni idea —afirmó alzando otra vez la vista.

—¿Y sabes lo que eso me provoca?

Ella abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Luego parpadeó y sacudió la cabeza.

—No.

—Hace dieciséis años que no toco a una mujer. Ahora mismo… me siento como esta tierra. Como si llevara demasiado tiempo sin agua y ahora la tuviera aquí delante.

—Oh, Ferran… yo no… yo… —no sabía qué hacer. No tenía muy claro qué quería él. Ni si ella podría dárselo.

—Voy a preguntártelo otra vez, Samarah —Ferran la miró a los ojos —. ¿Te han besado alguna vez?

Ella sintió como si se le quedaran sin aire los pulmones.

—No exactamente —dijo.

—¿Qué quiere decir eso?

Samarah vaciló. El corazón le latía con fuerza dentro del pecho.

Sabía que lo que dijera cambiaría las cosas. Y quería que así fuera.

—No me ha besado nadie que no fuera de mi familia. Nunca me ha besado ningún hombre.

Ferran le puso las manos en las mejillas y le apartó las gotas de agua. ¿De verdad iba a dejar que la besara?

Aquel hombre iba a ser su marido. Había sido su enemigo. Iba a ser su amante.

Su cerebro luchaba consigo mismo. Y Samarah no sabía a qué voz escuchar. Pero sintió que se le entreabrían los labios y cerraban los ojos mientras alzaba la cara.

—He estado esperando esto más de lo que te puedas imaginar —gruñó Ferran.

Y entonces sus labios se encontraron con los suyos. Estaban calientes bajo la capa de lluvia que los cubría a ambos. Estaban resbaladizos por la lluvia. Y firmes. Ferran le sostuvo la cara con fuerza y luego le ladeó la cabeza, abriendo la boca y tocándole el centro del labio superior con la punta de la lengua.

Fue un toque delicado y sencillo que le provocó un relámpago de fuego por todo el cuerpo. Ferran se retiró ligeramente sin apartar las manos de su rostro.

—Bésame tú también, Samarah.

—No sé… no sé cómo… —murmuró desesperada.

—¿Qué quieres hacer?

—Yo… —Samarah le miró el pecho, el vientre, y puso las manos en él, una palma apoyada sobre los duros abdominales y la otra encima del corazón. Quería tocarle. Sentir aquellos músculos sin ropa encima de ellos.

Hacía algún tiempo que lo sabía, aunque no terminara de entenderlo.

O, mejor dicho, no había querido entenderlo.

En ese momento lo entendía. Lo entendía todo. La profundidad y los matices de ser humano, de estar viva.

Había mucho más que sobrevivir, que respirar. Estaba la sensación de la piel de Ferran bajo la suya. El calor de su cuerpo, la definición de sus músculos. Y también estaba el deseo que creaba en ella. Embriagante. Una emoción que no se parecía a nada que hubiera experimentado nunca. Así que aquello era el deseo. El deseo crudo y real, mucho más potente de lo que nunca se imaginó. Aunque sabía que sería algo muy fuerte, había una diferencia entre saberlo y vivirlo. En ese momento lo estaba viviendo.

Se inclinó y le besó, quedándose paralizada cuando su boca tocó la suya. Una gota de lluvia se deslizó entre sus labios hasta la lengua de Samarah. Ella se rio y se apartó.

—Lo siento, supongo que no hay que reírse cuando te besas.

Ferran apartó las manos de su rostro y se las puso en la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo.

—¿Por qué no? —preguntó—. Me gusta ver que por fin sonríes.

Ferran acortó la distancia que los separaba y la besó, esa vez con más fuerza. Movió los labios sobre los suyos, le deslizó la lengua por la comisura de la boca antes de que ella la abriera para darle entrada. Luego la tomó con profundidad. La sensual fricción provocó en Samarah una aguda punzada de deseo. Una flecha de placer que le atravesó el centro del cuerpo.

Sacó las manos, atrapadas entre sus cuerpos, y le rodeó con ellas el cuello atrayéndolo hacia sí. Trató de imitar sus movimientos, hacer que sus labios encajaran en los suyos. Ferran ajustó lo que estaba haciendo y ella también. Y encontraron la manera de acomodar sus labios a la perfección.

Ferran le acarició la espalda, el trasero y los muslos. Luego la abrazó con fuerza y le hundió los dedos en la piel, añadiendo en los puntos de placer una mezcla de dolor.

Samarah se agarró a él, le rodeó la cintura con las piernas para no caer al suelo, y el movimiento provocó que su centro entrara en contacto con su duro estómago. Se le escapó un gemido de la garganta.

Ferran gruñó e inclinó la cabeza, mordiéndole el lateral del cuello con más fuerza de lo que lo hizo en el gimnasio.

Ella gimió y Ferran le pasó la lengua por la zona, calmando el escozor, aumentando su deseo. Samarah le besó sintiéndose ya más segura. Tal vez porque parecía que él estaba a punto de perder también el control. Ella desde luego lo estaba. Porque aquello no era necesario ni útil y, sin embargo, lo sentía como esencial. Lo deseaba. Más de lo que recordaba haber deseado nunca nada.

Ferran le cubrió el trasero con las manos y la apretó con fuerza contra sí. Al mismo tiempo le mordió el labio inferior y luego se lo calmó. Samarah le agarró con fuerza los hombros y entendió perfectamente por qué a algunas personas les gustaba morder.

Había mucho más en aquello de lo que nunca creyó posible. En desear a un hombre. En el deseo sexual. No era solo placer, ni buenos sentimientos, ni nada de lo que se imaginó que sería.

Era necesidad, tan profunda e intensa que quemaba. Era dolor. Dolor porque daba demasiado placer, dolor porque quería más.

Besar a Ferran era a la vez la mejor y la peor tortura.

Era todo. Llenaba el momento. La llenaba a ella. Y, sin embargo, no era suficiente. Le daba pistas sobre cosas de las que no sabía, la hacía desear cosas que no entendía. Hacía que su cuerpo deseara algo que no estaba segura de que existiera.

Agitó las caderas contra él y un gruñido gutural salió del pecho de

Ferran. Él se movió rápidamente, con decisión y los bajó a ambos al suelo. A la arena. Y a Samarah no le importó que fuera a mancharse. Que fuera a mojarse. No le importaba mientras él siguiera besándola.

Ferran ajustó su posición y le pasó las manos por el pelo, echándole la cabeza hacia atrás, tirando ligeramente de ella. Ferran le deslizó una mano por la espalda, cubriéndole el trasero y levantándola hacia él. Samarah ya no estaba apretada contra su estómago, sino contra la dura línea de su mástil. Le había visto desnudo el día anterior, pero aquello no le había preparado para eso. En el lago, Ferran no estaba excitado.

El instinto y el deseo la llevaron a flexionar las caderas contra él, cada movimiento creaba en ella un placer más fuerte hasta que pensó que iba a morir.

Estaba segura de que nadie podría soportar aquel tipo de asalto sensual. La arena áspera debajo de ella, Ferran cálido y duro encima de ella, la lluvia fría contra su piel.

Ferran movió la mano para cubrirle el seno, deslizándole lentamente el pulgar por el pezón antes de pellizcárselo ligeramente. Todavía estaba cubierta por la tela húmeda del camisón. Ferran bajó la cabeza y se lo succionó en profundidad.

Se apretó contra ella, el duro risco de su erección le golpeó justo donde lo necesitaba.

Y el muro de contención se derrumbó en su interior. Un grito sordo se le escapó de entre los labios, un sonido parecido al que soltaba cuando luchaba. Crudo, apasionado, valiente.

El placer la recorrió por todas partes. Samarah se arqueó contra él y se agarró a sus hombros mientras las oleadas de placer la zarandeaban.

Se quedó allí quieta un momento, sintiéndose completa. La niebla empezó a disiparse lentamente. Y entonces empezó a sentir otras cosas. Vergüenza. Pudor.

Ferran volvió a moverse contra ella. La besó en el cuello con las manos firmes en los senos.

Samarah le empujó el pecho.

—Samarah, ¿te he hecho daño? —le preguntó él.

—No… yo… no…

No podía decírselo. No podía decirle que había tenido lo que suponía que era un orgasmo solo besándole. Aquello era… aterrador y casi humillante. Porque, ¿cómo era posible?

Aquello no era retroceder y pensar en Jahar. Aquello no era una tregua. Había sobrepasado la línea.

Ferran se apartó de ella y Samarah se puso de pie tambaleándose con el camisón pegado a las piernas, la arena pegada en la piel, en el pelo.

—Tengo… tengo que volver.

—¿Ah, sí? —le preguntó Ferran, que todavía estaba en el suelo respirando de forma agitada.

Parecía tan asombrado como en la noche que Samarah intentó matarle.

—Sí. Yo… gracias. Por el beso. Tengo que irme. Tengo frío.

Se apartó de él rodeándose la cintura con los brazos, y corrió hacia la casa y luego al baño. Cerró la puerta tras ella y abrió la ducha. Se metió completamente vestida y vio cómo la arena se iba por el desagüe.

Y entonces empezó a temblar.

Nunca antes había sentido nada parecido. Era demasiado grande para enfrentarse a ello. Para asimilarlo.

La vida tenía una nueva profundidad que acababa de descubrir. Y le aterrorizaba pensar en lo que podría pasar después de aquello. Pensó en su madre, la autora de su propia destrucción y la de todos los demás, tan desesperadamente enamorada de dos hombres que no fue capaz de renunciar a ninguno de ellos.

Por mucho que quisiera no ser como su padre, tampoco quería ser como su madre. Hasta que no averiguara cómo manejar sus emociones, no podía permitir que Ferran volviera a tocarla. Así de sencillo.

Ferran se insultó de todas las formas posibles mientras daba patadas a la parrilla de cocinar en la que todavía conservaba las brasas muertas del fuego de la noche anterior.

Era un animal. De la peor calaña. Sabía que Samarah era virgen, qué diablos, sabía que nunca la habían besado. Que la habían tratado mal durante toda su vida. Que había acabado en la calle siendo una niña.

Él era el responsable de todo lo malo que le había pasado en la vida. Y en ese momento había añadido una cosa más a la larga lista.

Se había dejado gobernar por la pasión. Había abierto las compuertas tras mantenerlas firmemente cerradas durante tantos años.

No. Él no era aquel hombre. Ya no. No podía permitirlo.

Había sido brusco con ella. Había estado dispuesto a tomarla, a arrebatarle la virginidad. En la arena, bajo la lluvia. Sin hablar con ella. Sin asegurarse de que estuviera preparada.

«Estás usando tu necesidad de control para mantenerla prisionera».

Apartó de sí aquel pensamiento y dirigió su enfado consigo mismo hacia otros asuntos.

Se había dejado llevar por su propio deseo sin pensar en nada más. Pensaba que ahora era mejor que antes. Tenía que serlo. La alternativa

era impensable.

Se metió en el agua a pesar de que ya estaba mojado y se sumergió en ella. Estaba mucho más fría aquel día, con el sol detrás de las nubes y la lluvia cayendo.

No sirvió para calmar su erección. Seguía estando tan duro que le dolía, el deseo lo atravesaba como una corriente. Apretó los dientes y salió del agua con los vaqueros apretados contra la erección.

Había sido una idea estúpida. Ni siquiera había funcionado.

Volvió a la casa y se quitó los vaqueros en la puerta. Con suerte, Samarah no estaría por allí, no quería sorprenderla con el cuerpo así. Oyó correr el agua de la ducha y dio las gracias en silencio.

Entró en su dormitorio y empezó a buscar ropa seca. Tenían que volver al palacio. A la civilización y a la cordura.

Allí podría mantener las distancias. Recordaría todas las calamidades que Samarah había sufrido. Un sufrimiento provocado por la debilidad de Ferran.

Se detuvo ante aquel pensamiento. Samarah se merecía saberlo. Porque, si había algo que a ella le importaba de verdad, era el honor.

Aunque había un límite que no debía cruzar al contárselo para no añadir más dolor. Para no descubrirse a sí mismo del todo.

De una cosa estaba seguro. Antes de unirla a él por el resto de su vida, antes de encarcelarla de un modo distinto al que pensó en un principio, Samarah tenía que saber, al menos en parte, a qué clase de hombre se iba a unir.

Capítulo 10

Llegaron al palacio a última hora de la tarde. El camino de regreso fue una tortura. Samarah había pasado tanto tiempo de su vida sin interactuar con otros seres humanos que en aquel momento no entendía lo incómodo que podía ser estar sentada en un espacio reducido con otra persona cuando no se tenía nada que decirle.

Y cuando había algo tenso y obvio flotando en el ambiente.

La mañana parecía quedar siglos atrás, y, sin embargo, solo habían pasado unas quince horas desde que Ferran la estrechó entre sus brazos. Desde que la atrajo hacia sí y la besó. Desde que la llevó a la cúspide del placer bajo la lluvia.

No se podía creer que esa hubiera sido ella. En el frío de la noche, no podía entender qué se había apoderado de ella para salir a la tormenta, para caer en sus brazos y besarle como si fuera la única fuente de agua del desierto.

Samarah circuló por sus aposentos y se detuvo al ver a Ferran en el umbral.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—He venido a hablar contigo respecto a mañana. Vamos a comer con la organizadora de eventos de palacio para hablar con ella de la fiesta de anuncio de compromiso y de la boda.

—Oh —dijo Samarah—. Me había olvidado de la fiesta.

—Yo también. Como no me interesan especialmente las fiestas, me resultó fácil olvidarlo.

—Yo tampoco soy una gran fan de las fiestas —aseguró ella con tono seco.

—Ya me imagino. Te he comprado algo.

—Ah.

Vaya, maldición. Aquello tampoco era muy inteligente.

—No tendría que haberte tocado así, sin pensar en tu inocencia. Lamento haberte asustado.

Samarah tenía en la punta de la lengua decir que no la había asustado en absoluto. Se había asustado ella sola. Pero se calló y le dejó seguir.

—Perdí la perspectiva de lo que estamos haciendo. Este matrimonio es para beneficiar a nuestras naciones. Y para curar el pasado. Lo que hice no sirve para ninguna de las dos cosas.

—Bueno… supongo que no.

—Esto es para recordarte, para recordarme a mí de qué se trata esto —Ferran buscó en el bolsillo y sacó una cajita negra—. He hablado con el joyero de palacio y ha elaborado algo muy deprisa. No es el anillo de mi madre. Dadas las circunstancias, creo que no hace falta construir ningún monumento a ese matrimonio.

Ferran abrió la tapa de la cajita y dejó al descubierto una ornamental y brillante obra de arte. Oro y diamantes engarzados en una intrincada banda.

—Pero esto también forma parte de las joyas de la corona. Y lleva muchas generaciones en mi familia. Ha durado más que los matrimonios. Que el gobierno de cualquier jeque o jequesa. Y confío en que construyamos lazos entre nuestros países que sean igual. Espero que lo que construyamos trascienda el mero matrimonio y se convierta en algo duradero que beneficie a nuestros pueblos.

—Oh, es… es perfecto —afirmó Samarah borrando las imágenes de sus besos, el calor que había sentido entre sus brazos y pensando en su país. En su pueblo. En todo lo que podría construirse entre las naciones si seguían adelante con aquella unión.

—Estoy preparado para pedirte que lo lleves.

—Por supuesto —dijo ella.

Esperó a que Ferran dijera algo. Que hincara una rodilla en el suelo y le pusiera el anillo en el dedo. No estaba segura de querer que lo hiciera.

No hizo ninguna de las dos cosas. Se limitó a quedarse allí con la cajita abierta hasta que Samarah metió la mano dentro, sacó el anillo y se lo puso a sí misma en el dedo.

—Tal vez no quieras hacer todavía eso, princesa —dijo él.

—¿Por qué no?

—Estoy preparado para pedirte que lo lleves. Pero antes quiero hablar contigo de lo que sucedió en el oasis.

—Ah —Samarah bajó la vista. Le ardía la cara—. ¿Sabes qué? Preferiría no hacerlo.

Ferran le tomó la barbilla entre los dedos y le subió la cara de modo que le mirara a los ojos.

—¿Te hice daño?

—¿Qué? No —Samarah sacudió la cabeza y dio un paso atrás—. No, no me has hecho daño.

—¿Te asusté?

—Yo… no —no había sido él quien la asustó. Fue ella misma. El modo en que la hacía sentirse. El hecho de que hubiera despertado en ella una respuesta tan rápida.

—Entonces, ¿por qué saliste corriendo?

—No… no salí corriendo. Tenía frío y volví a la casa.

—Pues harías bien en tenerme miedo. Tengo algo que decirte

respecto a ese día. Y no te va a gustar. Pero tengo que decírtelo antes de que accedas a casarte conmigo. Porque cambiará las cosas. Te debo esta explicación. Aunque estoy seguro de que me arrepentiré de habértela dado.

—Entonces, ¿por qué dármela? —preguntó Samarah. De pronto tenía miedo. Porque estaba empezando a sentirse cómoda con aquel hombre. Con la situación. Con el hecho de que iba a ser su mujer. Y le daba miedo que lo que dijera acabara con todo.

—Porque tienes que saberlo. Si no tenías miedo, deberías tenerlo. Necesitas entender por qué no puedo permitirme nunca perder el control. Por qué he pasado dieciséis años limitándome únicamente a gobernar el país. Por qué desprecio tanto la pasión.

—Por la misma razón por la que los dos desconfiamos de ella —repuso Samarah—. Porque llevó a nuestros padres a un final terrible. La única parte inocente fue tu madre, y, sin embargo, sufrió igual que los demás.

—Eso es cierto —reconoció Ferran—. Ella era la única parte inocente. Se mantuvo fiel a los votos del matrimonio. No atacó a nadie. Sencillamente, estaba allí cuando tu padre y sus hombres decidieron hacer pagar a mi padre por lo que había hecho.

—Eso estuvo mal, Ferran. Y estoy dispuesta a dejarlo atrás —esa vez lo decía de verdad—. No puedo seguir permitiendo que eso sea mi presente y mi futuro. Quiero algo distinto. Por primera vez, quiero seguir adelante. Por favor, no me lo quites.

—No es mi intención quitarte nada. Solo quiero que sepas cómo es el hombre con el que vas a casarte. Esta mañana estuve a punto de tomarte en el oasis, de quitarte la virginidad en el suelo. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes de lo que soy capaz cuando no tengo el control?

—Pero no lo hiciste. No necesitas protegerme, Ferran. Y me niego a tenerte miedo.

—Yo maté a tu padre —aseguró él mirándola a los ojos.

—Ya lo sé.

—No, Samarah, no lo sabes. No mandé arrestar a tu padre. No le envié a juicio. Yo estaba escondido en un armario. Escuché todo lo que estaba pasando en el corredor y me escondí. Entonces tu padre entró en los aposentos familiares. Y atacó al mío con una daga. Yo permanecí escondido. No hice nada. Tenía miedo. Vi a través de la puerta parcialmente abierta cómo terminaba con la vida de mi padre. Mi madre estaba en la esquina. Una mujer desarmada e inocente. Y entonces fue a por ella y yo… ya no pude seguir escondido. Ella le suplicó, Samarah. Suplicó por su vida. Le rogó que no la matara. Por mí. Por mi bien y por el de nuestro pueblo. Por el bien de su alma. Pero él no atendió a sus ruegos. Yo abrí la puerta del armario, agarré uno de los jarrones del aparador y se lo estrellé contra la cabeza. Era

demasiado tarde para salvar a mi madre. Ya estaba muerta. Y… le desarmé.

—Como hiciste conmigo —murmuró Samarah sintiéndose mareada. Tenía ganas de vomitar.

—Sí, exactamente igual. Pero a diferencia de ti… él salió corriendo. Y yo fui tras él.

Samarah trató de no visualizarlo, pero era demasiado fácil. Porque ella estaba allí aquel día. Porque había oído los gritos. Y seguían resonándole en el interior de la cabeza.

—Ferran…

—Fui más rápido que él. Por la edad o por la adrenalina, no estoy seguro. Pero quiero que sepas que ni siquiera le di la oportunidad de rogar por su vida. Porque nunca supo que le había atrapado. Acabé con él en cuanto lo alcancé. Le apuñalé por la espalda.

Samarah dio un paso atrás para apartarse de él. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Sacudió la cabeza.

—No… Ferran… no… —no sabía qué quería decir. Que no fuera verdad. Que no se lo contara.

—Es la verdad, Samarah. Deberías saber con qué clase de hombre te vas a casar. Deberías saber que soy capaz de actuar sin honor. No hubo juicio. No se le dio oportunidad. Actué guiado por la rabia. Y me niego a arrepentirme. Tienes que saber eso antes de acceder a unirte a mí. Maté a tu padre y no me arrepiento.

Samarah gimió y se lanzó hacia delante, empujándole el pecho con ambas manos.

—¿Por qué tienes que hacer esto ahora? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Por qué has hecho que esto me importe para luego destrozarlo?

—Estoy siendo sincero —aseguró él agarrándole los brazos para que no pudiera volver a pegarle—. Tienes que saberlo. ¿Soy el hombre que quieres tener en tu cama? Entonces debes saber qué clase de hombre soy.

Samarah se revolvió contra él, no para liberarse, sino porque se sentía bien luchando contra algo. Porque era más fácil que quedarse allí pasiva mientras todas aquellas emociones la atravesaban. Tristeza, rabia, angustia, pánico. Todo bullía en su interior y amenazaba con inundarla. Y no sabía cómo manejarlo.

Aquello no era un plan calculado de venganza y satisfacción del honor. Aquello no era el eco de dieciséis años de ira. Aquello era todo nuevo y abrumador.

Y terrible.

Porque le dolía. Por lo que había perdido. Por su padre. Por el hombre que realmente era. Un hombre que había matado a una mujer inocente porque estaba furioso. Un hombre que no era quien ella

había querido tanto de niña. Y le dolía por Ferran. Por horrible que fuera imaginárselo implicado como lo había estado, se dolía por él. Por el niño que había visto morir a su madre. Por el niño que la había vengado.

Como habría hecho ella.

—Ahora ya sabes quién soy —dijo Ferran—. Y por qué no puedo permitirme dejarme llevar por las emociones. Yo no soy mejor que ellos, Samarah. No soy fuerte.

Y ella tampoco. En realidad no. Porque estaba preparada para actuar como él, pero no cegada por la rabia. Con años de perspectiva, estaba dispuesta a actuar como lo había hecho su padre.

Al mirar en ese momento a Ferran le pareció que podía ver las cicatrices que se había hecho aquel día. Por eso era tan distinto al niño que había conocido. No era una simple cuestión de edad.

Samarah se revolvió contra él y Ferran la sostuvo con fuerza sin apartar la mirada de la suya.

—¿Cómo te atreves a hacer que te comprenda? —le preguntó con un sollozo atragantado—. ¿Cómo te atreves a hacerme sentir lástima de ti? —las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. ¿Cómo te atreves a hacer que te desee? Debería odiarte. Debería matarte.

Samarah se inclinó hacia delante y chocó sus labios con los suyos. Ferran le soltó un brazo y le sujetó la parte de atrás de la cabeza, hundiéndole los dedos en el pelo y apartando su boca de la suya.

—¿Por qué haces esto, Samarah? —gruñó.

—Porque no sé qué otra cosa hacer —reconoció ella—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Salir huyendo de mí, pequeña —afirmó Ferran con expresión fiera.

—Yo no huyo —aseguró Samarah sin apartar la mirada de la suya —. Me enfrento a todos los desafíos que se me presentan. Pensé que lo sabías.

—Deberías huir de este desafío —insistió él—. Deberías protegerte de mí.

Samarah se apretó contra él y Ferran hizo lo mismo, moviéndola hasta que su espalda dio contra la pared.

—No me das miedo, Ferran Bashar —aseguró ella.

—En lo que a tu familia se refiere, soy como la mismísima muerte. Si tuvieras sentido común saldrías corriendo de esta habitación. De este palacio. Y no llevarías mi anillo.

—¿Quieres que huya, cobarde? —le preguntó Samarah—. ¿Tanto miedo me tienes? ¿Soy una tentación tan grande?

Aquel fue el momento en el que cruzó la línea.

Los labios de Ferran cayeron sobre los suyos. La agarró con fuerza de las muñecas y del pelo. No fue un beso agradable. Fue un beso

destinado a asustarla. A mostrar su peligrosa pasión. Pero Samarah no se asustó en absoluto.

Ella le besó a su vez. Alentada por todas las emociones que crecían en ella, por el deseo que había ido aumentando en su interior desde que volvió a verle. Desde el momento en que entró en palacio con la venganza en mente.

En aquel momento no podía odiarle. Lo único que veía era lo que ambos habían perdido. Solo podía sentir otra vez el dolor de haber perdido a su padre. El hombre que en su mente era un dios y que se había transformado en un monstruo capaz de matar a una mujer indefensa. Y lo único que Samarah podía hacer era dejar que todo aquello saliera en una tormenta de emociones que parecía manifestarse así.

Al menos un beso era acción. Al menos un beso no terminaría con uno de ellos muerto.

Ferran apartó la boca de la suya y le sostuvo las muñecas contra la pared por encima de la cabeza.

—¿Por qué no huyes de mí?

—Porque tengo que cobrarte una deuda —jadeó ella—. Tú me robaste mi vida. Me robaste esto —dijo refiriéndose al deseo que sentía en ese momento—. Nunca me había besado ningún hombre porque no podía permitirme sentir nada que no fuera desconfianza y miedo. Tenía que salvaguardar mi seguridad por encima de todo porque no tenía a nadie que me protegiera. Así que me debes esto, jeque. Y me lo voy a cobrar. Te tendré porque te deseo —aseguró—. Esa es tu deuda. Y la pagarás con tu cuerpo.

—Entonces, ¿quieres mi pasión, Samarah? ¿Después de todo lo que te he contado? —gimió él frotando las caderas contra las suyas, su erección dura y gruesa contra su vientre.

—La exijo —afirmó ella.

Ferran se inclinó hacia ella y le rozó la oreja con los labios.

—¿Sabes lo que estás pidiendo, pequeña víbora?

—A ti —contestó Samarah—. Dentro de mi cuerpo. Como quedamos. Crees que no sé lo que quiero, pero te equivocas. Todos queremos cosas que al final pueden hacernos daño. Por ejemplo, venganza.

—O sexo —dijo él—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que desate sobre ti mis dieciséis años de deseo contenido?

—Eso es lo que exijo —insistió Samarah.

Ferran la apartó de la pared y la tomó en brazos con un fluido movimiento. Ella le puso una mano en el pecho. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en la palma.

—Entonces tendrás lo que exiges —dijo él cruzando la habitación y depositándola sobre el colchón antes de quitarse la camisa por la

cabeza y mostrarle su cuerpo.

Tan perfecto. Tan bello de un modo masculino que hasta le dolía mirarle.

—Pero debes saber que a partir de ahora dejas de mandar tú, cariño. Por ahora eres mía —Ferran le deslizó un dedo por la mejilla —. Si esto es lo que quieres te lo daré. Pero yo pongo los términos.

Samarah apenas podía respirar. Apenas podía pensar. Pero no quería pensar. Quería centrarse en lo que Ferran la hacía sentir.

Él llevó las manos a la cinturilla de su pantalón y se los bajó por las piernas. Samarah contuvo un gemido al verle desnudo y erecto.

Era distinto a como le había visto en el lago. No estaba preparada para semejante tamaño.

Ni tampoco para la respuesta de su cuerpo. Tal vez ella no supiera exactamente lo que quería, pero su cuerpo sí. La presión de sus músculos internos se intensificó.

—Déjame verte —le pidió él—. Estoy en desventaja, porque tú me has visto dos veces y yo solo he tenido atisbos de las promesas de tu cuerpo.

Samarah se quedó allí sentada mirándole. Se sentía demasiado mareada para seguir instrucciones.

Ferran se acercó a la cama y le puso las manos en la parte delantera del vestido, donde cerraba.

—Considera esto el pago de mi deuda —dijo—, por todo lo que me fue robado a mí. Porque no he vuelto a tocar a ninguna mujer desde aquel día. Y es de justicia que seas tú la que me haya devuelto el deseo.

—Un intercambio justo, entonces —aseguró Samarah—. Y al final tal vez entonces ninguno de los dos le debamos nada al otro.

—Tal vez —Ferran tiró de los pequeños cierres de metal para abrir el vestido y empezó a separar la tela del vestido lenta y deliberadamente. Tenía los senos desnudos bajo la pesada tela. No tenía mucho pecho, así que a menos que fuera a librar un combate físico no necesitaba llevar ropa interior.

En ese momento lamentaba no llevar sujetador. Por tener una capa adicional entre la piel, el aire fresco de la habitación y la ardiente mirada de Ferran.

Ferran le tiró del vestido por los hombros, dejándola con las mallas ligeras que llevaba debajo y nada más. Ferran le miró los senos con admiración.

—Eres verdaderamente preciosa. Suéltate el pelo para mí.

Samarah se tiró de la trenza para quitarse la cinta que la sujetaba, deslizando los dedos por la negra seda y dejándolo caer por los hombros hasta la cintura.

—Levántate.

Ella obedeció la orden porque en ese momento estaba más que dispuesta a seguir órdenes. No era la experta allí. Solo tenía un instinto profundo pero primario que la impulsaba hacia delante, y si se paraba a pensar los nervios se apoderarían de ella. No tenían cabida allí. No tenían permiso para hacer sombra a su deseo.

Ferran se quedó sentado a sus pies en el colchón, alzó los brazos y le tiró de las mallas hacia abajo junto con las braguitas, dejándola completamente desnuda ante él, con Ferran de rodillas, con la altura de los ojos en su parte más secreta.

—Ferran…

Él se inclinó hacia delante y le depositó un beso en el muslo y luego en la cadera. Tenía los labios peligrosamente cerca de… de ella. De lugares de su cuerpo que no sabía que los hombres desearían besar.

—¿Quieres usar mi pasión para tu placer, Samarah? ¿Lo exiges? Entonces debes someterte a ella. No te resistas.

—No… no lo haré —susurró ella con un nudo en la garganta.

Ferran le deslizó los labios por la sensible piel de la cara interior del muslo.

—Abre las piernas para mí —le ordenó.

Samarah obedeció. Porque él sabría el mejor modo de hacer aquello. De eso estaba segura. Y tenía razón, si quería su pasión, la exigía, entonces tenía que aceptarla, no tratar de controlarla.

Ferran volvió a inclinarse sobre ella y le deslizó la lengua en los pliegues internos, por la sensible protuberancia antes de hundirse más dentro.

—Ferran —Samarah se le agarró a los hombros para no caerse. Le temblaban las piernas, el colchón se movía bajo sus pies.

Ferran la sostuvo con las manos mientras entraba más profundamente, aumentando la presión y la velocidad de sus lengüetazos sobre la piel mojada.

A Samarah se le encogió el estómago, el placer fue creciendo de forma incesante dentro de ella hasta que pensó que no podría respirar. Todo en ella se puso tan tenso que pensó que se estaba convirtiendo en cristal, tan frágil que podría romperse si la apretaba con demasiada fuerza.

Ferran continuó y añadió las manos, deslizando un dedo en su interior. Fue una sensación completamente nueva y diferente a todo lo anterior.

Él estableció un ritmo constante, entrando y saliendo de ella con una fricción tan perfecta que estuvo a punto de romperse. Se contuvo y se agarró a la tierra mordiéndose la lengua y apretando los dientes.

Porque tenía miedo de volver a alcanzar el éxtasis. Tenía miedo de lo que su orgasmo llevaría aparejado esa vez.

—Dámelo, Samarah —le pidió él—. Dame tu placer.

—No puedo… no puedo.

—Sí puedes —afirmó Ferran añadiendo un segundo dedo mientras seguía lamiéndola y succionándola—. No tengas miedo. Yo te sostendré.

Entonces Samarah no pudo seguir luchando. Se dejó ir. Apartó las manos de sus hombros mientras el orgasmo se apoderaba de ella. Ferran era lo único que la mantenía en pie. Confiaba en que lo haría.

Después Ferran la tumbó sobre el colchón y la levantó un poco para besarla largamente en los labios. Samarah saboreó su propio deseo allí mezclado con el suyo. Sentía su erección dura y caliente contra la cadera, prueba de que una vez más se lo había dado todo sin tomar nada para sí mismo.

Y prueba también de que había disfrutado de lo que le había hecho a ella. Una oleada de orgullo femenino la atravesó. Ferran la deseaba.

No sabía por qué la hacía sentirse así. Tan poderosa. Y esa vez no quiso salir corriendo tras el clímax. Quería quedarse. Quería más.

Samarah cambió de postura y abrió las piernas. La cabeza de su erección se acercó a la húmeda entrada de su cuerpo.

—He intentado prepararte —dijo él con voz estrangulada—, pero de todas formas te dolerá.

—No tengo miedo al dolor, Ferran —aseguró Samarah deslizándole las manos por la espalda, sintiendo cómo se le ponían tensos los músculos bajo las yemas de los dedos—. No tengo miedo de ti. Así que no te preocupes. Por favor, Ferran, te deseo. Deseo esto.

Él entró suave y lentamente en ella. La estiró, la llenó. Le dolió, pero no tanto como esperaba. Solo le resultó extraño y nuevo. Pero maravilloso.

Ferran se retiró un poco y ella enredó los tobillos en los suyos sin apartar la mirada de la suya.

—No te pares, Ferran.

—No lo haré —afirmó él entrando otra vez en su interior profundamente, llenándola por completo.

Samarah se agarró a él, ajustándose a tenerle dentro. Inclinó la cabeza y le miró. Ferran tenía los ojos cerrados y las mandíbulas apretadas. Parecía estar sufriendo mucho. Samarah le besó en la mejilla y un sonido sordo salió de su pecho.

—No te contengas ahora —le pidió ella.

—Estoy intentando no hacerte daño —reconoció Ferran besándola apasionadamente.

Cuando se apartó de sus labios, Samarah estaba sin aliento.

—No me lo haces.

Ferran pareció tomarse aquello como si le diera permiso. Empezó a moverse dentro de ella, despacio primero. Creando en ella otra vez aquella maravillosa tensión previa al orgasmo. Y esa vez la llevó

todavía más alto. Más rápido.

El ritmo se fracturó, la respiración se hizo más jadeante. Samarah levantó las piernas y le rodeó la cintura con ellas mientras se movía a la vez que él. Ferran apoyó una mano en el colchón a la altura de su cabeza y con la otra atrajo a Samarah hacia sí moviéndose más deprisa.

La miró a los ojos y Samarah observó cómo su control se rompía lentamente. Podía verlo en la oscuridad de sus ojos. Podía ver cómo empezaba a perder el agarre. El sudor le perlaba la frente.

El verle así, tan guapo y tan al borde, hizo que ella también se acercara. Entonces Ferran la embistió con fuerza y su cuerpo chocó contra la parte de ella que buscaba el orgasmo. Cuando se apoderó de ella en oleadas, se inclinó hacia él y le besó el cuello.

Un sonido feroz escapó de labios de Ferran y se puso tenso encima de ella con su mástil pulsando en su interior. Y ella lo disfrutó. Disfrutó de su pérdida de control.

Ferran se apartó de ella como si estuviera en estado de shock. Le temblaban los músculos. Se levantó de la cama y empezó a recoger su ropa.

—Ferran…

—Esto no tendría que haber pasado.

—Pero ha pasado —dijo Samarah. Las palabras sonaron estúpidas. Se sentó y se apartó el pelo de la cara—. Ha pasado.

Una extraña oleada de pánico se apoderó de ella mientras trataba de asimilar lo que había ocurrido. Mientras trataba de enfrentarse al hecho de que Ferran se arrepentía de lo que había sucedido entre ellos.

Le había entregado su cuerpo al hombre que había sido su enemigo durante toda su vida, y ahora él le decía que había sido un error. Se sintió avergonzada.

—Tú no sabes lo que quieres —le espetó él—. Eres una ingenua —se puso los pantalones y se dio la vuelta.

A pesar de la vergüenza, sus palabras le provocaron ira.

—No lo soy. Era virgen, pero eso no es igual a ingenua.

—Bien, pues yo soy un asesino —Ferran se puso la camisa por la cabeza y le ocultó la visión de su cuerpo—. Comparado conmigo, todo el mundo es ingenuo. Buenas noches, Samarah. Por la mañana, si tú sigues aquí y yo sigo aquí, hablaremos.

—¿Tienes miedo de que te mate?

Ferran alzó un hombro.

—Confío en que actuarás con honor.

Ferran salió del dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Dejándola desnuda. Y muy confusa.

Se había acostado con el asesino de su padre. Le había deseado. Al

hombre que había jurado matar. El hombre con el que había accedido a casarse. El hombre que le calentaba la sangre de un modo que nunca creyó posible.

Lo único que quería en aquel momento era olvidarse de todo. Asimilar lo que significaba tener intimidad con otra persona por primera vez. Pero su amante se había ido. Y aunque estuviera todavía allí, no sería tan fácil.

Él seguiría siendo Ferran, y ella Samarah.

Nunca se había sentido tan sola como en aquel momento. Había pasado años prácticamente aislada, sin amigos ni familia, y allí, con las huellas de sus dedos todavía ardiéndole en la piel, se sintió completamente abandonada.

Se puso en posición fetal. Se sentía completamente cambiada. Por Ferran. Por su confesión. Por sus caricias. Y tendría que pensar qué hacer al respecto.

Una cosa estaba clara: no permitiría que su contacto la transformara en una blanda. Había sobrevivido a muchas cosas y no se iba a derrumbar en aquel momento.

Seguía siendo una guerrera.

Capítulo 11

Ferran supuso que no debería sorprenderle ver entrar a Samarah en el comedor a primera hora del día siguiente vestida para entrenar y con el largo cabello recogido en una trenza.

También supuso que no debería sorprenderle el feroz deseo que se apoderó de él en cuanto la vio. Dieciséis años de celibato tirados por la borda por aquella hermosa y temible criatura.

—No vas precisamente vestida para nuestra reunión con la organizadora de eventos —murmuró apretando los dientes.

—Y tú no estás precisamente muerto, así que tal vez deberías estar agradecido.

—Eso es cierto —reconoció Ferran llevándose la taza a los labios—. Supongo que después de lo de anoche debería agradecértelo.

—Una vez más, me considero compasiva.

—No me cabe duda. ¿Has venido para decirme que te marchas, jequesa? Porque debo advertirte que no lo permitiré.

—Eso no es lo que dijiste anoche.

—Después de lo ocurrido no puedes irte.

Samarah alzó una mano y le mostró el anillo que tenía en el dedo.

—Lo cierto es que he decidido quedarme.

—¿Y eso?

—No tengo dónde ir. O me arrojas a una mazmorra o me envías otra vez a las calles de Jahar, y ninguna de las opciones me resulta agradable. Así que me quedo aquí.

—Me aseguraré de que estés bien cuidada.

—Y yo viviré bajo tus condiciones. Así tendré mi propia fuente de poder y será visible al ojo público. Es la única manera.

—¿Por qué no estás enfadada conmigo?

—Tal vez lo estoy —afirmó ella con expresión fría—. Tal vez solo esté tumbada esperando.

Lo dijo de un modo que provocó una explosión de calor en Ferran. Porque le recordó a la noche anterior. A su suave melena entre los dedos, a su piel bajo las manos.

Le recordaba a lo que sintió al estar dentro de ella. Una tormenta de rabia y fuego, toda la pasión que Samarah había pedido.

Y en medio de aquella pasión, Ferran la había deshonrado. Al menos, no había hecho lo que su madre habría esperado de él con la princesa de su país vecino. Una princesa virgen. Se suponía que

tendría que esperar al matrimonio para poder tocarla.

Ahora no podía echarla. Era imposible. Un pecado más grande del que ya había cometido.

Más debilidad. Cómo se despreciaba a sí mismo. En aquel momento era un carcelero por necesidad, porque se había asegurado de que tuvieran que casarse.

—En ese caso, supongo que no merezco menos —afirmó—. Aunque el matrimonio es una cadena perpetua, y alguno podría decir que supone más bien un castigo.

—Me alegro de ser tu castigo —dijo Samarah—. ¿Por qué me dejaste anoche sola?

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¿Por qué me dejaste sola?

—Porque me sentía avergonzado por mi pérdida de control.

—Hiciste que yo me sintiera avergonzada —confesó ella.

—No era mi intención.

—Pero lo hiciste —a Samarah le tembló la voz—. Tenemos un historial plagado de muerte y odio. Pero en aquel momento yo no era más que una mujer. Y al ver tu desprecio…

—Hacia mí mismo. Primero te confieso que apuñalé a tu padre por la espalda y un segundo después me suplicas que tengamos sexo. Fue sin duda el encuentro más extraño que he tenido jamás con una mujer.

Samarah frunció el ceño y se le sonrojaron las mejillas.

—No sé cómo calificar que llames «extraño» a mi único encuentro con un hombre.

—Te traté con demasiada rudeza.

—Me trataste justo como debías —aseguró Samarah—. Durante el sexo. Después no.

—A las vírgenes hay que tratarlas de otro modo. Merecen velas y votos matrimoniales.

—¿Ah, sí? ¿En tu primera vez tuviste esas cosas? Y debo decirte que creo que las velas están sobrevaloradas.

—Yo soy un hombre. Es diferente.

—¿De verdad? ¿Como soy una mujer hay que mimarme porque por alguna razón mi cuerpo es responsabilidad tuya y no mía? —Samarah estaba enfadada—. En ese caso, ¿dónde estabas cuando temblaba de frío en las calles, cuando tenía hambre y los hombres me acosaban?

—Diablos, Samarah, yo no sabía… lo único que puedo hacer ahora es asegurarme de no volver a ser el hombre que era entonces.

—Esa es una de las cosas que me preocupan de mi relación contigo, Ferran —aseguró Samarah agarrándose la trenza.

—¿Solo una? ¿Tienes una lista?

Ella alzó las cejas.

—Es bastante larga. La hice anoche. Sobre lo que quiero. Sobre lo

que significa para mí todo esto.
—¿Es una lista física?
Samarah asintió.
—Pero esta es solo una de las cosas. Antes de ti todo era blanco o negro para mí. Te odiaba por lo que hiciste. No tenía que conocer tu postura ni ver múltiples ángulos. Solo tenía que saber que eras el responsable de la muerte de mi padre. Pero ahora te conozco. Ahora he oído tu versión. Debería odiarte más al saber que pusiste fin a la vida de mi padre, pero eso solo sirve para que me sienta peor por ti. Porque eso va unido a la revelación de que mi padre mató a tu madre. Y tú lo viste. En tu lugar, yo habría actuado del mismo modo.
—Tendría que haberle llevado a juicio, Samarah. Eso habría sido lo correcto en el mundo en blanco y negro. En el mundo en el que yo aspiro a vivir.
—Yo echo de menos mi ciega convicción. Cuanto menos sabía, más fácil era todo. Podía centrarme en un punto en particular.
—Tu rabia hacia mí.
—Sí. Todo era más sencillo porque en esa situación no deseaba nada. Había aceptado que seguramente moriría tratando de cumplir mi misión. La vida había sido muy dura, no le tenía demasiado aprecio. Pero apareciste tú y me ofreciste más, y en ese momento las cosas empezaron a cambiar. Ahora… ahora no quiero volver atrás, aunque en cierto modo sí. Para mí tampoco tiene sentido.
Ferran se rio. Fue un gesto absurdo dadas las circunstancias. Ni Samarah ni él tenían motivos para reírse. Y, sin embargo, no pudo evitarlo.
—¿Es la primera vez que te sientes tan confusa? —le preguntó.
—Sí —confesó Samarah—. Las emociones son volubles. La convicción no.
—Lamento mucho haberte provocado… sentimientos.
—Gracias —dijo ella—. Yo también lo lamento en ciertos aspectos. Pero en otros no. ¿Es siempre así?
—En mi caso no —afirmó Ferran—. Aunque no soy muy dado a las emociones.
—Supongo que no. Pero la pasión parece ser un valor fuerte en ti.
—No, es una debilidad.
Samarah dejó escapar un largo suspiro.
—Te estás yendo del tema. Tengo la lista.
Buscó en el bolsillo de los pantalones cortos de deporte y sacó un trozo de papel doblado.
—Ahora que no me limito a sobrevivir, hay algunas cosas que me gustarían. Me gustaría estar cómoda —afirmó desdoblando el papel y mirándolo—. Me gustaría formar parte de algo. De algo constructivo. Algo que no suponga romper un legado, sino construir uno nuevo.

—Muy noble —dijo Ferran poniéndose de pie y mirando a su bella y valiente prometida, que no parecía tener miedo de nada, ni siquiera de él. Pero debería. Debería huir de él.

¿Por qué no había huido? Cualquier mujer normal lo habría hecho al saber que tenía las manos manchadas de aquella sangre.

Se acercó a ella. Sentía la sangre bullir en las venas. Una llama ardiente y luminosa.

—¿Esa es toda la lista? —preguntó.

—No —reconoció Samarah con voz firme—. Quiero sentir que tengo una vida. Que tengo…

—Sexo —Ferran se inclinó y le deslizó el pulgar por el pómulo—. ¿Está el sexo en tu lista?

Deslizó la mano por la elegante línea de su cuello, apoyando la palma en la base. Sintió latir su pulso.

—No lo sé.

—Si te quedas no habrá opción, ¿lo entiendes? —Ferran le deslizó el pulgar por la suave piel—. Eres mi prisionera en muchos sentidos.

Aquello era cierto.

—Es mejor que la calle —Samarah arqueó una ceja.

—Qué gran cumplido —Ferran subió la mano y le sostuvo la mandíbula—. Eres muy sincera. Tus ojos me dicen mucho.

Eran preciosos y oscuros como la noche, y brillaban mostrando una profunda emoción. Pero la presencia de aquella emoción le revolvió el estómago.

—No confíes en mí, Samarah —murmuró con voz grave—. Yo no lo hago.

—No confío en nadie.

—Sigue así. Puede que seas una guerrera y tal vez no dudarías en cortarme el cuello… ahora. Pero en el dormitorio soy yo quien tengo experiencia.

—Dieciséis años de celibato —le recordó Samarah.

Ferran la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí, presionando sus senos contra el pecho.

—Y, sin embargo, tengo poder sobre tu cuerpo —afirmó—. ¿Lo niegas?

A Samarah se le sonrojaron las mejillas. Contuvo el aliento y apretó con más fuerza los senos contra él.

—No —dijo con voz entrecortada.

Ferran quería presionarla contra la pared, tomarla allí. Demostrarle que no era un hombre con el que se pudiera jugar. Ni en el que se podía confiar.

Pero la soltó y se apartó de ella.

—Ahora, a menos que tengas pensado ir con ropa de deporte para reunirte con la organizadora de eventos, deberías ir a cambiarte.

—Sí, lo haré. Gracias —Samarah se dio la vuelta y salió de la habitación.

A Ferran se le intensificó la sensación del estómago. Era su carcelero. No su prometido. Apretó los dientes. No la forzaría. No lo había hecho. No podía cambiar lo sucedido la noche anterior, pero podía cambiar el futuro. Al menos, empezaría por mostrarle el respeto que se merecía una jequesa.

Capítulo 12

Samarah salió al corredor y escuchó los sonidos de la gente que estaba en el salón de baile del palacio. Todavía se ponía un poco nerviosa en eventos tan multitudinarios como aquel. Y más en esos momentos que era el centro de atención local.

Y sin duda se fijarían en ella con aquella túnica verde y oro que le habían enviado. Tenía kilómetros de tela y muchos pliegues. La manga llegaba a los codos y estaba bordada con detalles iguales a los del corpiño, que desaparecía bajo el amplio cinturón dorado que le hacía la cintura imposiblemente pequeña. También le mantenía la postura razonablemente erguida porque era de metal.

Le habían enviado una cadena a juego para el pelo con una esmeralda en el centro que descansaba sobre su frente. Le gustaba la ropa, pero en ese momento se sentía en el escaparate. Y sin Ferran.

Se apoyaba en su presencia mucho más de lo que había sido consciente hasta el momento. Por supuesto, tras haber ido a leerle la lista le daba vergüenza volver a verle. Aunque en realidad había estado desnuda delante de él, así que no debería sentir vergüenza.

Entonces lo vio. Cruzando el pasillo. Llevaba pantalones blancos de lino y una túnica, su concesión al atuendo tradicional. Samarah se sintió entonces menos en la palestra, porque sin duda todos los ojos estarían puestos en Ferran. Era más alto que la mayoría de los hombres, y además era increíblemente guapo.

—Llegas tarde —dijo Samarah entrelazando las manos delante de ella.

Ferran se detuvo y la miró con intensidad.

—Estás preciosa.

Ella parpadeó. Le había dicho eso con anterioridad, pero por alguna razón en ese momento le afectó más.

—Gracias —dijo—. No estoy acostumbrada a que me digan eso.

—Eso va a cambiar.

—¿Has aceptado que no voy a dejarte? —quiso saber Samarah.

—No estoy seguro —Ferran le ofreció el brazo.

Samarah dio un paso adelante y se lo agarró.

—Tienes mi palabra —dijo—. Mi palabra es digna de confianza. Quiero que sepas que en un principio no tenía intención de casarme contigo. Solo quería ganar tiempo y llevar adelante mi plan.

Ferran le agarró el brazo con más fuerza.

—Eso me parecía.

—Pero ahora ya no es el caso. Voy a casarme contigo —aseguró Samarah—. Seré tu esposa. Y no te dejaré. Así que no trates de asustarme para que me vaya. No servirá de nada. Y que ya no vaya a intentar matarte no significa que no pueda darte un puñetazo en la cara.

—Intentaré evitar que eso ocurra —dijo Ferran—. ¿Lista para entrar?

—¿Qué se supone que debemos hacer?

Ferran alzó un hombro.

—Saludar. Comer algunos canapés. Bailar.

—Nunca he bailado con nadie.

—Yo te guiaré —se ofreció Ferran—. No tienes nada de qué preocuparte. Eres fuerte, Samarah, eso lo sé. Pero no pasa nada porque otra persona tome el control a veces.

—De acuerdo. En el dormitorio y en la pista de baile tú mandas —dijo Samarah.

—Hablaremos del dormitorio más adelante —aseguró Ferran—. Después de la boda.

—¿Qué? —aquello era una contradicción con lo que había dicho antes. Con la promesa implícita de sus palabras.

—Ahora tenemos que entrar.

—Espera un segundo. Dijiste que…

—¿Creías que ibas a recuperar el control? —preguntó él con los ojos brillantes—. Por mucho que te desee, tú no me controlas.

Sus palabras y la intensidad de su mirada la dejaron sin aliento.

—No quieres verme fuera de control —murmuró Ferran con expresión dura—. Y, ahora, ven conmigo.

La guió hacia el salón de baile, y a medida que se adentraban en él, que se acercaban a la gente, el pánico se apoderó de ella. ¿Cómo se suponía que iba a sonreír ahora? ¿Cómo se iba a enfrentar a todas aquellas miradas puestas en ella después de lo que Ferran acababa de decirle?

Fueron formalmente anunciados y Ferran alzó sus manos entrelazadas y luego se inclinó. Ella hizo una reverencia, asombrada al darse cuenta de que se acordaba de cómo hacerla. Actuó siguiendo unas pautas interiores que no sabía que tenía. Estaba claro que su educación de princesa se le había quedado grabada.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó.

—Dignatarios, diplomáticos de aquí y del extranjero. Cualquiera a quien le pueda interesar políticamente nuestra unión.

—Incluidos los gobernantes de Jahar, supongo.

—Sí. Esta es la primera vez que van a asistir a un evento político en Khadra desde…

—Sí. Obviamente.
—Ya hemos hecho algo bueno.
—Supongo que eso habrá que verlo —afirmó Samarah—. El hecho de que estén aquí no significa… bueno, supongo que soy pesimista respecto a la política. Pero veo que la gente está contenta de estar aquí. Siento… siento que esto está bien.
Pasaron la siguiente hora deambulando por la fiesta, charlando amablemente con todos los que se cruzaban. Aquel no era momento para negociaciones políticas, pero todo el mundo parecía querer acercarse a Ferran.
Y también a ella. Como si Samarah tuviera alguna influencia. Como si importara. Aquello era muy diferente a la vida que había llevado antes de estar allí.
—Y ahora —dijo Ferran—, creo que ha llegado el momento de que bailes conmigo.
—Creo que podría saltarme el baile —murmuró Samarah mirando hacia la expansión de suelo de mármol, donde varias elegantes parejas giraban en círculo. Ella dudaba mucho que pudiera ser tan elegante. Las artes marciales eran otra cosa. Podía seguir el ritmo de su cuerpo. Pero no estaba segura de poder seguir la música.
—Yo te guiaré —insistió Ferran—. Creí que había quedado claro.
—Así es —pero en esa ocasión se sentía agradecida.
Al parecer, el sexo y el baile eran el terreno de Ferran. La guió entre la multitud hasta el centro de la pista. Las demás parejas les hicieron un espacio extra en deferencia a su posición.
Ferran le tomó la mano y le pasó el brazo por la espalda mientras la atraía hacia su pecho. Entonces Samarah se quedó sin respiración, completamente cautivada por su mirada. Tan intensa y oscura. Llena de pasión.
Y ahora le estaba diciendo que iban a esperar. Que se iba a controlar.
A Samarah no le gustaba. La hacía sentirse inepta. Le hacía daño. Y no lo aceptaría. Había estado toda su vida esperando. Había pasado frío y soledad durante muchas noches, y que la asparan si pasaba alguna más. No en aquellos momentos que estaba con él.
—Creo que tenemos que hablar de lo que has dicho en el pasillo —comentó.
—¿A qué te refieres?
—A la abstinencia hasta la boda.
Ferran miró a su alrededor.
—¿Vamos a tener esta conversación ahora?
—Entiendo tu punto de vista. Pero solo quiero que sepas que he conseguido una ropa interior muy sexy.
—Samarah…

—La intención es excitarte, y estoy segura de que lo conseguiré —afirmó sintiendo que le ardía la cara.

—Háblame de esa ropa interior —Ferran se inclinó hacia ella, bajó la voz y adoptó el tono fiero que había usado en el pasillo.

—El sujetador está hecho de abalorios. Muestra… mucha piel.

—¿Y el resto?

—Creo que no te mereces saberlo —Samarah alzó la cabeza y le miró a los ojos. Sus narices casi se rozaban—. Si quieres abstinencia, no querrás saber nada de mi ropa interior.

—No es el caso. Y nunca he dicho que quisiera abstinencia. Pero es lo correcto para ti.

Samarah gruñó.

—Deja de hacer eso. Deja de intentar protegerme. No quiero que me protejas. Quiero… quiero…

«Quiero que me ames».

¿De dónde había salido aquello? No necesitaba aquel pensamiento. Lo olvidaría. Y no volvería a pensarlo.

—Solo necesito que estés conmigo —dijo, lo que resultaba mucho más aceptable—. Estoy cansada de estar sola. Ahora que ya no tengo que dormir sola, prefiero… no hacerlo.

Ferran la atrajo hacia sí y le presionó los labios en la oreja.

—Sí, *habibti*, pero ¿me deseas? ¿Quieres mi cuerpo? ¿Quieres que te acaricie, te saboree, que entre en ti? Si lo único que quieres es compañía, te puedo comprar un cachorro.

—Quiero tu cuerpo —reconoció ella inclinándose y dándole un beso en el cuello—. Te deseo a ti.

Ferran quería apartarse de ella, pero le resultaba imposible. Era demasiado bella. Demasiado poderosa. No era solo la belleza. Nunca lo había sido. Era una tentación que podría suponer su ruina.

Pero también iba a ser su esposa. Y eso significaba que tenía que controlarse con ella. Que podía ser capaz de dormir con ella, hacer el amor con ella sin perderse.

Tenía allí delante el desafío. Si se apartaba de ella en aquel momento, demostraría que Samarah tenía el poder de llevarle donde estaba antes.

No lo tenía. Por mucho que la deseara, podría controlarlo. Podría hacerla suya aquella noche y no sentir nada más allá del alivio.

—De acuerdo, Samarah. ¿Me deseas? ¿Quieres mi cuerpo esta noche? ¿Ahora?

—Ahora… ahora no podemos…

Ferran la atrajo hacia sí y la miró a los ojos.

—*Habibti*, si me deseas me tendrás según mis condiciones.

La soltó y entrelazó los dedos con los suyos, sacándola al jardín. La noche estaba fresca, el jardín aislado de la vista por las palmeras y las plantas en flor.

Ferran la atrajo hacia sí y la besó larga y apasionadamente. Si aquello era lo que quería, lo tendría. Pero no estaría a su merced.

Le sujetó la barbilla, deslizándole el pulgar por la línea de la mandíbula mientras seguía besándola. Saboreándola. Había olvidado lo suaves que eran los labios femeninos, los sonidos que emitían. Lo que era sentir el latido de su corazón contra el suyo.

Ferran la tomó de pronto otra vez de la mano y corrió con ella hacia el interior del palacio. A mitad de camino de sus aposentos, la tomó en brazos.

—No tengo paciencia —dijo apretando el paso.

Al llegar a la puerta de su dormitorio la abrió con el pie. Dejó a Samarah en el suelo y ella le agarró el cuello de la camisa con los dedos. Ferran se inclinó para besarla. Ella dio un paso atrás y abrió el cierre del cinturón antes de dejarlo caer al suelo. La parte superior de la túnica se abrió y Ferran se la quitó, dejándola caer al suelo y poniendo al descubierto una sencilla camisola. A él le resultó tan sexy que se quedó sin aliento.

Samarah empezó a desabrocharse los botones de la camisola y la dejó caer también. El sujetador era exactamente como le había advertido, pero Ferran no estaba preparado para la reacción profunda y visceral que tuvo. Hileras de abalorios le cruzaban la piel dorada, ajustándose a la curva de sus senos.

Samarah se desabrochó el sujetador por la espalda y se lo quitó. Ferran se sentó en la cama, y ella puso una rodilla en el colchón, al lado de su muslo. Tenía sus senos tan cerca que con un solo movimiento podría introducirse en la boca uno de sus pezones de caramelo.

Pero si se movía no sabría qué tenía pensado hacer Samarah a continuación.

La tentación era una tortura. Una tortura dulce y perfecta. Se había contenido durante años, pero nunca había sentido algo así. Tener tanta belleza delante le resultaba embriagador.

Samarah se inclinó hacia delante y le echó mano al cinturón. Se lo quitó con movimientos seguros. Al liberarle de los pantalones, le puso la palma cálida en la erección. Ferran no pudo contener un gemido.

—¿Te gusta que te toque? —le preguntó ella—. Hacía mucho tiempo que ninguna mujer te hacía esto —le apretó suavemente.

Ferran soltó un gemido y una palabrota.

—¿Te he hecho daño?

—No. Y no es porque haga mucho tiempo. Eres tú. Nunca había sentido algo así.

Samarah sonrió. Le brillaban los ojos.

—Quiero… quiero probarte —se deslizó hacia el suelo con movimientos gráciles y se puso de rodillas.

—Samarah… —Ferran no podía permitir aquello.

—Por favor —le miró y él supo que no podía negárselo. Era demasiado débil.

Le pasó los dedos por el sedoso cabello y la sujetó con fuerza.

Samarah bajó la cabeza y él se la sostuvo un poco hacia atrás. Y cuando se le acercó aquello estuvo a punto de ser el fin. Porque nada podría haberle preparado para el delicioso placer de su lengua cálida y húmeda sobre la piel. Para sus movimientos inexpertos y sinceros, dedicados solo a él.

—Samarah… —pronunció su nombre como una advertencia. Una maldición. Una plegaria.

Le levantó la cabeza y trató de recuperar el aliento, de tomar las riendas de aquel deseo que le recorría las venas como el fuego.

—Quiero estar dentro de ti, tal y como tú querías. Dijiste que me deseabas. Demuéstramelo, *habibti*.

Samarah se incorporó despacio y deslizó las manos por la falda de la túnica que todavía llevaba puesta. Se la bajó por las caderas y se quedó desnuda ante él.

—Eres como el agua en el desierto —le dijo Ferran apoyando la cara en su vientre—. Eres perfecta.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Te deseo, Ferran Bashar. No eres mi enemigo.

Eran palabras que no se merecía. Que nunca se merecería. Pero no tuvo fuerzas para rechazarla.

Samarah se inclinó sobre su erección lentamente, tan lentamente que Ferran pensó que le iba a explotar la cabeza. Y otras partes del cuerpo. Observó hipnotizado cómo ella le tomaba entero con los ojos cerrados. El placer resultaba insostenible.

Le pasó un brazo por la cintura y la otra mano por el pecho sosteniéndola mientras la penetraba. Ella gimió, abrió los ojos y clavó la mirada en la suya.

—Sí —murmuró Ferran—. Mírame, Samarah. Mírame.

Samarah se movió sobre él, con él, y Ferran la sostuvo con fuerza contra él mientras la embestía. Samarah gritó, el pulgar de Ferran le dibujó los labios a la vez que ella se estremecía en éxtasis y sus músculos internos le rodeaban.

Ferran la embistió una última vez y se dejó llevar por su propio deseo. El placer lo atravesó como una llamarada de fuego purificador.

Y, cuando hubieron terminado, tumbó a Samarah sobre la cama y la abrazó con fuerza. Sus corazones latían al unísono.

—Tal vez algún día podamos regresar al palacio del mar, Ferran —

susurró ella—. Quizá podamos construir juntos nuevos recuerdos allí. Recuerdos más alegres. Aquello me encantaba. Me acuerdo de que… te quería.

Sus palabras le dejaron paralizado. Él no se lo merecía. La había esclavizado, le había robado la posibilidad de elegir, y Samarah le había entregado su cuerpo. Debería marcharse. Debería dejarla.

Hizo amago de levantarse, pero ella se le agarró.

—No lo hagas —le pidió—. Por favor, no lo hagas.

Ferran volvió a inclinarse sobre la cama y se acomodó entre sus piernas, besándole el cuello, el hombro, la curva de los senos.

—No lo haré entonces.

—Deberíamos hablar, Ferran.

—No quiero hablar —afirmó él con voz ronca—. Las palabras son peligrosas.

—Entonces no hablaremos —accedió Samarah.

Y no hablaron durante el resto de la noche.

Capítulo 13

El día de la boda se acercaba rápidamente y Samarah sentía que estaba durmiendo con un muro de ladrillo.

Ferran Bashar no quería hablar. No quería que ella hablara. Quería hacer el amor. Constantemente, y a ella le parecía bien. Pero quería algo más.

Quería que Ferran sintiera lo mismo que ella, y no sabía si lo sentía. Le daba miedo que las cosas fueran siempre así a partir de ese momento. Ferran le hablaba más antes de que se acostaran juntos. En esos momentos, le daba la impresión de que solo quería verla por las noches.

Aquello era insostenible. Porque, cuando le había elegido, lo hizo con la intención de tener una vida. Una vida de verdad.

Quería más que sobrevivir, y quería tenerlo con él. Su hogar era con él.

Samarah se ajustó la cinta en los puños y se dirigió al gimnasio, donde sabía que estaría Ferran. Seguramente, pensando en tener un entrenamiento tranquilo. Pero ella no iba a permitirlo.

No iba a limitarse a aceptar lo que él le daba. Iba a atravesar aquel muro de ladrillo.

—Hola, *hayati* —le saludó.

«Mi vida». Porque eso era Ferran para ella. Le había dado una nueva vida. Una nueva esperanza.

Ferran se dio la vuelta con el pecho perlado de sudor. Samarah se humedeció los labios. Le encantaba de aquella guisa. La hacía pensar en el placer. En estar en la cama con él, porque solía tener aquel aspecto, jadeante y exhausto.

Eran una pareja atlética, y no solo en el gimnasio.

—¿Qué estás haciendo aquí, Samarah? —preguntó él.

—Lo siento, ¿querías tener un rato de entrenamiento a solas? —preguntó ella acercándose al saco de arena y dándole un puñetazo.

Ferran lo sostuvo y arqueó una ceja.

—Tal vez.

—Lástima, porque no voy a irme —Samarah se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. Quiero pelear. Y, si gano, quiero algo a cambio. Quiero hacerte una pregunta y tendrás que contestarme con sinceridad.

Ferran ladeó la cabeza a su vez y expulsó al aire por la nariz.

—¿Tienes miedo de que gane, Ferran? Conoces mis movimientos. Y no cuento con la ventaja de la altura. Pero pondré una regla sobre morder. Lucharemos a cinco contra uno.

—¿Y si gano yo? —preguntó él—. No me has ofrecido ningún incentivo.

—¿Qué quieres?

—Si gano, no me harás ninguna pregunta más.

Tenía una expresión dura.

—Eso no está equilibrado —afirmó Samarah—. Solo te estoy pidiendo una pregunta, y tú me pides que no te haga ninguna nunca.

—No es culpa mía que hayas puesto el listón tan bajo.

—Yo no…

—No tengo por qué responder a ninguna —la interrumpió él—. Así que te sugiero que pelees si quieres tener la posibilidad de conseguir al menos una respuesta.

—De acuerdo —Samarah se puso en posición—. Trato hecho.

Ferran se puso también en posición y sus oscuros ojos se clavaron en los suyos.

—¿Preparada?

Sí. Estaba preparada para luchar por su vida. Por aquella nueva vida que quería con aquel hombre.

—Preparada —dijo. Y sin esperar, avanzó hacia él y le dio una patada suave en la base del cuello—. Uno.

Ferran entornó los ojos y se apartó para esquivar su siguiente movimiento. Luego la agarró del brazo y la atrajo hacia sí, tocándole la mejilla con el puño.

—Uno —dijo él.

—Maldito —susurró Samarah zafándose y apartándose. Entonces le puso las manos atrás antes de darse la vuelta y darle un golpe seco y suave en la barbilla—. Dos, tres.

Ferran intentó agarrarle otra vez el brazo y ella dio un salto hacia atrás, moviéndose a su costado y dándole una rápida patada en el lateral.

—Cuatro —dijo.

Ferran se dio la vuelta y contraatacó, pero Samarah lo bloqueó con destreza y le plantó el pie entre los omóplatos.

—Cinco.

Él se dio la vuelta jadeando por el esfuerzo. Ella sabía que tenía el mismo aspecto, con el sudor corriéndole por el cuello y la espalda. Pero estaba luchando por su relación con él. Para romper su fachada.

Samarah se inclinó en señal de respeto hacia él. Ferran hizo lo mismo.

—Me lo debes —le recordó ella—. Una pregunta. Vamos a casarnos dentro de dos días y lo exijo.

Ferran no dijo nada, se limitó a quedarse mirándola con expresión neutra.

—Te has ganado el derecho a preguntar. Adelante.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Crees que tengo miedo, Samarah?

—Sé que lo tienes.

—No temo a nada exterior a mí.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso son dos preguntas —señaló Ferran—. Pero te complaceré. Este es tu premio. Tengo que mantener el control. A toda costa. Porque aquel día no solo descubrí qué clase de hombre era tu padre, sino qué clase de hombre era yo. ¿Sabes por qué mantengo al tigre enjaulado? —le preguntó acercándose a ella y poniéndole la mano en el cuello—. Porque si alguna vez lo libero destruirá todo lo que encuentre en su camino.

—Ferran, tú no…

—No puedes decir eso, Samarah, porque ha ocurrido con anterioridad. Y no tenemos garantía de que no vuelva a suceder. A menos que conserve el control.

Ferran bajó la mano y se dio la vuelta dejándola allí desangrándose por dentro, desangrándose por él. Por las heridas que no se habían curado. Por las heridas de ambos, que tal vez nunca se curarían.

Tal vez aquel fuera el problema. Tal vez cuando miraba hacia delante y veía una vida que nunca creyó posible solo estaba soñando. Tal vez Ferran y ella nunca podrían tener una vida así.

Tal vez estaban demasiado rotos para recomponerse.

El día de la boda amaneció claro y soleado, como la mayoría de los días en aquella parte del país. Ferran no creía en predicciones y señales, así que no lo consideró de buen augurio ni de malo.

Se había mantenido alejado de la cama de Samarah desde el día que hablaron en el gimnasio. Desde que ella le forzó a confesar lo que más quería borrar de su pasado.

La boda iba a ser bastante íntima en deferencia a los problemas que tenía Samarah con las multitudes. Y lo cierto era que él también lo prefería. Habría dignatarios y miembros escogidos de la prensa.

Lo prefería porque seguía sintiéndose demasiado expuesto, como si le hubieran destruido las defensas. Le había confesado a Samarah su mayor pecado, su mayor debilidad. Y en ese momento quería reconstruirlo todo de nuevo para que nadie pudiera verlo.

Para volver a ser fuerte y que nada le afectara.

Salió desde su habitación al pasillo y se dirigió a la sala donde se iba a celebrar la boda. Entró y miró a los invitados, sentados y listos.

Avanzó por el pasillo ajeno a la música, a las caras de los presentes.

Ocupó su posición con las manos en el regazo y esperó. Unos instantes más tarde, Samarah apareció en el umbral. Llevaba una banda ornamental de oro en la cabeza, cubierta por un velo blanco bordado con oro. El vestido era blanco, una mezcla de las tradiciones de oriente y de occidente.

Samarah se acercó a la plataforma elevada y le tomó la mano sin apartar los ojos de él. Ferran estaba temblando por dentro, y en cambio ella parecía tan serena como siempre.

La ceremonia transcurrió en medio de una neblina. Ferran no recordaba lo que dijo. Ni lo que dijo ella. Solo que al final los casaron. Solo que Samarah era su mujer hasta que la muerte los separara, y él solo podía sentir culpabilidad.

No podía darle nada. No debía. Abrirse solo podía terminar en destrucción.

Salieron juntos entre los invitados, y no supo si la gente les aplaudió o no.

—Necesito hablar contigo —dijo Samarah en cuanto estuvieron fuera de la sala—. No puede esperar.

—Tenemos un banquete de boda que celebrar. La gente está hambrienta.

—Pueden empezar sin nosotros. Tengo una pregunta que hacerte.

—No he accedido a más preguntas.

Samarah tiró de él por el pasillo hacia una salita privada y cerró las puertas.

—No me importa que no hayas accedido. Esta es mi pregunta. ¿Sabes por qué me he casado contigo?

—Para evitar la cárcel. ¿Para planear en secreto mi asesinato? ¿Para recuperar tu posición de jequesa?

—En un principio sí, fue para evitar la cárcel. Y después de eso, para planear tu asesinato. Cuando abandoné la idea, fue para convertirme en jequesa y no tener un futuro tan negro. Pero eso fue hace dos semanas. ¿Sabes por qué me he casado contigo hoy? —le preguntó.

—Te aseguro que no.

—Esta mañana, cuando me estaba arreglando, me di cuenta de lo mucho que te echaba de menos. No solo el placer, que es mucho, sino a ti. Eres… gruñón y me cuesta hablar contigo. Pero también tratas de hacerme sonreír, algo que nadie ha hecho. Le has dado a mi vida una riqueza que antes no tenía. Y cuando iba a pronunciar los votos me he dado cuenta de qué clase de riqueza se trata.

—¿Y cuál es? —le preguntó Ferran poniéndose tenso.

—Te amo —aseguró ella—. Es verdad. Estoy… estoy enamorada de ti.

—Samarah, no.

—Sí, lo estoy. Y aunque tú digas que no, eso no lo hará menos cierto.

—No sabes lo que estás diciendo —insistió él.

—Sí lo sé. Me he casado contigo porque eres el hombre con el que quiero estar.

—Y yo me he casado contigo sin saber que ibas a decir semejante tontería. ¿No oíste lo que te dije? Podría acabar contigo, Samarah. ¿Y si lo hago? ¿Y si pierdo el control? No volveré a arriesgarme.

—¿Y qué tiene que ver eso con que yo te ame?

Ferran apretó los dientes. Sentía un dolor abrasador en el pecho.

—No quiero tu amor. Yo no te amo, Samarah, y nunca te amaré.

—Pero lo que hemos… tú querías verme sonreír.

—Eso no es amor, *habibti*. Eso es conciencia culpable. Y de eso tengo a espuertas.

—Pero ¿y nuestros hijos?

—¿Qué podría ofrecerles? ¿Un padre cuyas manos segaron una vida?

—Cobarde —dijo Samarah—. Tienes razón. Eres débil, pero no por las razones que tú crees. Solo te estás escondiendo. Sigues escondido. Tu alma sigue escondida —dio unos pasos hacia atrás. Le temblaban las manos—. Me voy a marchar.

—Tenemos un banquete al que asistir.

—No me importa. Yo me marcho… necesito irme.

—No puedo asistir solo al banquete de nuestra boda —dijo Ferran con voz ronca.

—Y yo no puedo sentarme al lado de un hombre que acaba de rechazar mi amor. No te preocupes, no voy a matarte —aseguró Samarah apartándose de él y dirigiéndose a la puerta—. Te dejaré a solas con tu miseria. Y estoy convencida de que sentirás esa miseria, aunque no sea ahora. Podríamos haber construido algo. Podríamos haber tenido una vida. Yo de hecho voy a tratar de tenerla. No sé qué harás tú.

Samarah se dio la vuelta, no quería que la viera romperse. Amar siempre implicaba una pérdida, y eso no era una excepción.

Acababa de jurar que iba a estar con Ferran para siempre, y casi al instante había perdido la esperanza de forjar un lazo de verdad con él. En esos momentos era una mujer casada en un palacio. Con sirvientes, vestidos lujosos y un hombre con el que compartir la cama. Y se sentía más sola que nunca en su vida.

Ferran no se había dado cuenta de que hablaba en serio. Samarah no estaba en ninguna parte del palacio. Ni en sus aposentos ni en los

suyos.

El pánico se apoderó de él. ¿Se había marchado? Era su esposa. No tenía dónde ir. Tiró del cuello de su túnica, apenas podía respirar.

Había ido a la celebración y disculpó a Samarah diciendo que se encontraba mal. Y, cuando todo el mundo se marchó, descubrió aquello.

Si se había ido, debía sentirse complacido. No debería aferrarse a ella. Y, sin embargo, la idea de perderla…

—¡Lydia! —entró gritando en la zona de servicio.

Lydia apareció en el comedor con los ojos muy abiertos.

—¿Sí, Alteza?

—¿Dónde está mi esposa?

—¿No lo sabe?

—Si lo supiera no lo habría preguntado. No me insultes —gruñó.

Estaba siendo cruel y lo sabía, pero se sentía desesperado. Por una mujer a la que no amaba.

Porque por supuesto que no la amaba. No podía amarla. No se la merecía.

—¿Dónde está mi esposa? —repitió.

—Se ha marchado al oasis. Yo la ayudé a hacer el equipaje. Dijo que necesitaba un tiempo —Lydia parecía estar juzgándole con la mirada.

Ferran apretó los dientes. Maldita fuera aquella mujer.

—Gracias —le espetó dándose la vuelta y marchándose.

Se detuvo en el umbral y se llevó la mano al pecho. Se sentía morir. O tal vez aquello fuera lo que se sentía cuando el corazón trataba de latir contra un muro de ladrillo.

Dos días después, Samarah seguía sin tener nada claro. Solo daba vueltas por la tienda pensando en Ferran. En todo lo que había sufrido.

Se detuvo en el umbral del dormitorio y deslizó los dedos por la puerta mientras miraba hacia el lago por la ventana.

¿Se había ofrecido alguna vez a hacer sonreír a Ferran?

Creía que no. Él le había dado mucho, y al final le había dado miedo darle todo, pero Samarah entendía la razón. Se giró y apoyó la cara en la mano, conteniendo el sollozo que le subió por la garganta.

Antes de Ferran no lloraba tanto. Pero él la hacía desear más. El deseo era complicado. Era una necesidad emocional profunda. Quería estar con él. Quería que la amara. Quería hacerle sonreír.

Samarah alzó la cabeza. No debería estar allí, ocultándose de él. Escondiéndose de la realidad.

Y ella le había acusado de ser un cobarde.

Se apartó de la puerta y se dio la vuelta, adquiriendo al instante una

posición de ataque al ver al hombre de blanco que estaba allí de pie.

Se relajó al ver quién era.

—¿Ferran?

Él dio un paso hacia ella. Tenía una expresión torturada.

—He venido a por ti —dijo con voz temblorosa.

—Lo siento. Estaba pensando en volver a casa.

—No te disculpes. Tenía que soltar el pasado antes de volver a ti. Creo… creo que este es el mejor sitio para hacer esto.

—¿Hacer qué? —preguntó Samarah.

—Tengo miedo —reconoció Ferran—. Me dije a mí mismo que era porque te tenía cautiva. Porque soy un monstruo y si no mantengo el control puedo cometer los errores de antaño. Puedes irte, Samarah. Te liberaré de este matrimonio. De mí. Te daré todo lo que necesites para empezar una nueva vida. Para que tomes tus propias decisiones. Vive la vida. Vívela lejos de mí.

Ella se le acercó. El corazón le latía con fuerza.

—¿No lo entiendes? Tú eres la vida que he escogido. Tú eres a quien he elegido.

—No puedo creer eso —afirmó él con mirada triste—. En el fondo soy un asesino.

—No —dijo Samarah poniéndole una mano en la cara—. Eres un superviviente. Lo sé porque yo también lo soy. Hemos sobrevivido a lo inimaginable. ¿Y sabes qué? Tal vez esto hubiera destruido a otros, pero a nosotros no.

—Yo estoy roto.

—Solo porque tienes demasiado miedo a recomponer las piezas.

—Así es. No me siento capaz de aceptar tu lealtad. Esa… es la única manera que conozco de amarte. Y me he dado cuenta de que te amo. Pero tengo que estar seguro de que quieres estar conmigo. Que lo has elegido. Si decides quedarte, quiero poder entregarte toda mi pasión y todo mi ser y que tú lo aceptes, no que te sientas atrapada.

—Oh, Ferran —Samarah le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí, besándole largamente—. Yo también te amo. Sé que tuviste las manos manchadas de sangre. Sangre por vengar a quienes querías. Ferran, tú nunca le harías daño a tu familia. A tus hijos. Aunque matarías por la gente que quieres llegado el caso. Morirías por ellos. Y de eso no hay que avergonzarse.

—Nunca… nunca lo había visto así.

—Yo sí. Porque te veo como eres. Eres un guerrero. Igual que yo. Juntos podemos enfrentarnos a todas las cosas terribles que pasen.

—Siempre me ha dado miedo ser yo esa cosa terrible.

—Hubo un tiempo en el que yo también lo creí, y estuve a punto de convertirme yo también en algo terrible. Pero tú me salvaste.

—Nos salvamos el uno al otro.

—Siempre habrá fealdad en el mundo, Ferran. Pero amarte es lo más hermoso que me ha pasado en la vida —una lágrima le resbaló por la mejilla—. No tengo miedo de tu pasión. La quiero. La necesito.

—Tú haces que para mí sea valiosa —dijo Ferran—, algo que nunca creí posible. Cuando te fuiste, me faltaba el aire. Y entonces lo supe. Esto es amor. Y valía la pena luchar por ello. Prefiero estar aquí de pie contigo expuesto y vulnerable que pasar el resto de mi vida protegido pero sin ti.

—Oh, Ferran… me alegro tanto de haberte elegido a ti en lugar de la prisión.

Él se rio.

—Yo también me alegro. Es agradable que te prefieran a una mazmorra.

—Has sonreído —señaló Samarah.

—Y tú también.

—Me das muchos motivos para sonreír.

—Y te prometo que así será cada día.

Epílogo

Había algo increíble en el hecho de que Samarah y él hubieran creado una vida juntos. Después de tanta pérdida, tanto dolor, habían traído algo nuevo al mundo. Ferran miró a su hijo, dormido en brazos de su madre, y sintió que se le expandía el corazón. Deslizó un dedo por la mejilla de Samarah.

—Nunca daré por sentado que te tengo —afirmó—. Porque recuerdo el momento en el que pensé que te estaba tocando por última vez.

Ella alzó la mirada y le sonrió.

—Tienes muchos años por delante para tocarme —le dijo.

—Y le doy gracias a Dios por ello. Me gustaría tener a mi hijo en brazos —dijo sintiendo un nudo en la garganta al ver al niño en sus brazos.

—Por supuesto.

Ferran se inclinó y agarró al niño. Era tan pequeño, tan frágil… Y Samarah se lo estaba confiando a él. Del mismo modo que llevaba un año confiando en él.

—Es perfecto —aseguró Ferran.

—Lo sé —dijo ella sonriendo.

—¿Quién habría pensado que tu venganza terminaría así? —se preguntó Ferran—, creando una vida en lugar de destruyendo otra.

—Dos vidas —apuntó Samarah sonriendo—. Siento que volví a nacer ese día. Dejé de sobrevivir para empezar a vivir.

—Entonces tres —Ferran deslizó un dedo por la mejilla de su hijo—. Porque yo estaba congelado en el tiempo hasta que tú volviste a mí. Y ahora… ahora es cuando empieza de verdad mi vida.